

UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
FACULTAD DE EDUCACIÓN
PEDAGOGÍA EN ESPAÑOL



**ANÁLISIS MACROESTRUCTURAL EN CUENTOS DE CORTÁZAR Y
SU INCIDENCIA EN LA COMPRENSIÓN: UNA PROPUESTA
DIDÁCTICA**

SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN

Prof. Guía: Dr. Omar Salazar

Seminristas: Carolina Isabel Contreras Cortés
Carolina Alejandra Gabilán González

CONCEPCIÓN, 2015



UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
FACULTAD DE EDUCACIÓN
PEDAGOGÍA EN ESPAÑOL



**ANÁLISIS MACROESTRUCTURAL EN CUENTOS DE CORTÁZAR Y
SU INCIDENCIA EN LA COMPRENSIÓN: UNA PROPUESTA
DIDÁCTICA**

SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN

Prof. Guía: Dr. Omar Salazar

Seminristas: Carolina Isabel Contreras Cortés
Carolina Alejandra Gabilán González

CONCEPCIÓN, 2015

Reflexión

“Después de escalar una montaña
muy alta, descubrimos que hay
muchas otras montañas por escalar.”



Nelson Mandela

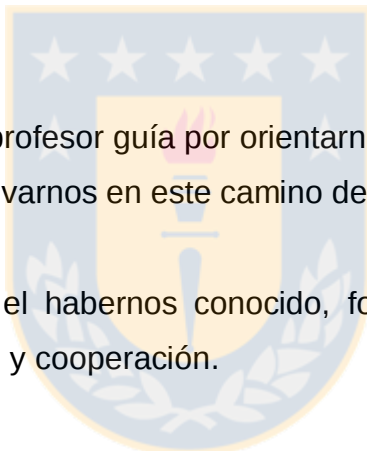
Agradecimientos

El desarrollo de este seminario marca el término de nuestro período de formación y de una etapa importante en nuestras vidas, es por ello, que quisiéramos agradecer primeramente a Dios por habernos guiado y entregado la sabiduría necesaria para finalizar este proceso. A nuestras familias, quienes han sido un apoyo fundamental para la concreción de nuestras metas, entregándonos su amor, preocupación y confianza.

De manera especial, también quisiéramos dar las gracias a la familia Miranda Castillo por acompañarnos en este proceso, animarnos y aconsejarnos a trazar nuevas metas.

Agradecemos a nuestro profesor guía por orientarnos, por su disposición y por sus conversaciones para motivarnos en este camino de esfuerzo y aprendizaje.

Damos gracias también el habernos conocido, formando una linda amistad de confianza, compañerismo y cooperación.



Resumen

La siguiente investigación presenta los resultados de una propuesta de estudio desde el análisis textual discursivo, la cual tiene como principal propósito detectar un patrón de organización en cuentos de Cortázar a través del análisis léxico-gramatical y de la organización del discurso, la cual tiene múltiples variaciones en este autor. Se analizaron cinco textos que cumplían con este juego de estructura, y con ellos se intentó proponer un modelo para leer a Cortázar desde una perspectiva lingüística. Para de esta manera, conseguir que el lector mejore su comprensión, a través del reconocimiento de las macroestructuras textuales de un cuento.



Índice

Resumen	p. 6
---------	------

Capítulo I. Introducción

Introducción	p.9
--------------	-----

Capítulo II. Marco teórico

1. El ejercicio de la lectura	p.11
--------------------------------------	-------------

2. Texto y discurso	p.14
----------------------------	-------------

2.1 Tipos generales de texto	p.16
------------------------------	------

2.2 Fronteras del texto	p.17
-------------------------	------

2.3 Tipologías textuales	p.18
--------------------------	------

2.4 Diversos criterios de clasificación	p.18
---	------

3. Macrestructuras textuales	p.21
-------------------------------------	-------------

4. La comprensión textual	p.27
----------------------------------	-------------

4.1 Procesamiento textual	p.29
---------------------------	------

4.2 Niveles en la comprensión lectora	p.31
---------------------------------------	------

4.3 Modelos del proceso lector	p.32
--------------------------------	------

4.4 Competencia lectora	p.34
-------------------------	------

4.1.4 Variables que influyen en el proceso de comprensión.	p.36
---	------

5. La comprensión de textos narrativos	p.40
---	-------------

5.1 El cuento	p.44
---------------	------

5.2 Comprensión narrativa	p.46
---------------------------	------

6. Análisis textual discursivo	p.48
---------------------------------------	-------------

7. Análisis estructural del relato	p.53
---	-------------

7.1 Nivel de las funciones	p.54
----------------------------	------

Capítulo III.

Hipótesis de trabajo	p.56
Objetivo General	p.56
Objetivos Específicos	p.56
Metodología	p.57

Capítulo IV. Análisis estructural de los cuentos de Cortázar

1. Carta a una señorita en París	p.58
2. La continuidad de los Parques	p.67
3. La noche boca arriba	p.76
4. La señorita Cora	p.84
5. El otro cielo.	p.93

Capítulo V. Conclusiones y Propuesta

Discusión	p.104
Propuesta: Planificación trayecto combinado	p.108
Conclusión	p.114
Bibliografía	p.116

ANEXOS	p.120
---------------	--------------

Capítulo I

Presentación de la investigación

La llegada de la alfabetización trajo consigo un cambio de paradigma, provocando un impacto social e intelectual, pues prometía cambiar el mundo. Sin duda lo hizo, abrió las puertas a la enseñanza, a la adquisición de conocimiento y al relacionamiento con los demás, entre tantos otros factores en los que repercutió. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, y que las condiciones de nuestro entorno evolucionaron, se llegó a la conclusión de que no bastaba solo con saber leer y escribir. Se requería de un proceso más profundo de lectura, para que el lector fuera capaz de descifrar los códigos impuestos por el medio.

Es por esto, que hoy en día por muy sencillo y cotidiano que pueda ser la decodificación de un mensaje, se requiere haber adquirido cierto nivel de competencia lectora. Desde entonces, se ha puesto especial atención en mejorar aquellos niveles de comprensión, principalmente en el ámbito escolar. Pues las estadísticas respecto a la deficiencia en la comprensión lectora son claras y evidentes.

Y es en este ámbito en el que radica esta investigación, en cómo poder aportar a la mejora de la comprensión en los estudiantes, desde una perspectiva diferente. Ya que, si bien el problema se ha abordado desde muchas aristas, aún queda mucho por hacer y por contribuir. Razón por la que una correcta comprensión de textos, es hoy en día un gran desafío para la enseñanza y para quienes guían este proceso de enseñanza. Pues la dificultad empieza desde algo tan básico como motivar la lectura en los alumnos, lo cual es solo el primer paso de este proceso. Es por ello que se requiere de un proceso guiado y monitoreado de una enseñanza gradual. De la implementación de un modelo que el estudiante pueda seguir e incrementar a su lectura.

Varias investigaciones han buscado proponer desde el ámbito literario, una forma de contribuir a la comprensión y análisis de textos. A diferencia de dichos trabajos, este pretende ser un aporte desde el área de la lingüística, específicamente desde el análisis del discurso. Es decir, analizar un texto, en este caso cuentos de Cortázar, desde el nivel léxico-gramatical y de la organización del discurso. Pues la comprensión de un relato también está sujeto a la estructura y organización que este tenga.

Por esta razón, el estudio de las macroestructuras textuales será primordial para poder detectar un patrón en los cuentos de Cortázar, el cual nos permita realmente comprender su narración, a veces un tanto confusa, debido a los constantes cambios y juegos que realiza. Este tipo de autores demandan de un lector activo, el cual se involucre y ponga todos sus esfuerzos en la reconstrucción del relato y de las ideas propuestas, las cuales trascienden al escrito literal que nos muestra el papel.

Lo que se intentará lograr, es que el alumno a través del reconocimiento de la estructura narrativa, utilice el modelo de análisis adecuado. Esto, además, permitirá que su proceso de comprensión sea mucho más ordenado, desde lo más superficial a lo más complejo. Analizando el vocabulario, la macroestructura, el propósito del texto, y en muchos casos su relación con otros textos.

Capítulo II

1. El ejercicio de la lectura

Desde el momento que nacemos nos convertimos de forma inmediata en seres lingüísticos, los cuales estamos rodeados y requerimos indispensablemente del uso del lenguaje para poder comunicar y/o comunicarnos en cualquier situación. Y a medida que vamos creciendo, descifrar los códigos impuestos por la sociedad se vuelve cada vez más complejo. Es en este proceso de crecimiento intelectual en donde nos volvemos lectores del mundo, uniendo y descifrando fonemas y grafemas.

Pero, ¿qué es leer?, ¿qué implica este proceso?, ¿por qué se habla de la sociedad chilena como una sociedad de malos lectores?, ¿qué implicancias ha traído esto a la educación?

Leer es comprender un texto. Leamos como leamos, deprisa o despacio, a trompicones, siempre con el mismo ritmo, en silencio, en voz alta, etc. Lo que importa es interpretar lo que vehiculan las letras impresas, construir un significado nuevo en nuestra mente a partir de esos signos. (Cassany, Luna, & Sanz, 1994:197). Pues de ello dependerá la correcta comprensión del lector.

Ya que, también “Leer es interrogar el lenguaje escrito como tal, a partir de una expectativa real (necesidad-placer) en una verdadera situación de vida”,(Cáceres, Donoso & Guzmán, 2012: 50), lo que llevará a que lector se transforme en un ente activo, el cual no solo decodificará una serie de signos sino que buscará desarrollar estrategias a partir de su experiencia y conocimientos de mundo, lo que le ayudará a encontrar el verdadero sentido a lo que lee,

De ahí que leer, sea tan necesario desde los contextos más básicos y reales como leer el nombre de un negocio hasta uno más complejo y ficticio como la lectura de

una novela. Por lo tanto, la lectura es una necesidad básica para quien se desenvuelve en sociedad, es decir, para todos, pues somos entes sociales.

Esto lo afirma Daniel Cassany et.al., “La lectura es un instrumento potentísimo de aprendizaje; leyendo libros, periódicos o papeles podemos aprender cualquiera de las disciplinas del saber humano. Pero además de la adquisición del código escrito implica el desarrollo de capacidades cognitivas superiores: la reflexión, el espíritu crítico, la conciencia, etc.”(1994:193). Por tanto, el sujeto que realmente aprenda a leer desarrollará su potencial cognitivo y su pensamiento. “Por eso en definitiva, la lectura se convierte en un aprendizaje trascendental para la escolarización y para el crecimiento intelectual. Aspectos como el éxito o el fracaso escolar, la preparación técnica para acceder al mundo del trabajo, el grado de autonomía y desenvoltura personales, etc., se relacionan directamente con las capacidades de la lectura.” (Cassany et al.1994:193)

El hecho de que leer esté implicado en casi todas las instancias de desarrollo humano lleva asociado también un problema. Si bien la tasa de analfabetismo a disminuido considerablemente respecto a la antigüedad, el analfabetismo funcional ha aumentado. Pues leer, no solo requiere unir sílabas y articular sonidos comprensibles, sino saber interpretar el texto que estoy leyendo y extrapolarlo a mi propia realidad.

Por ello, no desarrollar esta competencia lectora ha traído como consecuencia que seamos catalogados como una sociedad poco lectora y con mala comprensión, lo que se respalda a su vez con los bajos niveles de comprensión tanto en Simce como en la prueba PISA. Pese a que los últimos resultados han subido e inclusive Chile se encontraba dentro de los primeros puestos latinoamericanos, aun se le considera por muy debajo de la media impuesta por la OECD.

Según los resultados PISA 2012: “el 33% de los estudiantes chilenos no logra el nivel requerido para participar completamente en una sociedad moderna, versus

un 46% de los latinoamericanos y un 38% de los países de Asia Sudeste.”(Ministerio de educación: 2014, 26). Lo que evidencia la poca o casi nula habilidad para interpretar un texto.

Otro factor que incide en el bajo desempeño es la gran brecha económica que existe entre los alumnos. Pues como se afirma, “mientras más alto es el GSE del estudiante, mayor es el resultado obtenido en la evaluación. En Chile, esta brecha se ha observado en 2006, 2009 y 2012, sin variación estadísticamente significativa.”(Ministerio de educación, 2014:20)

Por ende, se requiere, específicamente en el ámbito escolar, que es a lo que apunta esta investigación, el uso e implementación de estrategias a la enseñanza. Ya que de alguna manera ayudarán a equiparar las diferencias socioeconómicas, la poca motivación y gusto por la lectura, las oportunidades de aprendizaje.



2. Texto y Discurso

De acuerdo a lo descrito anteriormente es preciso ahondar en la conceptualización de texto y discurso. La lingüística desde que se constituyó como disciplina científica, se dedicó a estudiar el sistema lingüístico centrando a la oración como máxima unidad de análisis. Luego, en la década de los 60, se comienza a analizar el texto como unidad específica de estudio mediante la teoría de los actos de habla y de la pragmática de la lingüística, convirtiéndose así en un concepto clave para éste último.

Con el tiempo, se buscó un sistema que ordenara los tipos de texto para comenzar a definir los géneros predominantes, luego clasificarlos y así construir una tipología. De esta forma, se lograría explicar la naturaleza de los textos, principal preocupación por parte de los investigadores de esa época.

Más tarde, el Marco Común Europeo de Referencia (MCER, 2002:95) consideraría texto como “cualquier fragmento de lengua, ya sea enunciado o pieza escrita, que los usuarios o alumnos reciben, producen o intercambian.

Así mismo, Peronard, M. et al (1997) entiende por texto “una creación humana convencional puramente simbólica. Todo en él está orientado a significar. Toda su estructura física está definida a ser utilizada como material significativo”. (p.101)

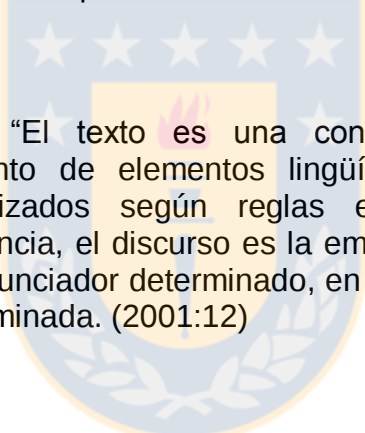
De igual forma, todo texto para poder ser comprendido por el lector debe cumplir condiciones de textualidad, como estar bien estructurado, en base a las reglas de coherencia y cohesión, y otorgar un sentido, el cual responda a los sentidos descubiertos y contruidos por el lector. En base a lo anterior Peronard et al (1997) señala que el texto debe “hallarse bien estructurado; permanecer al alcance comprensivo del intérprete; estar inserto en contextos situacionales apropiados; y no ofrecer ambigüedades insuperables” (p.101)

Continuando con la definición de texto, es necesario para efectos de esta investigación, acudir a los estudios de Gerardo Álvarez. Bajo una perspectiva estructural, este autor señala en su libro “Texto y Discurso e introducción a la

lingüística del texto” (2001) que tanto el análisis del discurso como la lingüística aplicada están estrechamente ligadas, aunque cada una con su correspondiente especificidad.

Como bien señala, definir texto y discurso ha sido una problemática constante entre la lingüística, ya que cada uno por si sólo es ambiguo, y en la mayoría de los casos se emplean uno u otro como si fuera el otro, llevando así a la confusión. Otro motivo de confusión, es el hecho de que el significado que se le otorga tanto a texto como a discurso varía dependiendo la lengua, en donde por ejemplo en una lengua se emplea texto para lo que en otras se llama discurso, o bien hay casos en los cuales no existen los dos términos.

Pese a esto, Álvarez señala que ambas entidades están relacionadas y define texto y discurso como:



“El texto es una configuración lingüística. Es un conjunto de elementos lingüísticos (palabras, oraciones...) organizados según reglas estrictas de construcción. A diferencia, el discurso es la emisión concreta de un texto, por un enunciador determinado, en una situación de comunicación determinada. (2001:12)

Es decir, el texto funciona como una construcción o tejido de signos lingüísticos que en su conjunto otorga un significado en base a reglas de producción (morfológicas, sintácticas, semánticas, etc.). Por el contrario, el discurso vendría a ser la representación o emisión de un texto mediante una situación comunicativa específica, con un emisor y destinatario determinado y con un propósito definido.

Pese a lo anterior, texto y discurso guardan una estrecha relación, pues “...no puede haber discurso sin un texto, ya que el texto funciona como discurso en una situación determinada. Por lo tanto, el discurso es el texto más las condiciones de producción.” (Álvarez, 2001: 12) Por ejemplo en una conversación, donde el carácter discursivo es innegable, pues se emite algo bajo los parámetros de enunciación, de igual forma es posible estar en presencia de un texto, ya que cada

elemento lingüístico emitido está estructurado respecto a las reglas de construcción textual.

De igual forma, el texto conserva las características propias del discurso, en cuanto a sus condiciones de producción y recepción.

Bajo los estándares de competencia, Álvarez (2001) señala que el texto “corresponde al nivel superior de la competencia construccional (u organizacional) del individuo. El discurso corresponde a la puesta en acción de la competencia discursiva del individuo.” (p.13)

Álvarez hace mención al texto como nivel superior, puesto que la competencia construccional que se requiere abarca a los componentes pre-signicos (morfemas y grafemas) y un componente signico (morfológico, léxico, sintáctico y estructural), ya que un “texto es una unidad mayor que la oración, así como la oración es una unidad mayor que la palabra.” (Álvarez, 2001:p.14) En cambio, el discurso como la puesta en acción del texto, abarca a los componentes situacional y enunciativos.

2.1 Tipos generales de textos.

Antes de describir las tipologías textuales, es preciso comenzar con una clasificación un poco más general, en donde se puede encontrar que existen textos monogales o dialogales y orales o escritos.

Álvarez (2001) define dialogal “...al hecho de que los textos pueden ser producto de una interacción en que ambos interlocutores contribuyen a la construcción del texto...” (p.17) y monologal a aquellos textos que “pueden ser contruidos por el solo emisor, ya sea en presencia o en ausencia del receptor”. (p.17)

En base a lo anterior, podemos ejemplificar diferenciando entre una conversación con una conferencia, puesto que en el primer caso es necesario de la participación activa tanto del emisor como del receptor. Por el contrario, en la conferencia, aunque estén presentes ambos agentes, quien produce el enunciado es tan solo un emisor.

Esta distinción “tiene una importancia crucial para la organización o arquitectura del texto y para toda una serie de fenómenos discursivos” (Álvarez, 2001: p.18) Por ejemplo, mientras una conversación se produce mediante esa interacción emisor-receptor, debe de existir un fenómeno llamado principio de cooperación, donde en todo momento se sigue y mantiene un patrón de coherencia, el cual hace eficaz la comunicación. Por lo que se puede decir que, este proceso en los textos dialogales son policontralados, mientras que en los monológicos, como se requiere la participación del receptor como productor y controlador del discurso, son textos monocontrolados.

Los textos monológicos como se ha podido apreciar pueden ser orales, como las conferencias, y también escritos, como el caso de los afiches publicitarios y crónicas periodistas. En cambio, los textos dialogales son mayormente orales, pero en la actualidad podemos encontrarnos con casos de una conversación por escrito que se den de forma inmediata, como es el caso de los chat por internet.

Lo esencial en esta tipología, es que el lector pueda: “Desmarcarse de la tendencia tradicional que lleva a entender texto a texto escrito” (Álvarez, 2001: p.19)

2.2 Las fronteras del texto

Gerardo Álvarez (2001) presenta una interrogante interesante en su libro, “¿Cuáles son los límite de un texto?” (p.21), es decir, ¿dónde comienza y termina un texto? Frente a esta pregunta varios autores “coinciden en que una de las características del texto es su clausura, es decir, el hecho de presentarse como un todo.” (Álvarez, 2001: p. 21) La problemática que conlleva esta respuesta es que al haber una clausura, ésta es señalada por una interrupción, por lo tanto lo que ocurre es una intervención que puede entenderse como que el texto quedó inconcluso. Es por esto, que Bajtín utiliza el término de cambio de los sujetos discursivos, esto “para indicar lo que él llama la frontera del enunciado” (Álvarez, 2001: p.21) Es en esta frontera donde se produce el cambio de emisor, mediante un silencio percibido por el receptor, llevándolo a deducir el termino del discurso.

De esta manera, se puede decir que “todo texto contiene en mayor o menor medida las marcas de su clausura.” (Álvarez, 2001: p.21), es decir todo texto presenta marcas textuales que indican el inicio y fin.

2.3 Las tipologías textuales.

En cuanto a establecer una tipología exhaustiva y coherente de todos los textos o discursos, Álvarez señala que esto resulta difícil, debido a:

- La diversidad de los textos/discursos es extremadamente grande.
- Sus dimensiones son absolutamente desiguales. Es decir, podemos encontrar textos con tan sólo una palabra (pancarta), hasta una novela con varios tomos.
- Los criterios de clasificación son tan variados que se hace casi imposible obtener una clasificación unitaria.
- Heterogeneidad constitutiva, es en donde en un texto narrativo, podemos encontrar pasajes descriptivos, o en un texto de carácter informativo su finalidad puede ser argumentativa o bien, en textos argumentativos, nos encontramos con algún pasaje narrativo. (2001:143-144)

Por lo tanto, todo lo anterior genera una complicación al momento de caracterizar los diversos tipos de textos. Algunos autores han renunciado a establecer una tipología debido a la confusión terminológica, otros más arriesgados han considerado establecer diversas tipologías con diversos criterios, y otros han afirmado que se debe establecer tipologías de unidades menores, como los son la secuencias constitutivas de todo texto (narrativas, argumentativas, descriptiva, etc.)

2. 4 Diversos criterios de clasificación

Pese a la problemática que genera conflictos entre los autores, se pudo establecer tres criterios fundamentales para clasificar los textos:

1.- Criterio sociocultural: corresponde aquellos textos que son productos de las prácticas discursivas de una sociedad, en donde la actividad humana contribuye a la conformación de un repertorio de géneros discursivos. Aquí se encuentran textos tales como: cartas, una orden militar, un decreto, etc.

De esta manera, podemos encontrar textos que se generan mediante diversos campos de actividad humana, como la actividad científica, política, económica, pedagógica, etc. Así mismo, encontramos también, respecto a las prácticas discursivas cotidianas aquellos textos que se caracterizan según el emisor o clase de individuo que emite el mensaje. Por ejemplo encontramos el discurso infantil, el discurso feminista, discurso militar, etc.

2.-Criterio funcional: permiten caracterizar “tipos de discursos”, según la función que estos cumplen en la comunicación se pueden distinguir (Álvarez: 2001,146):

Textos/ discursos informativos (o referenciales): informe del tiempo, acta de una reunión, etc.

Textos / discursos explicativos (expositivos): capítulo de un manual escolar de ciencias naturales.

Textos/ discursos incitativos: instrucciones, panfleto político, etc.

Textos/ discursos expresivos: cartas de amor, diarios de vida, etc.

Aún con esta clasificación podemos observar textos que combinan dos o más de estas funciones, como por ejemplo un grafitti puede considerarse bajo la función expresiva (Fulano te odio), pero también puede cumplir la función incitativa si nos encontramos con un grafitti que diga “¡Todo el pueblo a la calle!”.

3.-Criterio estructural: es una clasificación que permite caracterizar los textos según el modo de organización del discurso (Narrativo, argumentativo y descriptivo). Lo que permite estas tres formas básicas de organización o construcción estructural, es otorgarle al texto una de estas características,

presentándose como organización dominante de éste, estableciéndose así textos narrativos, textos descriptivos, textos argumentativo.

En este caso, la estructura narrativa será la utilizada para el análisis de cada uno de los textos.



3. Macroestructuras Textuales

Antes de ahondar en la conceptualización de macroestructura, elemento fundamental para este estudio, es preciso comenzar con una distinción entre microestructura, macroestructura y superestructura.

Según Álvarez (2001) el nivel microestructural son las relaciones que se producen de corto alcance, es decir, aquellas relaciones que se producen en oraciones y entre oraciones.

Así mismo, Van Dijk señala que la microestructura es utilizada para “denotar la estructura local de un discurso, es decir, la estructura de las oraciones y las relaciones de conexión y coherencia entre ellas.” (2007:45)

Entonces, la microestructura permite establecer la coherencia local, es decir, establece relaciones entre las proposiciones.

A partir de lo anterior, se puede señalar tres tipos de oraciones básicas:

a. La oración narrativa

Es aquella que pone en escena a actantes y acciones de los actantes (Álvarez: 2001, 147)

Ejemplo: *Pedro envió un ramo de flores con un amigo.*

Mediante el ejemplo anterior, es posible apreciar la presencia de individuos que realizan acciones, ya sea a favor o en contra, mediante la ayuda de otro. El verbo es quien organiza los elementos y distribuye los papeles, evidenciando los papeles temáticos agente, paciente e instrumentos.

Así, el agente correspondería al iniciador de la acción, quien en el ejemplo anterior es *Pedro*. Por su parte, el paciente es *María*, pues es quien recibe la acción y el instrumento, que es el objeto que posibilita la acción, correspondería al *ramo de flores*.

b. La oración descriptiva

En palabras de Álvarez (2001), la oración descriptiva “es aquella que introduce caracterizaciones de los actantes” (p.149) Es decir, se caracteriza a un sujeto, objeto, situación, etc., mediante lexemas, sintagmas u oraciones descriptivas.

Ejemplo: *La dulce María... su infame Marido...*

c. La oración argumentativa

“Es aquella que introduce *relaciones lógicas* entre los predicados” (Álvarez: 2001, 149) estas pueden estar unidas de manera explícita, por medio de los elementos gramaticales, conocidos como conectores.

Ejemplo: Juan estaba enfermo, por eso, no vino a la fiesta.

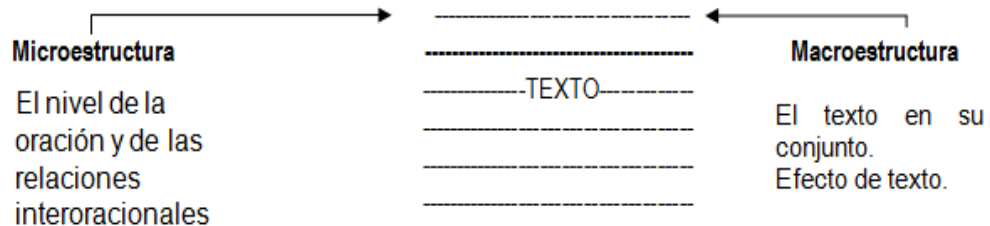
De esta manera, todo texto se configura por unidades menores “habitualmente oraciones, aunque por motivos metodológicos sea más usual hacer referencia a proposiciones”(Bernárdez, 1990:107), los cuales son necesarios para lograr la coherencia y cohesión del texto.

Así como las microestructuras corresponden al nivel local del texto, las llamadas macroestructuras textuales representan el nivel semántico global, pues otorgan el sentido global del texto.

El concepto de macroestructura fue concebido por el estudioso lingüista holandés Van Dijk (2007) Éste señala que los textos no solo están compuestos por las microestructuras o relaciones locales, sino que también estructuras globales del significado, macroestructuras a las cuales define como “la reconstrucción teórica de nociones como tema o asunto del discurso”. (p.43).

Gerardo Álvarez por su parte, indica que por macroestructura se entiende como “la organización global del texto, que hace que el conjunto de sus partes (oraciones, párrafos) se integren en un conjunto coherente, que es percibido como una unidad textual, como un texto.” (Álvarez, 2001: 136)

Para comprender mejor esta distinción entre macroestructuras y microestructuras, se presenta el siguiente esquema aplicado a un texto individual.



(Álvarez, 2001:152)

La macroestructura por corresponder a un nivel global da como resultado la representación del significado del texto, es decir, la construcción textual que proporciona la relación párrafo con párrafo otorga la coherencia del texto. De esta forma, si una secuencia de oraciones se presenta como una sucesión de enunciados incoherentes entre ellos, es debido a que esa secuencia carece de macroestructura, por consiguiente no tendrá coherencia.

Como bien se señaló, las macroestructuras organizan el contenido global del texto, Van Dijk (2007) señala que existen también otro tipo de estructuras globales, las cuales apuntan a la forma o estructura del texto, éstas son las organizaciones globales esquemáticas, conocidas como superestructura. Por lo tanto, las superestructuras son independientes del contenido semántico, pues son el esqueleto de las partes que conforman un texto y representan la forma como se organiza el texto, es decir, son la estructura textual formal que nos permite hablar de tipologías textuales.

Por ejemplo, en una narración la macroestructura se formula en términos del tema de la narración, el cual mantendrá su hilo conductor entre párrafos o capítulos, mientras que la superestructura "comprende en términos simples, una situación

inicial, luego un quiebre- algo que viene a perturbar las cosas- y por último un desenlace” (Álvarez, 2001: 152-153) Por lo tanto, toda narración debe de estar constituida según las partes anteriormente señaladas , en cambio se pueden presentar diferentes macroestructuras. Es decir, dentro de la categorización de textos narrativos, es posible evidenciar la narración infantil, la narración fantástica, etc.

Álvarez (2001) en su libro nos presenta tres superestructuras: descriptiva, argumentativa y narrativa. Para efectos de esta investigación, más adelante, ahondaremos en esta última superestructura.

Fuenmayor, Villasmil y Rincón (2008) indican que:

Para producir la macroestructura de un texto, el sujeto ha de orientarse mediante la superestructura, esto es, guiarse por un esquema formal cognoscitivo que regule la elaboración de la macroestructura. Para llenar este esquema mental se requiere del conocimiento previo del sujeto, de su representación del mundo, sus experiencias sobre el tema tratado”.

Es decir, para reconocer las macroestructuras, el lector debe de enfrentarse al texto y reconocer la estructura que éste presenta.

Una característica de las macroestructuras es que “sobre ellas puede operarse una extracción semántica que expresa el contenido total del texto” (Álvarez, 2001: 136) Esto, puede presentarse en un título, una oración o párrafo que sintetice el sentido global del texto. Un ejemplo claro de lo anterior, son los títulos de los artículos científicos, pues estos debiesen condensar en una oración el tema del texto. Ahora bien, si nos encontramos con un título o párrafo (s) que no guarda relación uno con otro, pues el tema varía, es debido a que el texto está mal formado.

Cabe destacar que “en caso de las obras literarias la situación es más ambigua. El título a veces parece como un enigma: *El nombre de la rosa*, *El canto del verdugo*, etc.” (Álvarez 2001: 137)

Para extraer la macroestructura de un texto, el lector u oyente reconoce las macroposiciones, secuencia de oraciones que resume la información del texto, mediante macrorreglas. Por lo tanto, las macrorreglas tienen como función transformar la información semántica, ya que pueden reducir varias secuencias de proposiciones, a pocas proposiciones o bien a una sola.

Huerta y García (2007) señalan que:

Además de que entiendan e interpreten relaciones de significado generales en los textos y de que deduzcan uno o varios temas de un texto, los hablantes son capaces de hacer un resumen del mismo, es decir, de producir otro texto que guarde relaciones muy especiales con el texto original puesto que, reproduce brevemente su contenido.

Pese a que diversos lectores construyan diferentes resúmenes del mismo texto, de igual forma lo hacen bajo reglas generales, es decir, las macrorreglas, las que se clasifican en selección, generalización y construcción.

La primera se caracteriza porque a partir de varias proposiciones se suprime la proposición o información que no es necesaria o relevante para interpretar la siguiente.

A diferencia de la anterior, la generalización sustituye una secuencia de proposiciones por una proposición que contenga e incluya todos los elementos.

Finalmente, la construcción se encargará de unir dos conceptos, agrupándolas en una sola secuencia de proposiciones. Por ello, “En esta macrorregla, usamos la información no mencionada, pero razonablemente deducible para construir los conceptos más globales, es decir, las macroproposiciones.” (Huerta y García, 2007)

De acuerdo a las definiciones anteriormente expuestas, podemos afirmar que las macrorreglas tienen un principio de reducción de la información semántica y de organización de la información global. Además, éstas se deben de aplicar de diferente manera para distintos textos y contextos pragmáticos. De esta forma, se

explica que el resumen de un mismo texto será diferente entre sujetos, pues el uso de las macrorreglas se aplicará de diversa forma. Esto en base a que cada lector encontrará importante o relevante cierta información del texto, entonces, cada lector omitirá y construirá sus resúmenes a partir de la información que encuentre pertinente.

Cada uno de estos mecanismos, han contribuido sin duda, a un mejor análisis de la información y a desarrollar la capacidad de síntesis en el lector. Permitiendo así, que éste sea capaz de discriminar entre lo primordial o irrelevante de un texto.



4. La Comprensión Textual

Uno de los mayores problemas académicos y que lleva consigo a una dificultad generalizada en nuestra sociedad, es el no entender ni comprender lo que leemos, para ello es fundamental saber, primero que todo, que significa comprender, Collado y García (1997) señalan que: “comprender un texto es crear una representación o mundo que el texto evoca” (p.88). Al mismo tiempo J C. Paradiso (1998) define la comprensión como: “un proceso de decodificación, pero más aún, una construcción que realiza el lector”. (p.57). Es decir, la comprensión es un proceso que implica un desarrollo gradual en el lector, pues no implica una mera decodificación de palabras sino de una participación activa, en la cual decodifique, analice, interprete y compare lo que lee.

La comprensión es relativa a cada lector, pues cada persona tiene diferentes experiencias de la vida, y esto es lo que le otorga a lo leído diversos significados. Sin embargo, aunque las experiencias entre un lector y otro sean muy distintas, su interpretación del texto no puede diferir demasiado, pues comparten un mismo significado. Puesto que, según Catalá (2001), para que el lector logre la interpretación de un texto utilizará su conocimiento de mundo pero al mismo tiempo es muy importante el conocimiento del texto. Debido a esto, es posible evidenciar la correcta comprensión de un texto, puesto que al realizar una comparación de interpretación entre varios sujetos, todos debieran coincidir en el tema o planteamiento general.

Llegar a esta conceptualización de comprensión fue un proceso que requirió años de estudios y análisis, primero para poder comprender el cómo se da la comprensión a medida de que los lectores avanzan en su lectura. Es así que en los años 60 y 70 se postuló que la comprensión era el resultado directo de la decodificación, puesto que se creía que si las personas eran capaces de leer, es decir, de decodificar cada grafema, la comprensión se daría de manera automática. Para los estudiosos de esta época esta definición no respondía a la problemática del por qué los alumnos al leer no comprendían, ya que los docentes

cuando realizaban preguntas no literales o implícitas, los estudiantes no respondían correctamente, comprobándose que la comprensión no era automática como se pensaba.

Ya en la década de los 70 y 80, tanto los investigadores adscritos en el área de la enseñanza, la psicología y la lingüística comenzaron a teorizar sobre el cómo aprende el sujeto (lector). De esta manera, hoy en día podemos entender comprensión como el “proceso a través del cual el lector elabora un significado en su interacción con el texto” (Anderson y Pearson, 1984)

Así, “la comprensión a la que el lector llega durante la lectura se deriva de sus experiencias acumuladas, experiencias que entran en juego a medida que decodifica las palabras, frases, párrafos e ideas del autor.” (Acosta, 2009:82). Por lo tanto, se necesita de un lector activo que no solo decodifique, sino que también construya el significado del texto mediante procesos cognitivos y su conocimiento de mundo.

Por lo tanto, la comprensión de textos es un proceso clave de la comprensión humana, puesto que se necesita del trabajo del lector para la construcción, interpretación y elaboración de una representación mental de los significados textuales, en base a lo expuesto por el texto, a su conocimiento de mundo y al propósito de la lectura

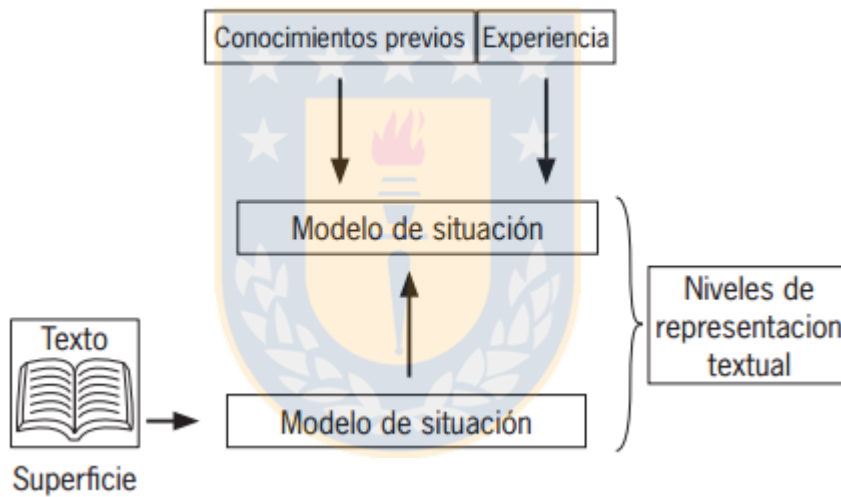
Se debe señalar que los principales estudios realizados sobre comprensión textual se han desarrollado principalmente en el marco de las investigaciones de la psicolingüística, en cuanto a los procesos cognitivos y lingüísticos que intervienen en la comprensión de un texto.

4.1 Procesamiento textual

Como ya sabemos, el lector en la comprensión es un agente activo en la construcción de significado del texto, por lo que los procedimientos textuales nos permiten entender cómo se comprende y para poder explicarlo detalladamente, Kintch propone un modelo de comprensión organizado. “Según este autor, el resultado de la comprensión es una representación proposicional compleja que se puede explicar en niveles y que refleja las relaciones semánticas establecidas en este proceso.” (Matéus, 2007:2)

En el siguiente esquema podemos señalar que:

Figura 1. Niveles de representación textual.



El texto de superficie corresponde aquellos elementos que se perciben directamente y que en su conjunto conforman el texto. De esta manera, “las proposiciones que se derivan directamente del texto superficial constituyen el nivel base del texto, el cual corresponde al primer nivel de representación.” (Matéus, 2007:2)

El segundo nivel de representación corresponde a la integración de información propia del lector, proveniente comúnmente de la memoria de largo plazo, a las representaciones del texto base. Esta nueva representación “que integra

información explícita del texto con la aportada por el individuo, Kintch la denomina modelo de situación.” (Matéus, 2007:2)

Por lo tanto, lo que hace el lector es utilizar estos dos niveles de representación para llenar los vacíos del texto, es decir realiza el proceso de inferencia.

Una vez comprendido los niveles de representación se puede señalar que el procesamiento textual hace referencia a las representaciones y procesos que se dan a nivel textual y según García (1993) son las siguientes:

1. Integración de las proposiciones del texto:

A medida que se lee el texto, se va procesando toda la información a partir de las expresiones que lo conforman, hasta otorgar un significado global del texto. “Según diversos autores, el significado del texto se representa en la memoria semántica como una red de proposiciones al avanzar en la lectura.” (García, 1993:9) Dicha red proposicional presentaría una estructura jerárquica, ya que aquellas proposiciones principales estarían sobre aquellas proposiciones más irrelevantes, y por consecuencia serían más fáciles de recordar.

2. Conocimiento del mundo por parte del lector

Es relacionar el tema del texto con el conocimiento que el lector tenga de éste. Por consiguiente, entre más información sepa el lector de lo que se habla, más fácil y profunda será su comprensión. Dicha información se encuentra almacenada en la memoria de largo plazo, organizada o empaquetada en esquemas.

3. Inferencias según los esquemas cognitivos que el sujeto posee

Los esquemas cognitivos mencionados anteriormente, hacen posible que se adquiera nueva información a partir del conocimiento previo y de lo aportado por el texto, teniendo como resultado la elaboración de inferencias. Por lo tanto, “podemos caracterizar las inferencias como actividades cognitivas mediante las

cuales el lector adquiere informaciones nuevas a partir de informaciones disponibles” (García, 1993:12)

García señala que hay investigaciones que han propuesto los siguientes tipos de inferencias:

- a. Inferencias que sirven para realizar conexiones y llenar vacíos de información cuando el texto es demasiado ambiguo.
- b. Subesquemas apropiados para el texto en cuestión.

4. Interpretación de un texto

“La interpretación del texto constituye una representación semántica global en la que se integran las informaciones provenientes del mismo texto y las inferencias elaboradas por el sujeto en el proceso de lectura.” (García, 1993:13). Esta conceptualización reafirma el concepto de comprensión, por lo que ahora se logra entender que el conocimiento previo del lector contribuye a la construcción de inferencias elaborativas para lograr la comprensión del texto.

4.2 Niveles en la comprensión lectora

A partir del modelo de procesamiento presentado anteriormente, García (1993) diferencia la comprensión lectora en los siguientes procesos:

1. Decodificar significa descifrar el código: El lector realiza un proceso de significación de las palabras impresas. Es decir, en un rápido reconocimiento visual de la palabra, el lector asocia la palabra con su significado, el cual se encuentra disponible en la memoria del sujeto.

2. Comprensión literal: A partir del significado de una palabra, ésta se combina con el significado de otras para formar proposiciones. Por lo que la comprensión literal se entiende como la información que entrega el texto en su totalidad.

3. Comprensión inferencial: Como ya se ha mencionado, las inferencias se construyen a partir de lo entregado por el texto más la información que posee el lector, por lo que la comprensión inferencial es una comprensión más profunda, ya que va más allá de lo entregado por el texto.

4. La metacompreensión: El lector como agente activo en el proceso de comprensión debe ser consciente y controlador de este proceso. De esta manera, establece metas de lecturas, las comprueba si se alcanza y las modifica oportunamente. Entonces, la metacompreensión, “abarca, pues, procesos de planificación, supervisión y evaluación.”(García, 1993:15)

Por lo tanto, un buen lector es capaz de enfrentar un texto desde sus expectativas y objetivos, seleccionando estrategias o procedimientos adecuados para una comprensión eficaz.

4.3 Modelos del proceso lector

Hasta el momento se puede evidenciar la importancia que tiene tanto el texto como el lector en el proceso de la comprensión, siendo éste último quien interactúa con el texto para lograr un proceso de comprensión óptimo.

Mendoza, A. & Briz, E (2003) plantea que este proceso lector comienza desde los niveles inferiores y perceptivos, hasta los procesos superiores en el aspecto intelectual, que permite la comprensión del campo semántico y sintáctico. Esta concepción tradicional de la lectura se define como un modelo de procesamiento de decodificación ascendente o Botton-up. (p. 231)

a. Decodificación ascendente

“Este modelo supone que el lector ha de empezar por fijarse en los niveles inferiores del texto (los signos gráficos, las palabras), para formar sucesivamente las distintas unidades lingüísticas hasta llegar a los niveles superiores de la frase y el texto.” (Acosta, 2009:38) Por lo tanto, el procesamiento se explica de manera unidireccional y jerárquico, desde abajo hacia arriba y se procesa primero las letras, palabras y luego las frases para lograr el significado global del texto.

De esta manera, se plantea que el proceso de decodificación de un texto es suficiente para alcanzar la comprensión.

Sin embargo, este modelo entrega una visión unidireccional, secuencial y jerárquica al decodificar los signos lingüísticos para el logro de la comprensión.

b. Modelo descendente

Por el contrario, el modelo de procesamiento descendente o Top-down se realiza de arriba hacia abajo, en donde el lector con su capacidad cognitiva y su conocimiento de mundo son el pilar fundamental en la comprensión. Es decir, “la lectura está dirigida por los conocimientos semánticos y sintácticos del sujeto.” (Acosta, 2009:39) Por lo tanto, como ya se ha visto, esta interacción lector y conocimiento de mundo, permite la construcción de inferencias para resolver las ambigüedades del texto y realizar las interpretaciones posibles y/o necesarias para su comprensión.

“Es el conocimiento del contexto, en este caso del texto escrito, lo que hace posible, por ejemplo, decidir si una frase como – ¡Ya nos veremos! – contiene una amenaza o una expresión de esperanza.”(Acosta, 2009:39) Es decir, este procesamiento implica una mayor comprensión del texto, ya que el lector utiliza sus conocimientos como objeto fundamental para la comprensión.

c. Modelo Interactivo

Este último de los procesamientos, integra lo que el lector ve en el texto y el aporte de conocimiento que él realiza al leer. Es decir, se utiliza ambos modelos anteriormente descritos, en base a que “los dos se producen simultáneamente y en estrecha interdependencia.”(Acosta, 2009:39)

La diferencia con los otros dos modelos, es que este modelo concibe la lectura como un proceso y conjunto de operaciones que se realizan en paralelo condicionándose mutuamente, mientras que los otros dos se conciben como un proceso secuencial. De igual forma, se puede observar la importancia de los modelos ascendentes y descendentes, pues integran lo expuesto en el texto, como los conocimientos del lector.

4. 4 Competencia Lectora

Como se ha descrito anteriormente, la comprensión es un proceso que requiere el desarrollo de diversas habilidades. Por lo tanto, para que el lector logre llegar a un nivel eficaz de comprensión, será necesaria la adquisición de la competencia lectora.

Es necesario definir el concepto de competencia, la cual surgió en los años 70 en el ámbito empresarial y buscaba la efectividad mediante el entrenamiento. Luego, durante los 80 se incorporó el concepto de competencia al ámbito de la pedagogía, la cual radica principalmente en la formación profesional, y más tarde en la pedagogía constructivista. Ya en 1995 se asume en el ámbito de la educación, en donde la comisión Europea menciona por primera vez el concepto de competencias claves.

Se entiende por competencias claves, a aquellas herramientas que se utilizan de forma interactiva y eficaz, a las habilidades desarrolladas para relacionarse en

grupos heterogéneos y a aquellas habilidades que permite a los sujetos actuar de manera autónoma.

De esta manera, se puede señalar que las competencias responden a las demandas complejas en donde tanto las habilidades y herramientas de las personas conlleva a realizar diversas tareas de forma adecuada.

En cuanto a la competencia lectora, esta es definida por PISA como la capacidad de: “comprender, utilizar, reflexionar y comprometerse con textos escritos para alcanzar los propios objetivos, desarrollar el conocimiento y potencial personal y participar en la sociedad”. (Ministerio de educación: 2011, 21).

En base a lo propuesto por PISA, podemos señalar que tanto la comprensión como el desarrollo de la competencia lectora, no se puede pensar como un concepto aislado o utilizado solamente dentro del ámbito académico, ya que ambas son fundamentales en cualquier instancia, ya sea desde algo tan cotidiano como la lectura de un afiche o un aviso publicitario, hasta la comprensión de un texto científico o especializado.

No hay duda que nuestra sociedad ha ido evolucionando, trayendo consigo que la comprensión sea necesaria en diversos soportes. Pues el alumno no solo requerirá comprender la lectura de una novela sino también qué elementos necesita para crearse un perfil en internet. Por lo que adquirir esta competencia ha llegado a ser indispensable para el buen desarrollo tanto de la vida académica como de la cotidianeidad. Pues tal como dice Kintsch (1998) la comprensión constituye un paradigma para explicar la cognición humana. (Riffo et al, 2014:166)

4.4.1 Variables que influyen en el proceso de comprensión

La comprensión ha sido y es un tema recurrente en diversas investigaciones, pues muchos autores han querido aportar y/o buscar formas para un mejor desarrollo desde la etapa escolar, pues de esta manera se tendrá un mayor control y se podrán implementar estrategias que vayan en ayuda de la adquisición de esta competencia. Y a su vez, conseguir la mejora de los niveles académicos y de la educación en general. Ya que, la comprensión lectora es uno de los grandes problemas del bajo rendimiento escolar, y de que alumnos que están a punto de ingresar a la universidad aun no sean capaces de interpretar un texto.

Las razones de este bajo nivel se deben principalmente al poco manejo de vocabulario y de la estructura del texto. Lo que se afirma en la investigación de Riffo, Reyes, Novoa, Véliz y Castro en la cual tras un estudio correlacional, se aplicaron pruebas de comprensión lectora y vocabulario, con el fin de comprobar la relación entre comprensión lectora, competencia léxica y rendimiento académico, y cómo cada una influye sobre la otra.

Finalmente, se llegó a la conclusión de que:

“El bajo desarrollo léxico alcanzado por los estudiantes tiene una incidencia significativa en el rendimiento lector, esto es, alumnos con menor nivel de vocabulario tendrán peores resultados en pruebas de comprensión lectora.”(Riffo et al. 2014:178)

Y que a su vez: una mejor competencia léxica asegura mayores niveles de rendimiento en lectura comprensiva. Al mismo tiempo, el vocabulario, sobre todo el de mayor especialización y menor frecuencia, se encuentra principalmente en textos científicos y humanistas, así como en los medios de comunicación. (Riffo et al.2014:178)

Por lo tanto, como la adquisición de este vocabulario se da en situaciones más formales y académicas, es fundamental lograr equiparar la gran brecha que existe entre un alumno y otro. Pues las oportunidades de aprendizaje son muy distintas.

Por ello, Riffot et al (2014) presenta el modelo propuesto por Kintsch para procesar diversos tipos de información, el cual se divide en los siguientes niveles:

Nivel lingüístico, en el cual “se llevan a cabo las operaciones vinculadas con el reconocimiento de palabras y la comprensión de oraciones presentes en la superficie textual.” (p.166)

Nivel semántico, en el que “se efectúa el análisis orientado a establecer el significado de las expresiones de superficie del nivel anterior. El significado de las unidades elementales (palabras) se integra en estructuras de significado llamadas proposiciones (entendidas aquí como unidades de ideas).” (p.166)

Se puede señalar que existen variables asociadas a las características de los individuos (lectores), a las características específicas del texto y a las tareas (propósito de la lectura), los cuales, como ya hemos visto, inciden en el proceso de comprensión lectora.

Así, “las concepciones de aprendizaje, los conocimientos previos, la habilidad de auto percepción, la motivación, la aptitud verbal y la capacidad para crear inferencias” (Matéus, 2007:8) son un conjunto de variables asociadas a las características del lector y a su desempeño.

De igual manera, investigaciones señalan que “el propósito de la lectura define también las características del control de la comprensión”. (Matéus, 2007:8) Es decir, la tarea a realizar por el lector, ya sea hallar errores, realizar resúmenes o resolver problemas, se enmarca en los diversos propósitos de la lectura, y por

ende cada propósito conlleva a que el lector realice determinadas operaciones cognitivas específicas según el propósito que persigue.

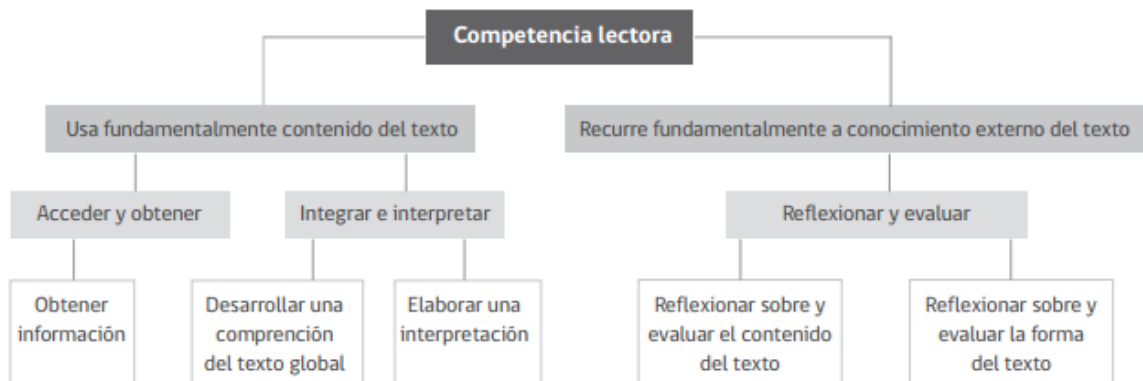
En cuanto a las características específicas de un texto, podemos señalar la ambigüedad o contradicciones que presentan y al tipo de texto que se enfrentan los sujetos.

Por lo tanto, la competencia lectora requiere de habilidades como la decodificación, el reconocimiento de palabras y estructura gramatical, la caracterización de estructuras de los textos, el conocimiento de mundo, de conciencia y uso de estrategias y monitoreo de la actividad lectora.

Como se ha señalado la competencia lectora ofrece a los sujetos poder participar en la sociedad, por lo tanto, “no contar con esta competencia limita a la persona, no solo en cuanto a su capacidad de estudiar y trabajar en la actualidad, sino en la capacidad de seguir desarrollando su potencial y especialmente su capacidad para formar parte en la sociedad de manera plena y constructiva.” (Ministerio de educación, 2011:60)

Respecto a lo anterior, y en vista de la dificultad que proporciona comprender un texto, es donde se enmarca la importancia de esta investigación. Pues uno de los factores que también incide en los problemas de comprensión es que el alumno logre reconocer la macroestructura de un texto y a partir de ésta facilitar la lectura y comprensión de éste.

El desarrollo de esta habilidad, es obviamente más compleja que la simple interpretación de un enunciado, pero totalmente necesaria de completar en el proceso de formación de los alumnos de enseñanza media. Por esta razón, dentro de los niveles de desempeño que evalúa PISA, se encuentra el hecho de que el alumno sea capaz de reflexionar y evaluar la forma de un texto, siendo éste el nivel más alto. Tal como se aprecia en el siguiente esquema:



(Ministerio de educación, 2011:31)

Por lo tanto, lo que se busca en este caso particular es, plantear una propuesta que permita analizar la forma y estructura de los cuentos de Cortázar, con el fin de potenciar el desarrollo de esta habilidad mayor de comprensión, la cual según PISA requiere que el estudiante pueda:

“reflexionar y evaluar la forma de un texto requiere que los lectores se distancien de él, lo contemplen de forma objetiva y evalúen su calidad y pertinencia. En estas tareas juegan un papel importante el conocimiento implícito de la estructura del texto, del estilo típico de los distintos tipos de textos y de los registros. Estas características constituyen las bases en la obra de un autor. La evaluación del éxito de un autor al describir ciertas características o persuadir al lector, depende no sólo del conocimiento sustantivo, sino también de la capacidad para detectar las sutilezas del lenguaje, por ejemplo, comprender cuándo la selección de un adjetivo puede influir en la interpretación.” (Ministerio de educación, 2011: 34)

5. La comprensión de textos narrativos

En base al criterio estructural o construccional, el cual define los tres modelos básicos de organización del discurso, a partir de secuencias narrativas, descriptivas y argumentativas predominante en éste, es posible hablar de textos narrativos.

Todo texto narrativo es una obra de ficción creada por el autor, la cual se estructura bajo una secuencia de sucesos o eventos que les ocurren a personajes, en un lugar y tiempo determinado. Así mismo, Álvarez (2001) señala que el texto narrativo es “un tejido textual que pone en escena secuencias de acciones organizadas en tal forma que, luego de una *situación inicial*, ocurren una serie de *peripecias* que llevan a un *desenlace*, o fin de la historia.” (p.158) De esta manera, es posible decir que cuando hablamos de narración nos ubicamos en un nivel macroestructural, mientras que el esqueleto o matriz correspondería al nivel superestructural.

A partir de lo anterior es necesario presentar el modelo ternario de la estructura narrativa, la cual está compuesta de tres elementos básicos.

1. Situación inicial o Introducción: Momento de equilibrio de la narración, se presentan los personajes, las situaciones y el espacio en donde se desarrollan.
2. Nudo o desarrollo: ocurre un hecho que quiebra el equilibrio inicial, luego se desarrolla la historia mediante las acciones de los personajes.
3. Situación final: Se recupera el equilibrio y se procede a finalizar la obra, es decir, se presenta la resolución del o los conflicto(s) y el final de la historia.

Álvarez (2001) señala que “diversos autores proponen, en lugar de un modelo de tres elementos, un esquema quinario de la narración. Por lo tanto, a estas tres situaciones o estados se suma “La complicación” y “la resolución”. La primera como su nombre lo señala, origina en la narración una complicación al o los

protagonistas, generando una reacción por parte de ellos, por ende, éste se posicionaría después de la situación inicial. Álvarez (2001) lo define como “el elemento detonador que abre el proceso” (p.162) y se reconoce generalmente porque responde a la pregunta ¿qué pasó? Así mismo, la resolución responde a la pregunta ¿Cómo terminó?, pudiendo ser esta respuesta positiva o negativa, por lo tanto, la función de esta situación es cerrar el proceso de secuencias de acciones y dar paso al estado final.

Cabe señalar que existe una función llamada Evaluación, la cual “permite señalar cómo el sujeto enunciador se sitúa frente a los hechos que está relatando” (Álvarez, 2001: 162) esta función es conocida en muchos textos narrativos como Moraleja, la cual puede presentarse al comienzo o al final de la narración y es el narrador quien orienta al lector sobre la interpretación del texto. A sí mismo, la opinión puede presentarse como cualidades que el narrador otorga a los personajes o sentimientos que se expresan. Esta característica, generalmente está presente en las fábulas.

El autor nos presenta un mundo ficticio, el cual posee su propia lógica y elementos constitutivos. Es en este punto en donde es necesario recurrir al concepto de verosimilitud, pues si bien los textos narrativos son una creación ficticia, el lector toma como creíble el mundo presentado. Es decir, se entiende la cualidad de verosímil como un pacto entre el texto y sus lectores, en el sentido de “presentar hechos creíbles de acuerdo a la lógica del mundo presentado”. (Donoso et. al, 2008: 116) Por lo tanto, cuando los lectores se enfrentan a un texto de carácter maravilloso, se debe de entender que el mundo narrado está regido bajo sus propias reglas de construcción narrativas, por lo tanto, la aparición de personajes como enanos, hadas, dragones, etc., o hechos maravillosos como la magia, no debiesen de causar sorpresa o extrañeza en el lector.

Así pues, este espacio narrado es presentado por el narrador, quien “es la voz en el texto o, más propiamente, el sujeto del enunciado, es decir, la perspectiva

gramatical y de género, elegida por el autor para contar la historia”. (Donoso et. al, 2008: 118) Este narrador no tan sólo nos cuenta la historia, sino que también es quien ordena el relato de acuerdo a la perspectiva que adopta. Es decir, se puede presentar en tercera persona, como es en el caso de los clásicos cuentos infantiles, pues de esta manera “el narrador pone en escena un mundo distante de él mismo, relata hechos pasados (...) como si los hechos se narraran solos” (Álvarez, 2001: 163), es capaz de conocer todo lo que piensan y hacen los personajes y es un abastecedor de toda la información del mundo narrado.

Por el contrario, durante el siglo XX muchos autores decidieron utilizar un narrador en primera persona, esto con el propósito de darle un realce mayor a los pensamientos de sus protagonistas, reflejando así “la complejidad y subjetividad de la realidad contemporánea”. (Donoso et. al. 2008: 120)

Entonces, la elección del narrador por parte del autor es deliberada, ya que se debe de ajustar a las intenciones de lo que se quiere comunicar. De esta forma, se puede establecer que todo texto narrativo posee carácter dialógico, pues la intención del autor es contar algo mediante la intervención del narrador. Entonces, “la narración es siempre *narración para alguien* y tiene como objetivo *decirle algo a alguien*”. (Álvarez, 2001: 165)

Sabemos que las oraciones o secuencias de oraciones de carácter narrativo corresponden al nivel microestructural, y éstas en su conjunto conforman el texto narrativo. Ahora bien, “no toda secuencia de acciones constituye un texto narrativo”. (Álvarez, 2001: 158) Esto debido a que es posible encontrar oraciones que posean “verbos de acción”, que denoten característica del individuo, como por ejemplo: *Ese hombre, que bebe cerveza, vive en Santiago*. La oración anterior, presenta como acción al verbo *beber* y al verbo *vivir* como una caracterización, pues el joven no podría estar realizando las dos cosas al mismo tiempo, y de presentarse así la oración no tendría coherencia.

De igual manera, es posible encontrarnos con secuencias de oraciones descriptivas, en donde el autor tiene como objetivo caracterizar algún personaje o espacio para darle un mayor realce a la narración. Lo importante, es que al texto narrativo se caracteriza por relatar sucesos de carácter ficticio y presentar una estructura textual que implica una sucesión temporal de los hechos, es decir, el transcurso de la historia desde una situación inicial hasta una situación final. Característica que permite “distinguir la narración de otros tipos de textos, como, por ejemplo, los descriptivos”. (Donoso et. al. 2008: 116)

Además, como cada texto narrativo es una creación autónoma de cada autor, el esquema superestructural puede diferir de otros textos narrativos, ya que “muchas veces, el narrador altera el orden cronológico de los hechos y comienza su relato, por ejemplo, con la resolución”. (Álvarez, 2001: 168) Es decir, la narración no necesariamente transcurre bajo el orden establecido por la superestructura, situación inicial- complicación- desarrollo- etc., sino que el narrador dispone los acontecimientos de la historia según el orden que considera conveniente.

Álvarez (2001) señala que se pueden encontrar diversas formas de relato: (p.169)

1. Un relato circular, como en *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez.
2. Dos o más historias en paralelo
3. Dos o más historia engarzadas, como en el Quijote, pues una historia comienza en medio de la otra.

Este juego de estructuración narrativa, está presente en uno de los escritores hispanoamericanos más influyentes del siglo XX, Julio Cortázar. Reconocido por su novela *Rayuela*, en la cual nos muestra su gran habilidad para organizar el relato, de tal manera que éste nunca pierda su coherencia. Es así, como en cada una de sus obras, invita al lector a sorprenderse con su narración y a participar

activamente de ésta. Razón por la que cinco de sus cuentos serán objeto de análisis en esta investigación.

5.1 El Cuento

Cuando se es niño es habitual escuchar que los padres nos narran cuentos a la hora de dormir. Esas bellas historias quedan en la memoria de toda persona acompañándonos toda la vida, de hecho lo más probable es que esos mismo cuentos, después se los narremos a nuestros hijos. Debido a esta tradición, es que hoy en día es posible hablar de cuentos clásicos o tradicionales, los cuales se han “transmitido oralmente, conservados y recreados en diversas culturas humanas de todas las épocas”. (Donoso et. al, 2008: 150)

Actualmente, es posible hablar también de cuentos literarios. Estos a diferencia del anterior, pertenece a la tradición escrita y tiene un autor propio, y por lo general, se escribe en prosa. Además, se diferencia de la novela por su extensión, ya que esta es breve.

Sin embargo, la problemática recae en la frontera del cuento, se asume que la extensión promedio es de 100 palabras hasta 30 mil palabras aproximadamente. De este modo, el carácter breve del cuento restringe a que se desarrolle una acción central, pues el cuento “no se pierde en acciones secundarias o innecesarias para el desarrollo del tema central”. (Donoso et al, 2008: 150) De igual forma, no será necesario que el cuento presente muchos personajes, sólo aparecen los necesarios para el desarrollo del relato.

Una de las características propias del cuento es el Dinamismo, el cual conlleva a que el cuento no retarda el tiempo narrativo en episodios y detalles secundarios, por lo que “todos los elementos del cuentos están organizados de forma encadenada para atrapar al lector y conducirlo a un final rápido e inesperado”. (Donoso et. al. 2008: 150) De esta manera, se desencadena otra característica, la

cual recae en el final o desenlace, pues este es inesperado pero coherente con la trama del relato.

Al momento de leer algunos cuentos, es posible identificar una variedad de temáticas desarrolladas, las cuales se evidencian mediante el uso de ciertos elementos narrativos, ya sea en los personajes o bien en el mundo descrito. Es por esto, que es preciso describir brevemente cuatro tipos de cuentos. El Manual de Literatura (2008), clasifica estos tipos de cuentos de acuerdo a la temática que estos desarrollan.

1. Cuento maravilloso, de hadas o infantil: Pertenece a las tradiciones populares de un pueblo o cultura, además el mundo que narra es maravilloso, presentando a personajes fantásticos y hechos extraordinarios. Un ejemplo claro son los cuentos recopilados por los hermanos Grimm.

2. Cuento realista: Como su nombre lo señala, este tipo de cuento manifiesta una conexión con la realidad, pues el mundo narrado, los personajes y acontecimientos son propios de la realidad del lector, es decir, no hay ningún elemento fantástico en esta obra. Así mismo, es posible catalogar al cuento costumbrista como una variación del cuento realista. Este retrata las tradiciones propias de una cultura o región. Ejemplo de lo anterior son los relatos de Oscar Castro.

3. Cuento fantástico: Estos relatos presentan en su temática un hecho inesperado que quiebra la lógica del mundo presentado. Julio Cortázar, Luis Borges y Edgar Allan Poe son algunos de los representantes importantes de este tipo de cuentos.

4. Cuento de terror, horror o miedo: Estos cuentos retratan lo sobrenatural, mostrando fantasmas, espectros, castillos malditos, etc. Se puede añadir que “es todo relato que saca provecho de los miedos ancestrales del ser humano, como la

muerte o lo desconocido, el más allá”. (Donoso et. al2008: 151). El norteamericano H. P. Lovecraft, fue uno de los mayores exponentes de este tipo de narración.

5.2 Comprensión narrativa

Hasta ahora se han desarrollado los conceptos de comprensión textual y competencia lectora, pero es necesario también entender qué es comprensión narrativa. Se debe entender que este tipo de comprensión hace “referencia a la comprensión de historia sin especificar la forma en que son presentadas”. (Strasser, Larraín, López & Lissi, 2010:76) Por lo tanto, según lo descrito por los autores, cuando se escucha o lee un relato se utilizan una serie de habilidades para lograr la comprensión de éste.

Cuando las historias se acceden a través de la lectura, hablamos de comprensión lectora y cuando las historias son escuchadas, hablamos de comprensión auditiva. (Strasser, et. al., 2010:76) Entonces, ¿cuál es la diferencia entre estos tipos de comprensión? La diferencia está en que tanto la comprensión lectora y auditiva se puede aplicar en diferentes tipos de textos, en cambio la comprensión narrativa es únicamente para la comprensión de textos narrativos.

Al momento de comprender un texto narrativo se activan las mismas habilidades que se necesitan para la comprensión de cualquier tipo de texto, es decir, se comienza con la interpretación literal de la información, luego se utiliza el conocimiento previo para realizar inferencias y así construir una representación coherente y significativa del texto.

Las relaciones de coherencia articulan los elementos de la historia y estas se logran en mayor medida a través de inferencias y “entre las relaciones de coherencia, las conexiones causales son las más importantes para la comprensión”. (Strasser, et. al., 2010:77) De esta manera, los lectores realizan mayoritariamente inferencias causales para la reconstrucción de los eventos de la

historia, mediante el reconocimiento de las intenciones y motivaciones de los personajes, siendo éstas las que dan sentido a la realización de acciones por parte de los personajes.

Entonces, podemos señalar que la comprensión narrativa “involucra la integración de la información literal y el conocimiento previo, a través de inferencias, entre las cuales destacan las inferencias causales”. (Strasser et al. 2010: 77) y estas guían al lector a la construcción de una organización significativa de la historia.

Álvarez (2001) señala un aspecto importante de la competencia textual narrativa y es el hecho que esta competencia se desarrolla desde muy temprana edad en los sujetos, porque como sabemos, desde niños escuchamos o producimos historias, anécdotas, chistes, canciones, etc., desarrollando así la capacidad de construir textos de carácter narrativo, primero de forma oral y de carácter dialogal, posteriormente de forma monologal, oral o escrita.

Como toda competencia, ésta no queda exenta de desarrollarse paulatinamente y en mayor o menor medida según los individuos. Además, parece ser compartida por diversos grupos humanos, porque en cierta forma “todos los pueblos construyen mitos, leyendas, cuentos, que en alguna medida expresan su representación del mundo” (Álvarez, 2001: 159)

6. Análisis textual-discursivo. Gramática Textual

Para lograr el desarrollo de esta competencia lectora, es necesario hacerlo desde sus principales áreas de estudio. Una de ellas, que influye en gran medida en alcanzar la comprensión de un texto es el análisis del discurso.

El análisis del discurso ha sido estudiado desde diversas perspectivas a través del tiempo, pudiendo establecer tres ejes principales: la textualización de los recursos léxico-gramaticales, la organización del discurso y la contextualización del discurso, aunque para efectos de esta investigación no ahondaremos mayormente en esta última.

Los primeros estudios del análisis del discurso, en los años 60 y 70' se orientaron principalmente en aspectos léxico-gramaticales, aunque de manera superficial, pues solo eran estudios preliminares. Sin embargo, durante este período Swales enfatizó en la caracterización de los valores funcionales de las características léxico-gramaticales en el discurso escrito.

Algunos de los primeros análisis especializados fueron un incentivo a los investigadores sobre valores funcionales de lo que representan las características léxico-gramaticales, entre alguno de los pioneros destacan: Gustaffsson (1975), Bathia y Swales (1983).

A partir de esto, hubo reiterados intentos en conceptualizar el texto y el discurso a través del estudio de la semántica y la pragmática. Pues el principal fin estaba en establecer la coherencia y cohesión, macroestructuras y lograr una estructura clara de la información del discurso. Es en este contexto donde aparece Van Dijk, pues ha sido uno de los lingüísticas y estudiosos que ha dedicado la mayor parte de sus trabajos e investigaciones al estudio de la gramática del texto y el análisis del discurso, en cuanto a la estructura, función y análisis crítico del discurso, siendo en esta última rama uno de los fundadores.

Luego, se privilegió la caracterización de los valores funcionales de las características léxico gramaticales en el discurso escrito, esto a partir de las investigaciones realizadas por Lackstrom y Trimble. De esta manera, es posible extender los estudios de textualización léxico- gramatical a otros géneros, a fin de compararlos para una conceptualización del texto y discurso mediante la semántica y la pragmática, o bien, para desarrollar una relación entre la elección de léxico, gramática y formas específicas de organización del discurso. El énfasis estaba puesto en la cohesión y la coherencia, macroestructura y estructura de la información en el discurso.

Cabe destacar, que su interés por la lingüística nació también por su gran afán de analizar el discurso literario. De ahí que sus inicios en la gramática del texto estuvieron enfocados en “saber si se podía caracterizar la literatura específicamente por su uso particular de la lengua”. (Van Dijk, 2006:1). Estableciendo de esta manera que:

“El propósito fundamental de tal gramática del texto era el de intentar proporcionar una descripción explícita de las estructuras (gramaticales) de los textos. La tarea más obvia de tal descripción era explicar las relaciones (semánticas) de la coherencia entre las oraciones, y otros aspectos fundamentales del discurso”. (Van Dijk, 2006:1)

Sin embargo, más tarde propondría que la coherencia de un texto no se puede establecer solo en base a la relación entre los hechos que denotan las oraciones, sino que también en la relación que se da entre el significado de éstas. Posterior a este postulado, pero en base al mismo planteamiento, introduciría la teoría de las “macroestructuras”, con las que establece que: “Lo fundamental es que los textos no sólo tienen relaciones locales o microestructurales entre las oraciones subsecuentes, sino que también tienen estructuras generales que definen su coherencia y organización globales”. (Van Dijk, 2006:2).

Siguiendo esta misma idea, Van Dijk enfatizó también en que: “la coherencia local entre las oraciones se debe basar en relaciones referenciales entre “los hechos de un mundo posible”, usando así la noción popular de entonces “el mundo posible”, proveniente de la semántica y de la filosofía formales.”(2006:2)

De ahí que la coherencia se dividió en dos clases. Una llamada funcional que está basada principalmente en el significado, y la referencial como su nombre ya lo anticipa, basada en la referencia.

A partir de lo anterior, podemos decir que las macroestructuras y superestructuras definen el significado total y la forma del texto. Debido a este mismo hecho, muchas de sus ideas en relación a la gramática del texto e inclusive a las macroestructuras, encontraron lugar dentro de la teoría cognitiva de la comprensión del texto. Y a partir de esto observaron junto a Kintsch que: “el uso real de la lengua es mucho más flexible y, al mismo tiempo, más falible: la gente incurre en equivocaciones al hablar o al escuchar el discurso” (Van Dijk, 2006:5). Fue así como se introdujo la noción de comprensión estratégica.

En cuanto a la Organización del discurso escrito, se produjo un interés en aquellos discursos más largos identificando estructuras más globales y actualmente el centro de las investigaciones se ha enfocado en los contextos donde los discursos están escritos. Los estudios apuntan a identificar patrones de organización discursiva en estructuras tales como, solución- problema, retóricas o esquemáticas. De esta manera, se identifica un desarrollo mediante tres estados: Enfoques en patrones de organización de información, enfoques en patrones de organización general del discurso y enfoques en patrones de discursos en géneros académicos y profesionales.

Se generó un compromiso con la estructura del discurso, en cuanto a los patrones socio-cognitivos que la comunidad profesional ocupa para construir e interpretar discursos específicos para su grupo profesional. De esta forma, los analistas del

discurso continuaron con un cuarto estado de desarrollo, el cual hace referencia al contexto tanto el inmediato como el amplio.

El interés por analizar el discurso como género, contribuyó a la labor del contexto en cuanto a la incorporación del mundo real para dar una mayor validez a los descubrimientos analíticos, generándose de esta manera, un análisis, en cuanto a la importancia de factores sociales como el poder y la ideología.

La contextualización del discurso, formó el tercer eje del análisis del discurso, es posible señalar tres estados en el manejo del contexto social. Uno que atañe tanto a los profesionales como su género institucionalizado, el otro, se enfoca en el análisis del discurso y su contexto como instrumento de control social y finalmente, el tercero que es el análisis del discurso mediado como una interacción social.

En cuanto a lo anterior, Van Dijk escribió un libro en 1997, en el cual ideaba una teoría de las estructuras y de la contextualización del discurso. En esta señala que el concepto de contexto era utilizado mayormente como la situación, ambiente o discurso, prácticas sociales u otros fenómenos. Como esta definición de concepto es teóricamente insatisfactoria, propuso los modelos de contexto para explicar las interpretaciones subjetivas de acontecimientos o situaciones, en cuanto a cómo la gente entiende o interpreta el ambiente social que constituye al contexto de su discurso. Estos, “controlan todos los niveles y aspectos de la producción y comprensión del discurso, tal como el género, las formas, el estilo, la variación y en general la manera en la que un discurso se adapta a la situación comunicativa.” (Van Dijk ,2006: 22)”.

De esta manera, los modelos de contextos pueden contribuir a explicar las ediciones en el discurso y su proceso, por lo que forman el vínculo que hace falta entre la sociedad y el discurso, dan a conocer los conflictos de la comunicación, definen el estilo y explican cómo los hablantes son los que controlan el discurso en función de las situaciones comunicativas.

Uno de los componentes de los modelos del contexto es el conocimiento, ya que el emisor adapta lo que se escribe o dice a lo que creen o suponen saber que los receptores saben. De igual forma, no sólo se comparte el conocimiento de comunidades, sino que también el conocimiento ideológico de grupos sociales, para gestionar así un discurso ideológicamente adecuado.

En trabajos posteriores, Van Dijk señala:

El texto y la conversación son imposibles sin el conocimiento y sin condiciones contextuales. Gran parte del discurso social relevante es ideológico y por lo tanto, necesitamos entender cómo se relacionan tales formas diferentes de cognición, socialmente compartidas o “distribuidas” como conocimiento e ideologías, para luego entender cómo teorizar las vagas nociones tradicionales de actitudes y representaciones sociales. (2006: 23)

Se nos presenta entonces, los aspectos socio-cognitivos en cuanto a cómo se relaciona el discurso con la cognición social y la sociedad.

En cuanto a los tres estados en el manejo del contexto social, podemos señalar que: El discurso como texto analiza el uso del lenguaje, las propiedades del discurso en un nivel superficial, excluyendo generalmente al contexto. Por el contrario, el discurso como género, va más allá del producto textual para así incorporar el contexto en un sentido mucho más amplio, de esta manera no ve sólo como fue construido, sino cómo puede ser interpretado en algunos contextos profesionales con el fin de alcanzar metas. El discurso como práctica social, analiza el contexto en una posición mayor en cuanto a la relación contexto y espacio social, por lo que se necesita un conocimiento social y pragmático con el propósito de una comunicación eficaz.

Estos tres estados son complementarios, evidenciándose así la particularidad del espacio socio-cognitivo en la construcción, interpretación y la explotación de recurso del género.

7. Análisis estructural del relato

Desde una visión estructuralista, Ronald Barthes intenta clasificar aquellos elementos que conforman el relato, apoyándose de la Lingüística para lograr obtener el modelo estructural del relato. Es así, que propone la teoría del nivel de descripción, el cual plantea dos tipos de relaciones: Distribucionales, en donde las relaciones están situadas en un mismo nivel y las Integrativas, en las cuales las relaciones se captan de un nivel a otro. Es posible entender que las relaciones distribucionales por si solas no bastan para otorgar el sentido completo del relato, es por eso que para realizar un análisis estructural hay “que distinguir primero varias instancias de descripción y colocar estas instancias en una perspectiva jerárquica (integradora)”. (Barthes, 1970: 14)

Así mismo, es necesario mencionar que las relaciones distribucionales actúan sobre un conjunto horizontal de relaciones narrativas y las Integrativas actúan de forma vertical, pues, como señala Barthes (1970)

“Comprender un relato no es sólo seguir el desentrañarse de la historia, es también reconocer estadios, proyectar los encadenamientos horizontales del hilo narrativo sobre un eje implícitamente vertical; leer (escuchar) un relato, no es sólo pasar de una palabra a otra, es también pasar de un nivel a otro”. (p.15)

Barthes propone distinguir en la obra narrativa tres niveles de descripción:

1. Nivel de las funciones: Identificando este concepto con Propp y Bremond
2. Nivel de las acciones: Equivale en el sentido cuando Greimas habla de los personajes como actantes.
3. Nivel de la narración: Es equivalente al nivel del discurso en Todorov.

Estos tres niveles están relacionados por una integración progresiva, entendiendo que una función sólo tiene sentido si se ubica en la acción general de un actante y

ésta acción recibe su sentido último del hecho cuando es narrada, “confiada a un discurso que es su propio código”. (Barthes, 1970: 15)

Para el análisis que se efectuará en esta investigación, será necesario sólo el nivel de las funciones, por lo que se va a prescindir de los otros dos niveles y por ende, no se ahondará en su conceptualización.

7.1 El nivel de las funciones

Para sistematizar el relato se debe de comenzar por definir las unidades narrativas mínimas que lo conforman. Lo importante para determinar estas unidades es el carácter funcional que las define y no confundirlas con las partes del discurso narrativo (acciones, escenas, párrafos, etc.) ni con clases psicológicas. De ésta manera, se le otorga el nombre de funciones a éstas primeras unidades que se presentan como el término de una correlación.

Algunas unidades tienen como correlatos unidades en un mismo nivel, pero también están aquellas que tienen su correlato en otro nivel. De esta forma, se distinguen dos clases de funciones: las distribucionales que Barthes (1970) las nombra como funciones y las integradoras, las cuales comprenden a los indicios y para poder entenderlas “hay que pasar a un nivel superior, pues sólo allí se devela el indicio”. (p. 19) Cabe destacar que algunos relatos son marcadamente funcionales y otros son marcadamente indiciales.

En las clases de funciones, se encuentran dos subclases: Los nudos o funcionales Cardinales y la Catálisis. El primero comprende a aquellos momentos claves del relato en donde se inauguran o concluye una incertidumbre y actúan unidos entre sí por una relación de solidaridad y formando una sucesión lógica conformando una secuencia. Por su parte, la función de la catálisis es de llenar el espacio narrativo entre los nudos, manteniendo el contacto lector-narrador. Ahora bien, “la catálisis puede tener una función débil pero nunca nula (...) pero siempre tiene

una función discursiva: acelera, retarda, da nuevo impulso al discurso, resume, anticipa, a veces incluso despista”. (Barthes, 1970: 21)

Los indicios, segunda clase de unidad narrativa, también está compuesta de dos subclases: los Indicios como su bien su nombre lo señala entregan información implícita remitiendo a un carácter, a un sentimiento o a una atmosfera. Por su parte, los Informantes entregan datos puros para poder situar en el tiempo y espacio.

Las tres últimas subclases tienen en común la capacidad de complementar los espacios comprendidos entre los núcleos, es por esto que se les conoce como expansiones. Por otra parte, algunas unidades pueden ser mixtas, es decir, una unidad pertenece a dos subclases, esto puede ser posible por un juego de economía del relato.



Capítulo III

Hipótesis del trabajo:

- El reconocimiento de la organización del contenido de un texto ayudará a mejorar la comprensión lectora.

Objetivo General:

- Determinar la forma del texto de cinco cuentos como un recurso que facilita la comprensión, para formular una propuesta didáctica.

Objetivos Específicos:

1. Seleccionar cinco cuentos que presenten una estructura narrativa distinta.
2. Analizar la estructura de los cinco cuentos de Julio Cortázar
3. Describir la macroestructura presente en los textos.
4. Determinar patrones de organización estructural
6. Formular una propuesta didáctica para lograr la comprensión de cuentos de Julio Cortázar en alumnos de enseñanza media.

Metodología

Una vez terminada la discusión bibliográfica se procederá al análisis de cada texto, para lo cual se obedecerá al siguiente procedimiento: primero se elegirán cinco cuentos de Julio Cortázar que presenten una estructura discontinua, en la cual el autor juegue con la forma de narración. Luego de leer cada texto se redactará una pequeña síntesis del relato para orientar al lector y presentar los acontecimientos más importantes, a partir de los cuales se realizará el análisis.

Dicho análisis se enfocará en identificarla estructura de la historia: situación inicial, complicación, desarrollo, resolución y situación final, ya que estos momentos descritos sintetizan los hechos más importantes de los cuentos. Y a su vez la estructura y forma de la narración.

Posteriormente, las acciones más relevantes de cada texto serán agrupadas en macrosecuencias mediante esquemas que evidencian la sucesión de núcleos que conforman el texto. Además, será necesario construir un esquema por cada cuento que dé evidencia del orden en el que van sucediendo los hechos, ya que de esta forma, se demuestra claramente los saltos en el tiempo y el juego que realiza el autor con la forma.

Finalmente, una vez terminado todos los esquemas, se dará paso al análisis de las funciones; catálisis, indicios e informantes, los cuales permiten una comprensión más acabada del texto, ya que analizan la estructura interna del relato, tanto de la información explícita como implícita.

Ya finalizado el análisis, se llevará a cabo la creación de la propuesta didáctica, correspondiente a 4 horas pedagógicas.

Capítulo IV

Análisis estructural de los cuentos de Julio Cortázar

1. Carta a una señorita en París

Presentación sintética del contenido del texto

Carta a una señorita en París forma parte del libro *Bestiario* de Julio Cortázar, publicado en 1951. Este relato narra la historia de un personaje que se encuentra viviendo en el departamento de su amiga Andrée en Argentina, pues ella se encuentra en París. Todo marchaba bien hasta que comienza a sentirse mal y a vomitar conejitos, razón por la que decide escribirle una carta para contarle lo que estaba sucediendo, y pese a que al principio lo veía con naturalidad, pues ya hacía un buen tiempo que padecía este mal. Ahora cada día los conejitos iban en aumento. Al principio creyó que lo podría controlar, los encerraba de día y por la noche los dejaba libres. Pero, al llegar al undécimo, todo estaba fuera de control, habían destruido gran parte del departamento y su vida se había convertido en un constante martirio. Por mucho que se había negado a la posibilidad de exterminarlos, ahora era su vida o la de los conejos. Todos los detalles y pormenores de lo sucedido es lo que describe en la carta hacia Andrée, sin embargo la identidad de este aporreado personaje se mantiene en el anonimato durante toda la historia.

Bajo los criterios formales, este relato presenta una estructura en forma de carta, pues el personaje principal nos señala explícitamente que contará lo ocurrido mediante este formato. "... Pero no le escribo por eso, esta carta se la envío a causa de los conejitos, me parece justo enterarla; y porque me gusta escribir cartas, y tal vez porque llueve." (Julio Cortázar, 2012: 138)

Sin embargo, no hace referencia a un formato tradicional de carta, detallando fecha, lugar, remitente, etc. Esto puede generar confusión en el lector, pues no se

dará cuenta de este formato hasta que el autor lo explicita. Además, dicha estructura se combina con una narración en forma de diario, pues el personaje va relatando la historia durante un período largo de tiempo, donde se evidencia el transcurso del día: “Le escribo de noche. Son las tres de la tarde, pero le escribo en la noche de ellos. De día duermen.”(Cortázar, 2012:143). Y de los días: “Andrée, querida Andrée, mi consuelo es que son diez y ya no más. Hace quince días contuve en la palma de mi mano un último conejito, después nada...” (Cortázar, 2012:144).

El cuento presenta características fantásticas, por lo tanto, es de carácter no realista, ya que como bien se retrata, el protagonista vomita conejos, cosa que no suele suceder por muy enfermo que se esté. Aunque para el protagonista este fenómeno no le causa extrañeza, solo intenta saber llevarlo con naturalidad. Al principio, se deshace de éstos regalándolos a una vecina, “...entonces regalaba el conejo ya crecido a la señora de Molina, que creía en un hobby y se callaba”. (Cortázar, 2012:138), posteriormente los encierra, pero luego se hace casi imposible lidiar con tantos a la vez, por lo que toma la decisión de matarlos. Por lo tanto, quien sufre el fenómeno de extrañeza y cuestionamiento es el lector, ya que la historia aparentemente parece normal hasta que se nombra el suceso de los conejitos.

En cuanto a su estructura, el relato presenta un orden no lineal de la historia, siendo una narración discontinua, ya que los hechos no están contados en un orden temporal, tal como han ido ocurriendo. Ocurren además flash back que describen todo el proceso de nacimiento de los conejos y cuál era su estrategia para lidiar con ellos. Por lo tanto, la complejidad para el lector está en el orden en que se cuentan los hechos y también, en la forma en la que son relatados.

De acuerdo a lo planteado por Donoso et. Al (2008) en el Manual esencial de Literatura el esquema de este cuento sería el siguiente:

Estado inicial: en este caso, son las razones del porqué el protagonista no quiere ir a cuidar la casa de Andrée. “yo no quería venirme a vivir a su departamento de calle Suipacha. No tanto por los conejitos, más bien porque me duele ingresar en un orden cerrado...” (Cortázar, 2012:137). A lo que finalmente termina accediendo: “ah querida Andrée, que difícil oponerse, aun aceptándolo con entera sumisión del propio ser, al orden minucioso que una mujer instauro en su liviana residencia”. (Cortázar, 2012:137). Al mismo tiempo, se dan a conocer los personajes, Andrée y a quien quedará a cargo de su casa, del cual no se entregan detalles, solo se sabe que es un hombre que vomita conejos. En cuanto al espacio, se describe un departamento muy limpio y extremadamente ordenado, decorado con objetos lujosos: “...aquí los libros (de un lado en español, del otro en francés e inglés), allí los almohadones verdes, en este preciso sitio de la mesita el cenicero de cristal que parece el corte de una pompa de jabón, y siempre un perfume, un sonido, un crecer de plantas, una fotografía del amigo muerto, ritual de bandejas con té y tenacillas de azúcar...” (Cortázar, 2012: 137).

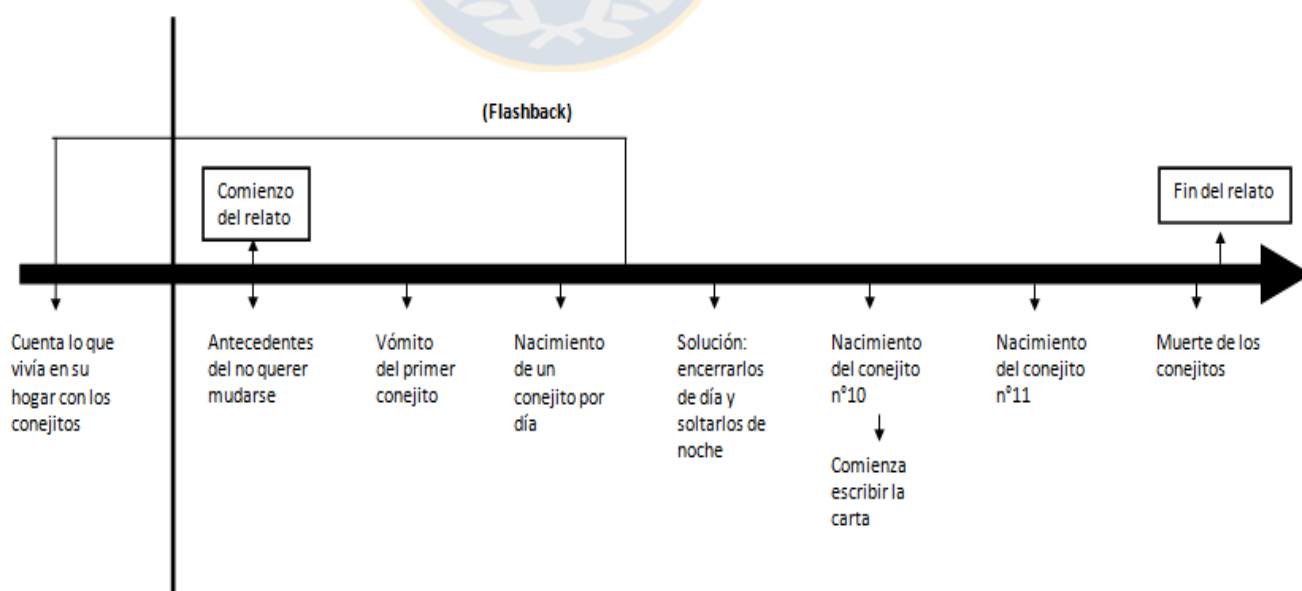
Complicación: el elemento que provoca el quiebre y desequilibrio en esta historia, lo constituye el momento en que el personaje comienza a vomitar conejos y decide no matarlos. “...como un anuncio de lo que sería mi vida en su casa, supe que iba a vomitar un conejito. Enseguida tuve miedo...” (Cortázar, 2012:139).

Desarrollo: al decidir no deshacerse de los conejos, el protagonista busca la forma de convivir con ellos sin que causen problemas y sin que sean descubiertos por Sara (la mucama). Por lo que opta por mantenerlos encerrados durante el día en el closet y por la noche soltarlos, pero con la llegada del décimo primer conejo, la situación se hace insostenible, pues ya han crecido y los daños causados en el departamento cada día son mayores. “rompieron la cortinas, las telas de los sillones, el borde del autorretrato de Augusto Torres, llenaron de pelo la alfombra...” (Cortázar, 2012:145).

Resolución: finalmente, decide reparar los daños y luego al ver que ya no puede manejar la situación y con el temor de enfrentarse a más conejos, decide matarlos. “...los destrozos están bien reparados con el cemento que compré en una casa inglesa, yo hice lo que pude para evitarle un enojo...” (Cortázar, 2012:145).

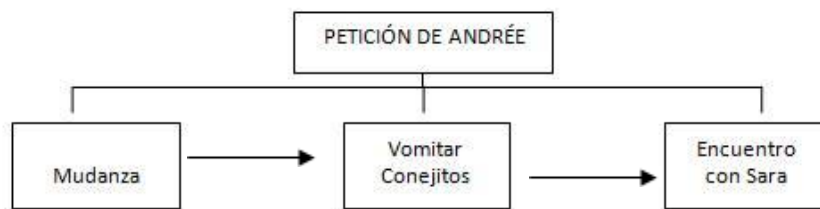
Situación final: al amanecer se deshace de los conejitos dejándolos en la calle y finaliza la carta sin despedirse. “no creo que le sea difícil juntar once conejitos salpicados sobre los adoquines, tal vez ni se fijen en ellos”. (Cortázar, 2012:146).

En cuanto a la presencia del Narrador en este relato, se encuentra en primera persona, pues es el protagonista quien va contando su historia al destinatario de su carta (Andrée), a quien en ocasiones se dirige como segunda persona (tú/usted), lo que muestra que la relación de ambos personajes no era de tanta cercanía, razón que justificaría el miedo que siente el protagonista por la gran responsabilidad que le está entregando Andrée. “Usted se ha ido a París y yo me quedé en el departamento de la calle Suipacha...” (Cortázar, 2012: 138). La técnica usada por el narrador es el estilo directo, pues habla el protagonista sin intervención de otra voz narrativa.



En cuanto al análisis estructural a partir de las funciones, es necesario comenzar a identificar los núcleos del relato, para esto, fue preciso agruparlos en tres macrosecuencias que conforman la historia.

MACROSECUENCIA N°1



La primera corresponde a la “petición de Andrée”, pues esta desencadena el primer núcleo que abre paso al desarrollo de la historia. A partir de este se abren dos posibilidades, aceptar o no la mudanza. El desarrollo de este núcleo lleva al lector a identificar una serie de catálisis, indicios e informantes que describen el espacio y los acontecimientos del cuento. “Usted se ha ido a París, yo me quedé con el departamento de la calle Suipacha...” (Cortázar, 2012: 138), la cita corresponde a un informante, el cual será desarrollado más adelante en la clasificación espacio-temporal.

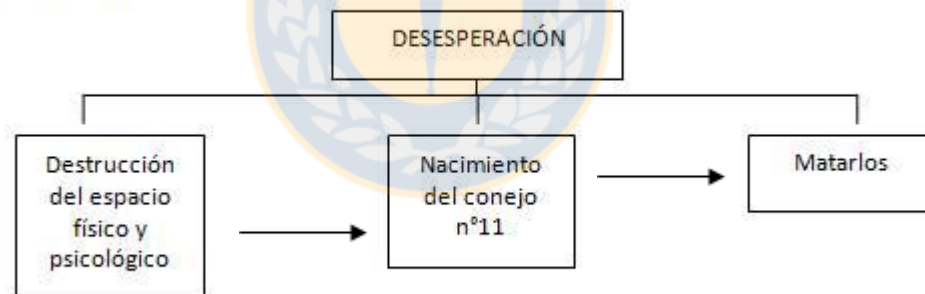
Es así, como el primer nudo da paso a los dos siguientes, vomitar conejitos y encontrarse con Sara al mudarse, abriendo la interrogante de qué sucederá con los conejitos.

MACROSECUENCIA N°2



De acuerdo a lo descrito en el párrafo anterior, la siguiente macrosecuencia responde la interrogante, por lo tanto el primer nudo a diferencia del esquema anterior aparentemente cierra una incertidumbre, pues se decide matar a los conejitos. Pero frente a la negativa de poder hacerlo, se abre una posibilidad de acción, en este caso la de ocultarlos, que trae como consecuencia el nacimiento de nuevos conejos.

MACROSECUENCIA N°3



El nacimiento de los conejitos desencadena el desarrollo de tres núcleos, los cuales se han agrupado en la macrosecuencia llamada “desesperación”. El primer núcleo corresponde a la destrucción del espacio físico, ya que los conejos han destruido los sillones, cortinas y gran parte del departamento, y al mismo tiempo del espacio psicológico, pues el protagonista está agobiado y desesperado por la situación. El personaje se consuela con la idea de que ya no vendrán más conejos, solo debe soportar un poco más. Sin embargo, el desarrollo del siguiente núcleo “nacimiento del conejo once”, gatilla la destrucción de toda la aparente paz

que creía estar sosteniendo. Razón por la que pierde la paciencia y decide matar a todos los conejos.

Dentro de este relato, podemos encontrar una serie de catálisis, indicios e informantes:

Catálisis:

“...construido ya hasta en las más finas mallas del aire, esas que en su casa preservan la música de la lavanda, el aletear de un cisne con polvos, el juego del violín y viola en el cuarteto de Rará.” (Cortázar, 2012: 137).

“Cuando siento que voy a vomitar un conejito, me pongo dos dedos en la boca como pinza abierta, y espero a sentir en la garganta la pelusa tibia que sube como una efervescencia de sal de fruta.” (Cortázar, 2012: 139).

“sembraba trébol en el balcón de mi otra casa, vomitaba un conejito, lo ponía en el trébol y al cabo de un mes, cuando sospechaba que de un momento a otro...entonces regalaba el conejo ya crecido a la señora de Molina.” (Cortázar, 2012: 139).

Las catálisis anteriormente citadas, otorgan al lector la posibilidad de entender y complementar su interpretación, pues entregan información.

Los indicios se clasifican en:

a) Indicios de Personalidad:

“Cuan culpable tomar una tacita de metal y ponerla al otro extremo de la mesa.” (Cortázar, 2012: 137).

“...y se encierra en su cuarto y de pronto estoy yo solo, solo con el armario condenado, solo con mi deber y mi tristeza.”(Cortázar, 2012: 142).

“No sé cómo resisto, Andréa...No es culpa mía si de cuando en cuando vomito un conejito, si esta mudanza me alteró también por dentro.”(Cortázar, 2012: 143).

Los indicios revelan cierta incomodidad del personaje por irrumpir la tranquilidad de un hogar ajeno. A medida que pasa el tiempo, esta sensación aumenta, intenta a través de la carta explicar que no ha sido su culpa, sin embargo, la situación es insostenible y la desesperación y angustia se apodera de él.

b) Indicios de ambiente:

“... aquí los libros de un lado en español, del otro en francés e inglés...” (Cortázar, 2012: 137)

“... ¿quería usted mucho su lámpara con el vientre de porcelana lleno de mariposas y caballeros antiguos?...” (Cortázar, 2012: 143)

“...aquí los libros...allí los almohadones verdes, en este preciso sitio de la mesita el cenicero de cristal que parece el corte de una pompa de jabón y siempre un perfume como un sonido, un crecer de platas, una fotografía del amigo muerto, ritual de bandejas con té y tenacillas de azúcar.”(Cortázar, 2012: 137).

“... yo quería leerme todos sus Giraudoux, Andrée, y la historia argentina de López que tiene usted en el anaquel más bajo...” (Cortázar, 2012: 142)

Los indicios de ambientes contribuyen a que el lector pueda descifrar a qué tipo de persona pertenece el departamento, en este caso la descripción física evidencia a una mujer culta, la cual ha decorado con muebles costosos, donde prima la armonía de su decoración. Por lo tanto, se podría decir que Andrée pertenece a una situación económica acomodada.

Los indicios descritos anteriormente son sólo una muestra, lo que no quita que existan otros que aporten otra información para el análisis del relato.

En el relato es posible encontrar la siguiente clasificación de informantes:

a) Informantes de tiempo:

“Me mudé el jueves pasado, a las cinco de la tarde...” (Cortázar, 2012: 138).

“Pero esa misma noche vomité un conejito negro. Y dos días después uno blanco. Y a la cuarta noche un conejito gris.” (Cortázar, 2012: 141).

“Le escribo de noche. Son las tres de la tarde, pero les escribo en la noche de ellos. De día duermen.” (Cortázar, 2012: 143).

“... lleno de alba, los primeros sonidos de la ciudad. (Cortázar, 2012: 146)

b) Informantes de espacio:

“Usted se ha ido a París, yo me quedé con el departamento de la calle Suipacha...” (Cortázar, 2012: 138).

“... subí al ascenso. Justo entre el primero y segundo piso sentí que iba a vomitar un conejito.” (Cortázar, 2012: 138).

“está este balcón sobre Suipacha...” (Cortázar, 2012: 146)

Como sus nombres lo dicen, estas dos clasificaciones, sitúa al lector en un espacio tiempo posible de reconocer e imaginarse. Además, los informantes de tiempo evidencian un transcurso de los hechos narrados mediante la carta, permitiendo un retroceso en la historia y de un posible momento en el cual el personaje la redactó.

Cabe recordar que las catálisis, indicios e informantes son unidades mixtas, por lo que en algunos de los ejemplos anteriormente presentados pueden presentar esta caracterización.

:

2. La continuidad de los parques.

Presentación sintética del contenido del texto

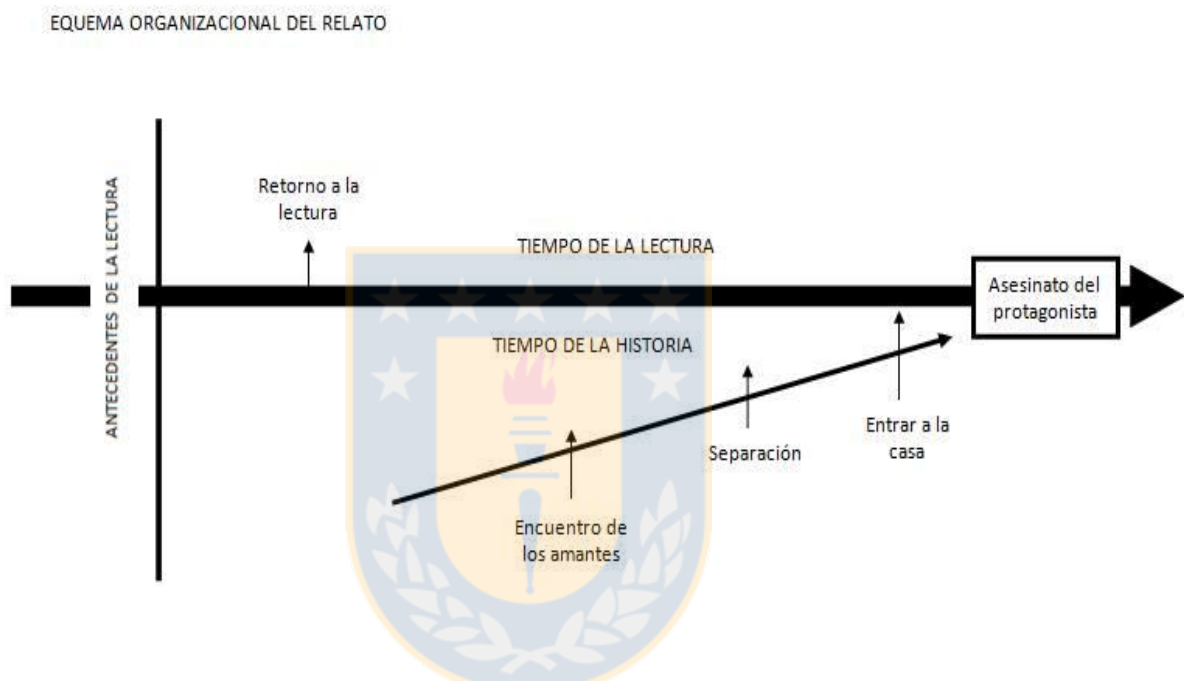
Continuidad de los parques es otro relato de Cortázar que pertenece al libro final del juego, publicado en 1956. La narración comienza con la llegada de un hombre a su hogar, cansado por las labores del día, decide sentarse sobre su sillón de terciopelo verde y leer como de costumbre. La novela que lee el personaje relata el plan que pretenden efectuar dos amantes, el amante tras indicaciones de la mujer logra entrar a la casa sin mayores inconvenientes pues a esa hora no habría nadie en el hogar, salvo la víctima. Es así como el amante logra encontrar al hombre sentado en el sillón de terciopelo verde.

Según los Criterios formales este texto pertenece a un relato engarzado con otro, pues se presenta una historia dentro de otra. A esto, podemos llamar efecto espejo, ya que, en este caso en particular la novela que lee el protagonista es reflejo de lo que está sucediendo en su propia vida, específicamente en los últimos momentos de ésta. "... y se puso a leer los últimos capítulos." (Cortázar, 2012: 391). Este efecto llega hasta el lector, ya que al igual que el protagonista, al avanzar en la lectura nos volvemos parte del relato.

En cuanto a su contenido, es un relato no realista que corresponde al mundo fantástico, porque la coincidencia de que el relato sea exactamente igual a la vida del lector y que además ocurra en el mismo tiempo y espacio es nula. "... el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela". (Cortázar, 2012: 392) Esto rompe el esquema de lo real.

Su estructura narrativa presenta un orden no lineal y discontinuo de los hechos, ya que ambas historias comienzan desde casi un punto culmine de la narración, puesto que el protagonista retoma su lectura, quedándole ya los últimos capítulos, lo que da a entender que ya conoce el plan de los amantes. Así mismo los amantes parten con la ejecución de su plan sin entregar mayores antecedentes de

cómo lo llevarán a cabo. Por su parte, el lector se sitúa desde un plano distante, pues es el único que no conoce detalles de la trama, solo va construyendo el relato a medida que avanza en la lectura. Este estilo que utiliza el autor para narrar dificulta en muchos casos la comprensión del texto, pues el lector es quien debe ir ordenando y uniendo los sucesos. Además, a esto se suma la audacia que debe tener para identificar que ambas historias pertenecen a un mismo hecho.



Situación inicial: el protagonista llega como de costumbre a leer a su casa, luego de un agotador día de trabajo. Se sienta en su sillón y retoma los últimos capítulos de su novela. “...dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos.”(Cortázar, 2012: 391). Luego se presentan los personajes, de los cuales no se detalla nombre: el protagonista, hombre de negocios, aparentemente rico y dado a la lectura, su esposa y el amante, personas meticulosas, frívolas e interesadas. “Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido”. (Cortázar, 2012: 92). Respecto al espacio, las acciones se desarrollan principalmente en la casona y en el parque de robles. “...volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles.” (Cortázar, 2012:391)

Complicación: los amantes se encuentran en el parque de robles, para llevar a cabo el plan de matar al marido. “sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña.” (Cortázar, 2012: 392)

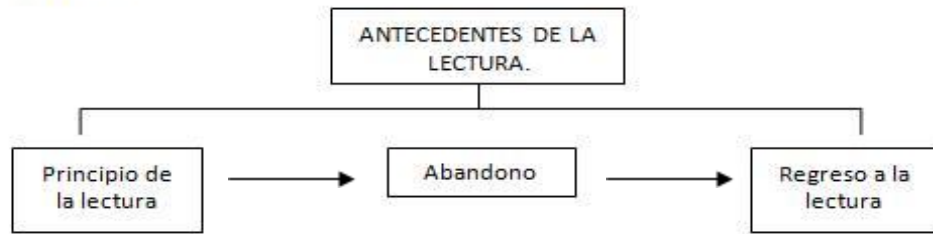
Desarrollo: Mientras el hombre avanza en su lectura, el amante va camino hacia la casa siguiendo detalladamente las instrucciones dadas por la mujer. “...en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto dos puertas”. (Cortázar, 2012: 392).

Resolución y situación final: el amante logra llegar al lugar indicado y encuentra al hombre leyendo en el sillón, tal como se lo describió la mujer. “la puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela”. (Cortázar, 2012: 392)

El narrador presente en este cuento es omnisciente, pues se encuentra en tercera persona y conoce todos los acontecimientos de ambos relatos, esto afecta y dificulta que el lector logre identificar de forma inmediata que ambas historias pertenecen a un mismo hecho. Ya que al ser narrado de forma externa impide que se asocie la historia de la novela con la del protagonista.

Análisis estructural del relato:

MACROSECUENCIA N°1



La primera macrosecuencia “antecedentes de la lectura”, presenta el desarrollo de tres núcleos, los cuales presentan catálisis, indicios e informantes para el complemento de la información de cada uno de ellos. El primer nudo abre el relato con la posibilidad de que el personaje una vez abandonada su lectura no regrese a ella, pero la intriga de la trama lo envuelve y da paso a la lectura de los últimos capítulos

MACROSECUENCIA N°2



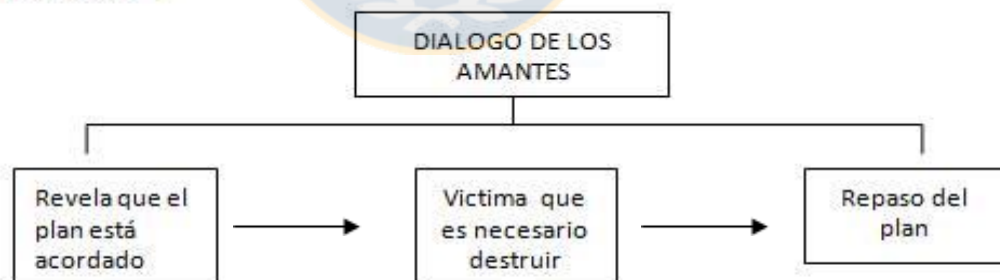
Esta macrosecuencia está constituida por al menos tres núcleos, los cuales poseen, por la brevedad del relato, una mínima cantidad de catálisis e indicios. El primer gran nudo abre la acción del retorno de la lectura y al gozo de ésta, punto en donde se desarrolla el último núcleo. Este último, es importante para el orden del relato, pues es el que posibilita la unión de las dos historias.

MACROSECUENCIA N°3



Se evidencia la llegada de la mujer al punto de encuentro, un indicio y catálisis “recelosa”, lo que presupone una actitud un tanto de temor, llevando al lector a pensar que algo va a ocurrir, pero qué, eso es lo que aún no se sabe. El segundo núcleo supone que será un encuentro furtivo entre dos amantes, esto indicado por las caricias que se evidencian, pero el rechazo de estas cierra la posibilidad de que el encuentro sea pasional, y abre otra posibilidad, algo traman, quizás una violencia futura.

MACROSECUENCIA N°4



El núcleo uno revela al lector mediante algunas catálisis e indicios que hay un plan que fue acordado con anterioridad. Así mismo, se abre el siguiente núcleo, que da a conocer la existencia de una víctima que es necesario destruir. Por ende, el

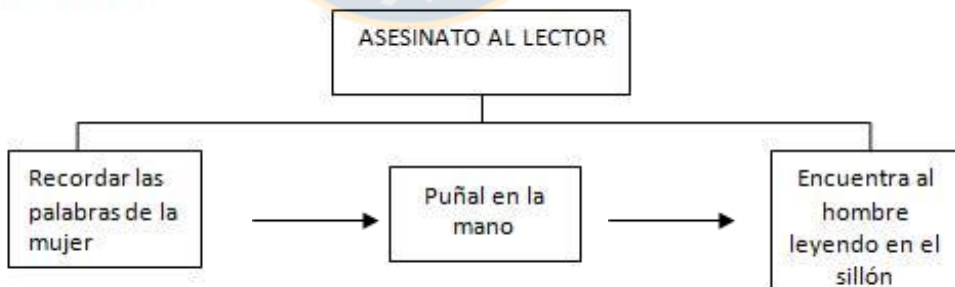
último núcleo es fundamental para llevar a cabo el plan, el cual es descrito mediante el continuo uso de catálisis.

MACROSECUENCIA N°5



El núcleo anterior da paso a la acción, los amantes se separan y echan a andar el plan acordado. Esta separación le otorga al hombre el protagonismo en la ejecución del plan, pues es él quien corre hacia la casa y debe entrar. Indicios como lo del puñal y la separación de los amantes, dan a entender que va a ocurrir un asesinato, la víctima aún no se sabe, pero se intuye que puede ser el esposo o pareja de la mujer.

MACROSECUENCIA N°6



En esta macrosecuencia los tres núcleos están descritos mediante el uso de catálisis y de ciertos indicios que llevan a cualquier lector a adelantarse al final de la historia. Así el núcleo del puñal en la mano, y los indicios que lo presiden dan

cuenta que lo que va a ocurrir es un asesinato y la víctima es, para sorpresa del lector, el hombre que lee la obra.

Continuando con el análisis estructural, en este relato es posible encontrar las siguientes citas, las cuales cumplen una función de:

Catálisis:

- "...se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes". (Cortázar, 2012: 391)
- "Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida..." (Cortázar, 2012: 391)
- "...que los cigarrillos seguían al alcance de la mano..." (Cortázar, 2012: 391)
- "A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla..." (Cortázar, 2012: 392)
- "Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer..." (Cortázar, 2012: 392)

Las catálisis seleccionadas, corresponden a espacios de la narración en los que el narrador entrega información con el fin de retrasar la historia. Lo importante a señalar, es que a medida que avanza la historia, se presentan cada vez más catálisis e indicios (como unidades mixtas) entre los núcleos. De esta manera, el escritor logra un efecto de suspenso en las últimas líneas del cuento, consiguiendo la intriga por el desenlace.

En cuanto a los indicios presentes en el relato, es posible agruparlos de la siguiente manera:

a) Indicios que dan cuenta la clase social a la que pertenece el protagonista

- "La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca..." (Cortázar, 2012: 391)

- ...después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías...” (Cortázar, 2012: 391)
- “...volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles.” (Cortázar, 2012: 391)

Los indicios anteriores, contribuyen a caracterización económica del protagonista, pues se evidencia que es un hombre importante de negocios, quien tiene un mayordomo para los cuidados de su finca, la cual se encuentra a las afuera de la ciudad. Con estas deducciones es posible que el lector infiera que el protagonista pertenece a una clase social alta.

b) Indicios de una violencia futura

- “...absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes...” (Cortázar, 2012: 391)
- “Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante...” (Cortázar, 2012: 391)
- “...él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta...” (Cortázar, 2012: 391)
- “El puñal se entibiaba contra su pecho...” (Cortázar, 2012: 392)
- “...dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir.” (Cortázar, 2012: 392)
- “El doble repaso despiadado...” (Cortázar, 2012: 392)

Estas unidades funcionales “indicios” anticipan al lector que la cita de los amantes no es un mero reencuentro amoroso, sino la concreción de un crimen previamente establecido.

En cuanto a los Informantes, es posible clasificarlos de la siguiente manera:

a) Espacio-temporal:

- “...regresaba en el tren a la finca.” (Cortázar, 2012: 391)
- “Esa tarde, después de escribir...” (Cortázar, 2012: 391)
- “Arrellanado en su sillón favorito...” (Cortázar, 2012: 391)

“...en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles.”
(Cortázar, 2012: 391)

“empezaba a anochecer...” (Cortázar, 2012: 392)

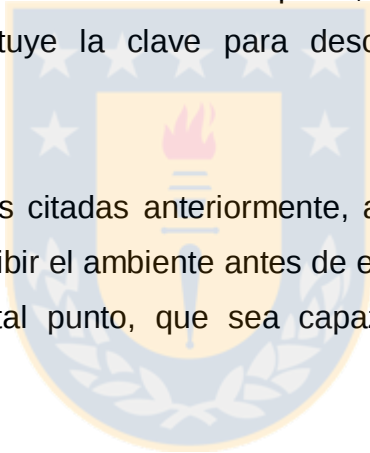
“Subió los tres peldaños del porche y entró.” (Cortázar, 2012: 392)

“primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto dos puertas.” (Cortázar, 2012: 392)

“...la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde.”
(Cortázar, 2012: 392)

Los primeros informantes de tiempo al unirse con los siguientes dan cuenta del transcurso del día, entregando las primeras pistas de que ambas historias están unidas. En cuanto a los informantes de espacio, la unión entre las primeras y últimas unidades constituye la clave para descifrar que las historias están entrelazadas.

Las últimas tres unidades citadas anteriormente, aparecen en el final del relato, con el propósito de describir el ambiente antes de encontrarse con la víctima, para involucrar al lector a tal punto, que sea capaz de descubrir quién será el asesinado.



3. La noche boca arriba

Presentación sintética del contenido del texto

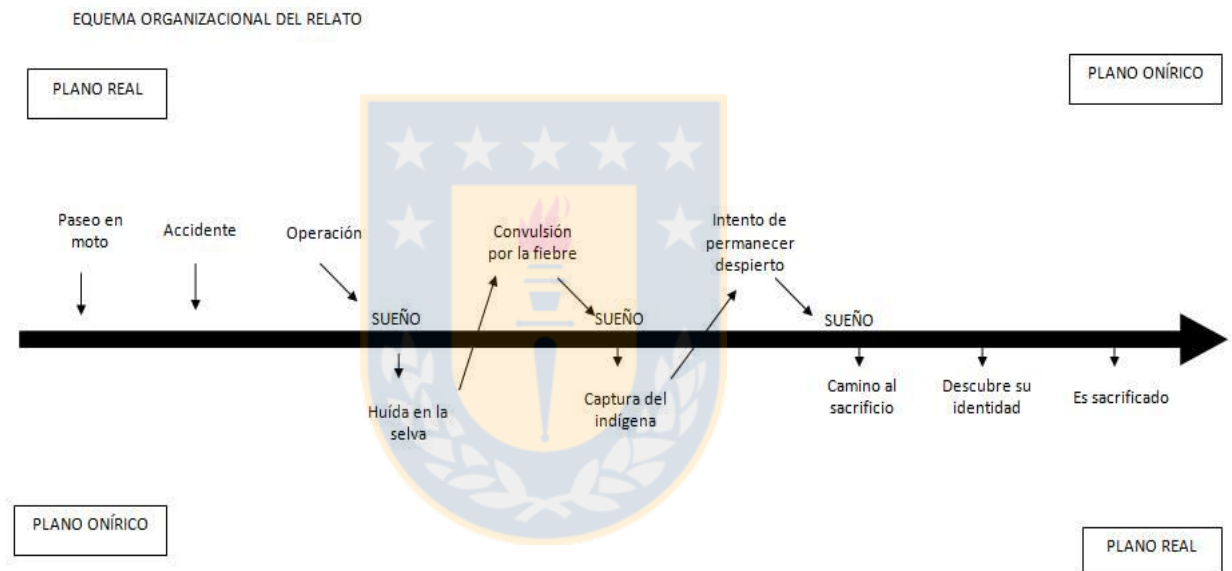
La noche boca arriba, al igual que el cuento anterior pertenece a final del juego y fue publicado el año 1956. Todo comienza cuando el personaje decide ir a la ciudad en su motocicleta, pero un inesperado accidente lo envía con graves lesiones al hospital. Durante su estadía en este lugar, sueña que es un indio moteca que huye de la tribu Azteca y que está pronto a ser sacrificado, de acuerdo a los rituales ancestrales de esta cultura. El cuento deambula desde la realidad onírica a la realidad concreta y actual de la ciudad. Sin embargo, al momento de llevarse a cabo el sacrificio, el protagonista cierra los ojos con el fin de despertar de este mal sueño, es ahí donde se da cuenta que su verdadera realidad es la del indio moteca.

Respecto a los criterios formales de un texto, este pertenece a un relato engarzado en otro. En el cual se comparten dos realidades paralelas o dos relatos dentro de uno. Además, cabe señalar que las dos narraciones muestran tiempos y espacios distintos. Uno aludiendo a la época actual: “pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura.” (Cortázar, 2012:524), y el otro a un período histórico y pasado: “oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. (2012:527)

El criterio de contenidos de este relato es de carácter onírico, pues, como es evidente, la narración se establece mediante los sueños que supuestamente tiene el protagonista de un mundo pasado. A medida que avanza la historia, el lector se ve enfrentado a la interrogante de ¿Quién sueña a quién?, si es el protagonista inserto en el mundo moderno o el indígena que huye de los aztecas. Este cuestionamiento solo se resuelve al finalizar el relato, en donde se evidencia que

el soñador era el indígena, quien mediante sus sueños se transporta a un mundo desconocido y futurista, pero real para el lector.

En cuanto a la estructura, se caracteriza por tener un orden continuo, pues aunque ambas historias se entrecruzan no alteran el orden secuencial de los hechos. Uno es el plano real y el otro el onírico, los cuales avanzan en forma conjunta sin alterar la cronología de la historia. Finalmente, el paso de los acontecimientos nos revela cuál es el verdadero orden de los planos.



Situación inicial: el protagonista sale en moto y tiene un accidente. No se entregan mayores características del personaje, solo que es un hombre. “la moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.” (Cortázar, 2012: 523). El espacio en el que se desarrollan estas primeras acciones es la calle de una ciudad y luego un hospital. “Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco), y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas...” (Cortázar, 2012: 523).

Complicación: se produce cuando el protagonista está hospitalizado y sueña, específicamente cuando es anestesiado para la operación. Pues, es aquí donde comienza el conflicto de no poder dejar de soñar con ese mundo. “El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha...Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y el nunca soñaba olores.” (Cortázar, 2012: 525).

Desarrollo: por una parte, está el intentar no volver a soñar: “cada vez cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer...” (Cortázar, 2012: 530), pero tras innumerables intentos, el personaje ya viéndose envuelto en esta realidad, trata de evitar lo que le está pasando en el mundo azteca. Debe luchar por salvarse. “Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de la ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro.”(Cortázar, 2012: 527).

Resolución: finalmente, se resuelve el conflicto cuando el personaje sueña nuevamente con el mundo azteca, pero esta vez es capturado e intenta volver a su realidad, pero no puede, porque se da cuenta que el verdadero sueño era el mundo de los edificios y automóviles, y no el de los indios moteca.

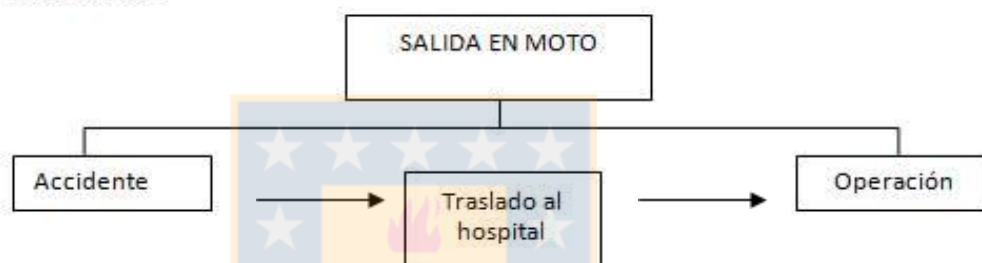
“Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama y humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas.”(Cortázar, 2012: 531)

Situación final: al percatarse de su verdadera realidad, se resigna a su muerte y es sacrificado por los aztecas. “...también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.” (Cortázar, 2012: 531).

El cuento presenta un narrador omnisciente, pues relata la historia en tercera persona y tiene pleno conocimiento de los sucesos de ambas historias. La complejidad de este relato radica en los saltos de tiempo y espacio, lo que no permite llevar el hilo conductor de una sola historia, ya que el lector debe ser capaz de unir ambas historias en una e identificar cuando realmente pertenece a la realidad.

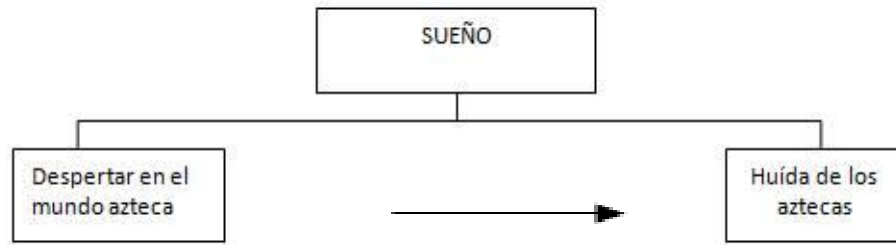
Análisis estructural del relato:

MACROSECUENCIA N°1



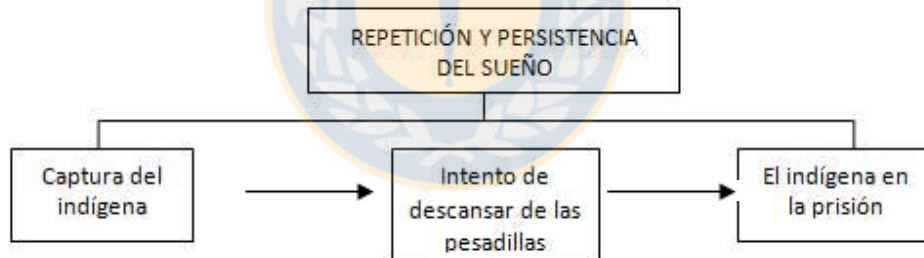
La macrosecuencia “salida en moto”, conlleva a un eventual accidente, que trae como consecuencia la hospitalización y operación del protagonista. Estos tres núcleos abren una incertidumbre con un posible desarrollo de las acciones, ya todos gatillan un sinfín de posibilidades. Por ejemplo, si el accidente no hubiese causado heridas de gravedad en el protagonista, el primer núcleo habría cerrado instantáneamente la concreción del núcleo dos y tres. O bien, solo se requería el traslado al hospital y eventual chequeo médico, por lo que el núcleo tres no se habría ejecutado, y el sueño provocado por la anestesia no se realizaría.

MACROSECUENCIA N°2



Como toda macrosecuencia sigue una asociación lógica de los hechos, por ende, el primer núcleo abre la incertidumbre de qué hace en ese mundo y qué le va a suceder al protagonista. Esta incertidumbre se cierra con el comienzo del segundo núcleo y su posterior desarrollo con las unidades funcionales que lo presiden en el relato. De esta manera, el lector se apoya de todas las unidades funcionales para reconstruir el relato.

MACROSECUENCIA N°3



El miedo de volver a soñar con un mundo donde peligra su vida no es suficiente para evitar el desarrollo de la macrosecuencia tres. De la cual se desprende su captura, lo que provoca que la incertidumbre también sea traspasada al lector, pues se desconoce que va a suceder con el protagonista, y cuando el relato pareciera dar la respuesta el personaje despierta del sueño e intentar reiteradas veces descansar y evitar las pesadillas. Lo cual crea la sensación que se dará paso al cierre de la incertidumbre. Sin embargo, se abre un último núcleo, el cual cierra los dos anteriores al comprenderse que el indígena es llevado al mundo

azteca y las probabilidades de escapar son muy escasas, y que por lo tanto, el protagonista no logró escapar de sus sueños y volvió a la realidad onírica.

MACROSECUENCIA N°4



Esta nueva macrosecuencia continúa con la problemática de los núcleos anteriores, el intento de no caer en ese mundo indígena que pone en peligro al personaje. Siguiendo esta línea, el primer núcleo, ahora, intenta mantener como sea posible al protagonista bajo la seguridad y los cuidados que le brinda la realidad del hospital. El hombre se niega a cerrar los ojos por el miedo, pero la fatiga y su estado de salud impide su cometido, dando paso al nuevo núcleo. La hora del sacrificio ha llegado, el lector mediante el desarrollo de las unidades funcionales va armando toda la historia, va comprendiendo el porqué de los sucesos y al igual que el protagonista, cae en la cuenta de la verdadera realidad y espera el abrupto final, como el indígena su muerte.

Una vez identificados y analizados los núcleos presentes en el relato, corresponde continuar con la función de las catálisis. De esta manera, es posible señalar las siguientes:

“... pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla.” (Cortázar: 2012, 523)

“... quizás algo distraído, peo corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezando.” (Cortázar: 2012, 523)

“... tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas.” (Cortázar: 2012, 525)

“Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra.” (Cortázar: 2012, 525)

“...cada vez que cerraba los ojos las veía formarse inmediatamente, y se enderezaba aterrado...” (Cortázar: 2012, 530)

“...ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columna de humo perfumado...” (Cortázar: 2012, 531)

Las citas anteriormente expuestas, son una pequeña muestra de la gran cantidad de catálisis que se desarrollan en el relato. Esto es debido a que este cuento es marcadamente funcional, primero por la gran cantidad de núcleos presentes y segundo, por la abundancia de catálisis. De esta manera, es posible señalar que en algunas ocasiones estas últimas unidades, cumplen la función de retardar la historia, entregando pausas para la caracterización de espacios. Así mismo, otras despistan al lector de la verdadera realidad, ya que presentan descripciones detalladas de la estadía en el hospital, mientras que en el mundo del indio moteca, las catálisis parecen describirlo tan sólo como un sueño.

Como se mencionó anteriormente, este relato es marcadamente funcional, por lo que la presencia de indicios es mucho más baja en comparación con las catálisis. De igual forma, se puede obtener una serie de unidades indiciales, las cuales a diferencia de los textos anteriores, no hacen mención a la personalidad del sujeto, sino más bien al ambiente.

“....montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.” (Cortázar: 2012, 523)

“Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura.” (Cortázar: 2012, 524)

“Primero un olor a pantano, (...) tembladerales de donde no volvía nadie. (Cortázar: 2012, 525)

“Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas.” (Cortázar: 2012, 525)

“Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche estrellada...” (Cortázar: 2012, 525)

Ahora bien, aparecen algunos indicios que hacen referencia a otro punto:

“Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y el nunca soñaba con olores...” (Cortázar: 2012, 525)

“Sintió sed, como si hubiera corrido kilómetros...” (Cortázar: 2012, 526)

“No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas.” (Cortázar: 2012, 528)

Estos indicios son los únicos capaces de denotar que la realidad paralela del indio moteca es la verdadera realidad.

Los informantes que se señalaran a continuación, corresponden a la clasificación tiempo- espacio de ambas realidades.

“A mitad del largo Zarguán del hotel...” (Cortázar: 2012, 523)

“Eran las nueve menos diez...” (Cortázar: 2012, 523)

“... los altos edificios del centro...” (Cortázar: 2012, 523)

“... los ministerios y la serie de comercio con brillantes vitrinas de la calle Central.” (Cortázar: 2012, 523)

“La ambulancia policial llegó a los cinco minutos...” (Cortázar: 2012, 524)

“Lo llevaron a la sala de radio y veinte minutos después...” (Cortázar: 2012, 525)

“La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches”. (Cortázar: 2012, 527)

4. La señorita Cora

Presentación sintética del contenido del texto

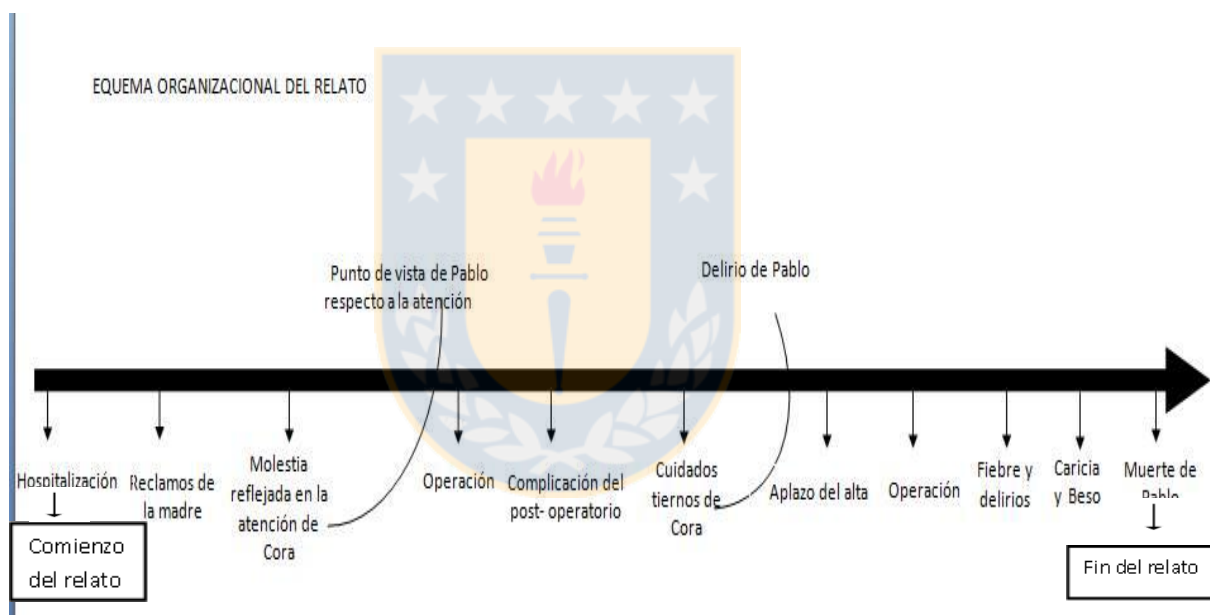
La señorita Cora es uno de los cuentos que compone el libro “todos los fuegos el fuego”, publicado en 1966. La historia se desarrolla en una clínica, en donde el protagonista, Pablo, está siendo preparado para ser operado de apéndice. Su madre, mujer muy dominante, exige quedarse para cuidar a su pequeño, pese a que este tiene 15 años. La negativa a esta petición conlleva a una fuerte discusión con la enfermera a cargo, la srta Cora, en la cual la madre pone en duda el profesionalismo y capacidad para cuidar a su hijo y se retira ofuscada. Pablo por su parte, se siente muy avergonzado por la actitud de su madre e intenta demostrar que ya es un hombre grande e independiente. Esta actitud de querer mostrarse no como un nene, lo lleva a tener una fijación por la srta Cora, pese a la frialdad y poca atención. Él intenta retener a Cora utilizando como excusa su enfermedad, aunque a veces las atenciones le causaban mucho pudor y vergüenza. Todo esto cambia cuando el estado de salud de Pablo agrava luego de la operación, Cora se siente profundamente unida, responsable y culpable del estado del chico. Pese a la insistencia de Marcial, su pareja, que le hace ver que es solo un paciente más y que no debe involucrarse más de lo profesional.

Tras la última intervención, ya nada es igual, Pablo ni siquiera la mira, Cora comprende la indiferencia, aun así se acerca a él para besarlo, es ahí donde nota que está muy frío y va rápidamente en busca de la madre. No vuelve a la sala, pues Marcial y María Luisa se encargarán de sacar el cuerpo de la sala.

Esta narración presenta una estructura en forma de monólogo, a diferencia de los textos anteriormente analizados. Ya que, la historia está construida en base a lo que piensa y siente el protagonista. Sin embargo Pablo no es el único que narra la historia desde su propia perspectiva, pues ocurre un fenómeno multimodal de voces, en el cual se evidencia cual es la opinión de los demás frente a lo que está ocurriendo, es decir, todos dan a conocer lo que piensan. Lo que podría generar

confusión en el lector es que muchas de las frases o ideas que son dichas son interrumpidas por el pensar de otro personaje, lo cual afectará la comprensión en el caso que no se esté atento a la lectura. “Habrá que ver si la frazada lo abriga bien al nene, voy a pedir que por las dudas le dejen otra a mano. Pero sí, claro que me abriga, menos mal que se fueron de una vez...” (Cortázar, 2012: 240).

A su vez, y de acuerdo a lo anteriormente descrito, este relato es de carácter discontinuo porque su narración es interrumpida por las apreciaciones de los personajes frente a un mismo hecho, lo cual impide que este sea lineal, ya que dicho punto de vista expuesto hace que el relato vuelva al pasado.



En cuanto a su contenido, el texto es de carácter realista, ya que cada una de las situaciones descritas podría ocurrir en la vida cotidiana, tal como la hospitalización por apendicitis, problemas post-operatorios, excesiva preocupación de una madre, que un niño se sienta atraído por una enfermera, etc.

Situación inicial: todo comienza con la hospitalización de Pablo y los reclamos de su mamá que exigen una atención especial para su nene. El espacio en que se desarrollen los hechos es en una clínica. “...una chiquilina de porquería, que se

cree la directora de la clínica. Pero eso sí, no se la llevó de arriba, le dije lo que pensaba y eso que el nene no sabía dónde meterse de vergüenza.” (Cortázar, 2012: 239).

Los personajes de este cuento se pueden organizar en tres grupos según el rol e incidencia en el relato. Primero están los personajes principales: Pablo Morán y la “Señorita Cora” pues sus acciones y voz narradora predomina en el relato. Luego están los personajes secundarios, que también intervienen en la narración aunque no con la frecuencia de los primeros. De mayor a menor participación están, la madre de Pablo, el anestesista Marcial, pareja de Cora, y en bastante menor medida el Doctor De Luisi y el Doctor Suárez.

Complicación: la normalidad de la historia se ve interrumpida por el sentimiento y atracción que comienza a tener Pablo por la enfermera. A esto se suma el hecho de que el protagonista requiere mayores cuidados luego de la operación, pues su intervención fue más complicada de lo esperado y su post-operatorio será más largo. Esto provoca que la señorita Cora deba pasar más tiempo junto a él, lo cual dificultará su relación de paciente-enfermero. “...lo mismo me animé a decirle: <<usted es tan joven que...Bueno, Cora es un nombre muy lindo>>. No era eso, lo que yo había querido decirle era otra cosa y me parece que se dio cuenta y le molestó...” (Cortázar, 2012: 245).

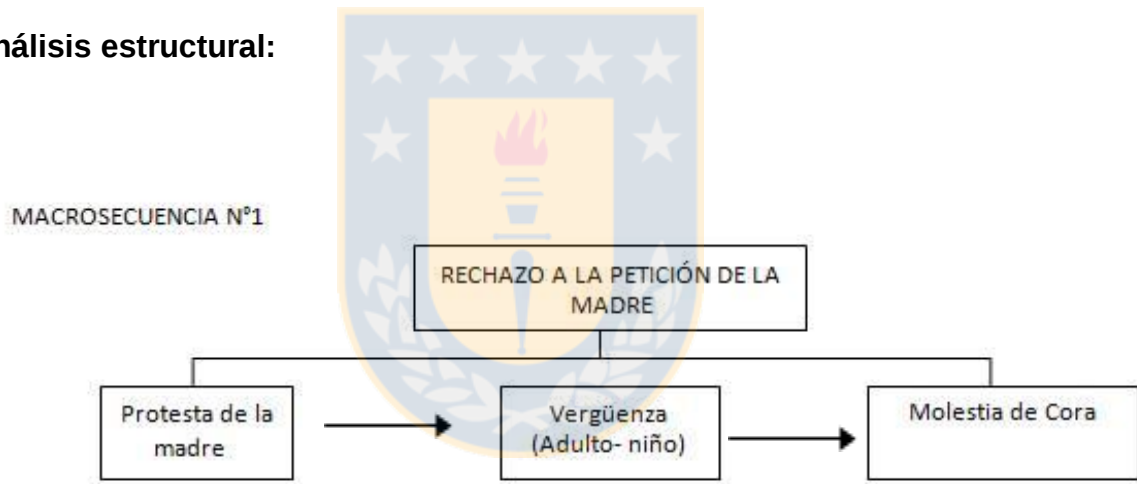
Desarrollo: a partir de la cercanía y los cuidados que requiere Pablo, Cora comienza a sentir un apego más fuerte por él. “Vamos, Pablito, vomita si tenés ganas y quéjate todo lo que quieras, yo estoy aquí, sí, claro que estoy aquí, el pobre sigue dormido pero me agarra la mano como si estuviera ahogado”. (Cortázar, 2012: 248) Por otro lado, Pablo trata de parecer un hombre y no un niño. Desea que ella lo cuide y que esté al pendiente en todo momento, le agrada el cambio de ella, pero cuando no está con él se enoja y se frustra. Como los cuidados siguen, Cora ha comenzado a sentir un poco de pena por las situaciones

que para Pablo son vergonzosas, por lo que intenta no mirarlo mucho y hacer de estos momentos lo menos agobiador para el muchacho.

Resolución: Después de la segunda operación, es posible evidenciar que Cora está afligida por el estado de salud de Pablo. El niño por su parte, aún molesto por la situación de Marcial y de Cora, solicita los cuidados de su madre, por lo que la enfermera comprende que ya no son requeridos sus servicios. Aun así, intenta complacerlo y darle cariño, pero el estado de Pablo es preocupante.

Situación final: Cora viendo la gravedad del niño va en busca de la madre, pero ya es demasiado tarde, Pablo ha muerto.

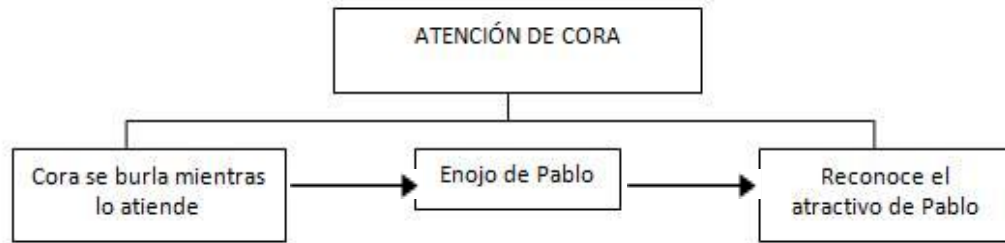
Análisis estructural:



La hospitalización de Pablo en la clínica posibilita el desarrollo de la macrosecuencia uno y de toda la historia.

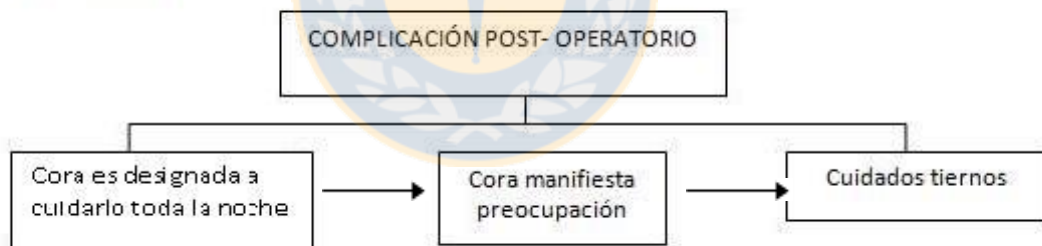
Este primer núcleo está cargado de catálisis e indicios, los cuales llevan al eventual desarrollo de la vergüenza del niño y a su insistencia de querer parecer un hombre. Además, ayuda a caracterizar a la madre dominante y de situación acomodada, al hijo mimado y regalón. De esta manera, la actitud de la madre y del niño abre el tercer núcleo, la actitud ofuscada y molesta de la enferma Cora.

MACROSECUENCIA N°2



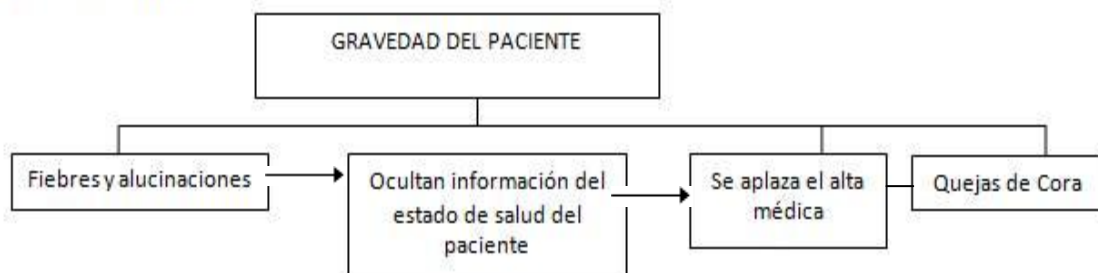
El último núcleo de la secuencia anterior, se termina de desarrollar en la macrosecuencia dos. Pues la molestia de Cora influye en la atención hacia Pablo, lo que queda evidenciado cuando ésta narra el episodio, logrando el enojo de Pablo y su propia versión sobre los hechos. Pese a la molestia evidente de la enferma y la conversación burlesca que mantuvo con el chico, termina por reconocer el atractivo del jovencito.

MACROSECUENCIA N°3



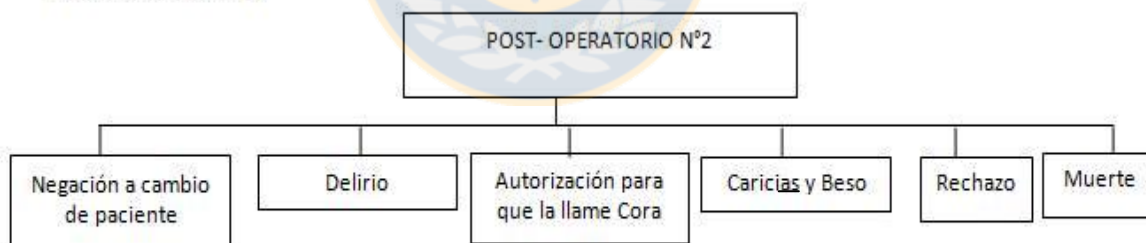
Esta macrosecuencia se ve precedida por varias unidades de catálisis que entregan antecedentes del período desde el cual Pablo comienza a sentirse atraído por Cora hasta indicios que evidencia que algo ha salido mal en la operación. Por lo que aparece el primer núcleo, la obligación de Cora de tener que cuidar al nene, obligación que no estaba muy contenta de asumir, pero que debido a las circunstancias realiza con bastante preocupación y cariño, dejando su enojo y orgullo de lado. Esto produce un cambio notorio tanto para Pablo y Marcial como para el lector.

MACROSECUENCIA N°4



Esta nueva macrosecuencia inicia con el núcleo de fiebre y alucinaciones, provocando por una parte los constantes cuidados de Cora y por otra, la preocupación de los médicos, que desencadena el núcleo dos y tres. Estos dos núcleos son inferidos por medio de los indicios presentes en esta parte del relato. Como consecuencia de la gravedad de Pablo, está la aparición del nuevo núcleo, en donde Cora pide cambio de paciente, por lo tanto, se abre la posibilidad de un pronto distanciamiento de ambos personajes.

MACROSECUENCIA N°5



Esta última macrosecuencia, cierra el núcleo anterior puesto que, al concederle el cambio ella rechaza la propuesta. Por lo que el lector se cuestiona este cambio de parecer. Los delirios y la gravedad de Pablo hacen que Cora intente borrar los malos momentos vividos anteriormente y quiere concederle todo lo que el chico desea por parte de ella en algún momento. Por esta razón, le ruega que le llame Cora, pero frente a la negativa del niño entra en desesperación y lo besa. El

rechazo es inminente, por lo que decide ir en busca de la madre tal como se lo ha pedido Pablo. Este último núcleo, se desarrolla mediante los indicios entregados por el texto, los que nos permiten comprender que Pablo no ha resistido la operación y ha muerto.

Dentro del análisis funcional, algunas de las catálisis seleccionadas son las siguientes:

“...entró tan pálido el pobrecito como si fueran a operarlo enseguida, yo creo que es ese olor de las clínicas...” (Cortázar: 2012, 239)

“Lo único que me consuela es que el ambiente es bueno, se nota que es una clínica para personas pudientes; el nene tiene un velador de lo más lindo para leer sus revistas, y por suerte su padre se acordó de traerle caramelos de menta que son lo que más le gusta.” (Cortázar: 2012, 239)

“...cuando abrí los ojos le vi el pelo castaño casi pegado a mi cara porque se había agachado para sacarme un resto de jabón, y olía a shampoo de almendra...” (Cortázar: 2012, 244)

“...a mover las manos debajo de las frazadas pero no atinaba a nada mientras yo colgaba el irrigador en la cabecera, tuve que bajarle las frazadas...” (Cortázar: 2012, 247)

Las catálisis expuestas evidencian un retardo en la historia y entregan información para la construcción del relato, logrando en el lector una especie de expectación por lo que va a suceder en el núcleo siguiente

En cuanto a los indicios es posible encontrar los siguientes:

“No hay más que mirarla para darse cuenta de quién es, con esos aires de vampiresa y ese delantal ajustado...” (Cortázar: 2012, 239)

“...su padre se hacía el desentendido y de paso seguro que le miraba las piernas como de costumbre...” (Cortázar: 2012, 239)

“...aproveché para decirle que me había llamado la atención la impertinencia de la enfermera de la tarde, se lo decía porque no era cosa de que a mi hijo fuera a faltarle la atención necesaria.” (Cortázar: 2012, 242)

Las citas anteriormente expuestas corresponden a espacios narrados por la madre de Pablo y son una pequeña muestra de indicios que entregan información sobre el carácter de esta mujer.

“Después de todo tiene apenas quince años y nadie se los daría, siempre pegado a mí aunque ahora con los pantalones largos quiere disimular y hacerse es hombre grande...” (Cortázar: 2012, 239)

“...menos mal que se fueron de una vez, mamá cree que soy un chico y me hace hacer cada papelón.” (Cortázar: 2012, 240)

“<<Pablo es un bonito nombre>>, le dije para consolarlo un poco; casi me daba pena verlo tan avergonzado...” (Cortázar: 2012, 244)

Así mismo, los tres indicios anteriores contribuyen a la caracterización de la personalidad del protagonista. Cabe destacar que este relato está narrado a partir de diversas voces, por lo que estos indicios corresponden a tres personajes distintos.

“...pero lo mismo le voy a hablar claro al padre, no sea cosa que en una de esas tengamos un lío. Lo más probable es que haya una buena reacción, pero ahí hay algo que falla, pensá en lo que pasó al comienzo de la anestesia: parece mentira en un pibe de esa edad...” (Cortázar: 2012, 248)

Como se mencionó en el análisis de las funciones cardinales (núcleos), en una parte de este relato se deja entrever que los médicos se percatan que algo salió mal en la operación de Pablo, por lo que deciden extender el periodo post operatorio y ocultar la verdadera razón a los padres. Es entonces, cuando el

lector frente a este primer indicio es capaz de entender que prontamente iniciará un nuevo núcleo.

“...mirando a otro lado con los ojos vacíos. Todavía le acaricié un poco el pelo, le arreglé las frazadas esperando que me dijera algo, pero estaba muy lejos...”

“Volví hasta la cama, me agaché para besarlo; olía a frío...”

Casi al finalizar la historia, aparecen estos dos indicios reveladores que dan paso al último núcleo, la muerte del protagonista.

Informantes tiempo espacio:

“...en la clínica con el nene...” (Cortázar: 2012, 239)

“Pero mañana por la mañana...” (Cortázar: 2012, 240)

“Me desperté a eso de las cuatro y media...” (Cortázar: 2012, 242)

“...cuando vinieron a verme a las seis...” (Cortázar: 2012, 242)

“Volvió a eso de las seis y media con una mesita de esas de ruedas...” (Cortázar: 2012, 243)

“Se quedó dormido un buen rato, a las ocho calculé que...” (Cortázar: 2012, 251)

“De tres a cuatro creo que dormí un rato, a las cinco justas vino con un remedio nuevo...” (Cortázar: 2012, 255)

“Empezó a despertarse a las ocho y media, los padres se fueron...” (Cortázar: 2012, 260)

Este relato aparte de tener multiplicidad de voces narrativas, también presenta una serie muy limitada de informantes, tanto de espacio como de tiempo. Por una parte, la clínica y el cuarto de Pablo serían los únicos espacios que se nombran explícitamente y por otro lado, el transcurso del tiempo queda evidenciado en aquellos momentos en los que se señala la hora.

5. El otro cielo

Presentación sintética del contenido del texto

El otro cielo pertenece a la misma clasificación de la señorita Cora, publicado en 1966. El relato se divide en dos historias paralelas. Una es la realidad del protagonista quien vive en Buenos Aires, lleva una vida común y corriente, está pronto a casarse con su novia Irma y nada lo saca de su rutina, hasta que un día decide cambiar y comienza a frecuentar un barrio Francés, el cual es creado por su imaginación. En este lugar es libre, deja la monotoneidad y se embarca en nuevas emociones. Conoce a Josiane, una prostituta de la cual se enamora y protege de un asesino que ronda esas galerías. Este sueño es una escapatoria a la verdadera felicidad y placer, pues en su realidad sólo acostumbra a tomar café junto a su mamá y su novia. Intenta alargar este otro cielo, pero el casamiento con Irma cada vez lo aleja más de esa vida emocionante y lo devuelve a la rutina de la cual nunca ha salido.

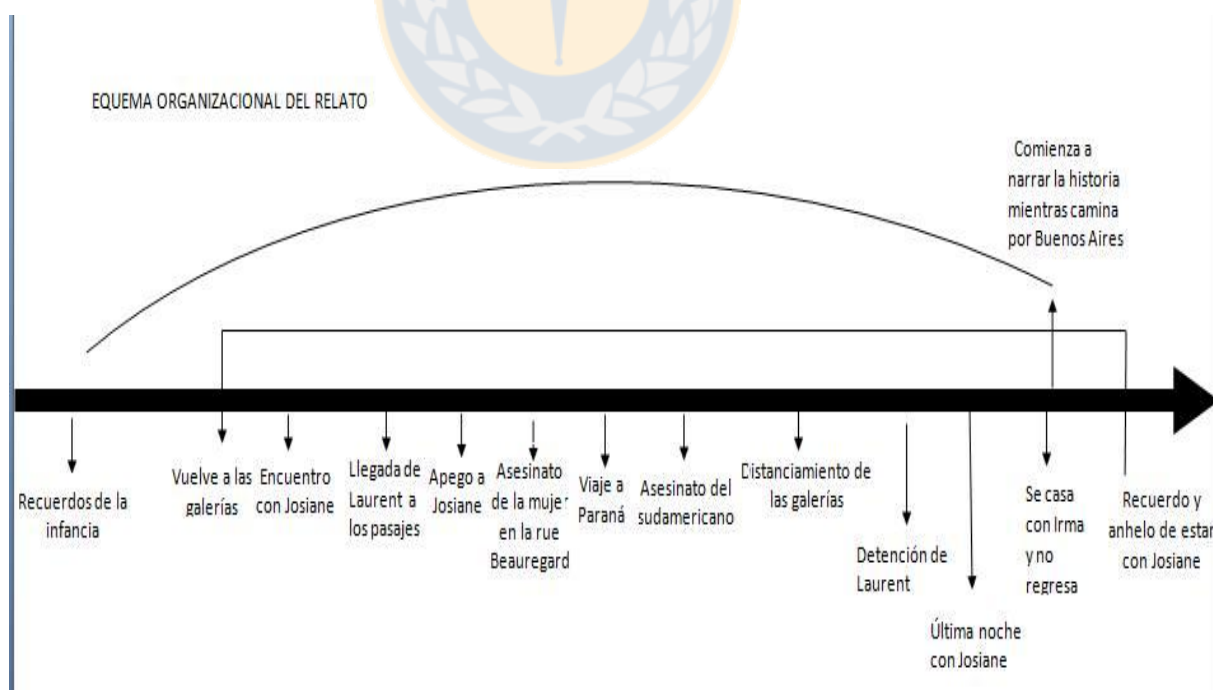
La estructura de este cuento presenta una historia engarzada en otra, ya que describe dos realidades paralelas en tiempo y espacio. La primera es la vida real del protagonista en Buenos Aires: “Para ella, como para mi madre, no hay mejor actividad social que el sofá de la sala donde ocurre eso que llaman la conversación, el café y el anisado.” (Cortázar, 2012:301), y la segunda es la creada en la conciencia del hombre, la vida que anhela tener, la cual se desarrolla en París: “...que bonita y dulce era Josiane en su bohardilla de novela barata con el miedo al estrangulador rondando por París...” (Cortázar, 2012:302).

Este efecto que toma la narración hace que el lector crea en primera instancia que las historias están en un mismo tiempo y espacio, pero luego a través de los indicios y marcas textuales, se logra entender que esta vida en París es solo parte de la imaginación del personaje, su otro cielo, el cual en muchos casos se evidencia en el monólogo interior que a veces utiliza el personaje. “...cuando

lleguen las elecciones votaré por Perón o por Tamborini...” (Cortázar, 2012:322), la cita evidencia la época que se vive en Buenos Aires, la cual difiere totalmente del tiempo y espacio que él vive con Josiane: “Poco a poco tuve que convencerme de que habíamos entrado en malos tiempo y que mientras Laurent y las amenazas prusianas nos preocuparán de ese modo...” (Cortázar, 2012: 310).

En relación a su contenido, el texto es de carácter realista, pues independiente del juego de realidades que utiliza Cortázar, es una situación que cualquiera puede vivir, ya que los pensamientos, deseos y anhelos tienen total libertad en nuestra imaginación.

La narración es discontinua, pues comienza dando antecedentes del final de la historia, realizando un retroceso hacia esa vida que tanto anhela. Luego se sitúa en el presente, pero nuevamente es invadido por los recuerdos, y la narración es interrumpida por un flash back que lo lleva a su infancia. Es así como la historia avanza, con saltos entre el presente y pasado del protagonista.



Situación inicial: el protagonista, es un corredor de bolsa cansado de la rutina, atrapado por las responsabilidades, sin emociones, camina por Buenos Aires sin encontrarle sentido a su vida, solo lo motiva recordar el pasado que tanto anhela volver a vivir junto a Josiane, pues es una mujer expresiva, alegre que lo hace sentir pleno y salir de su rutina, representa la imagen erótica por excelencia e independiente de ser una prostituta, es la mujer de la cual está profundamente atraído.

En esta retrospectiva recuerda también su infancia, cuando visitaba el pasaje Güemes junto a su padre y sus deseos de visitar un prostíbulo pero no tener el dinero suficiente. Sin embargo, su verdadera vida gira en torno a la bolsa y a tener tranquila a su madre, mujer dominante, que influye en las decisiones del protagonista y a Irma, su prometida, quien astutamente lo espera sin reproches ni cuestionamientos, pues sabe que finalmente llegará a ser su esposa.

Complicación: el otro cielo idílico para el protagonista se ve afectado por la aparición de Laurent, llamado el estrangulador, quien comenzó a matar a las prostitutas. El hecho que comienza a gatillar diversos cambios en la historia es específicamente: “Laurent mató a otra mujer en la rueBeauregard- tan cerca, después de todo-...” (Cortázar, 2012: 319). De ahí en adelante, la vida real del protagonista tanto como su otro cielo se ven afectados.

Desarrollo: la llegada del asesino, provoca miedo y una constante paranoia en los pasajes y galerías, ya no pueden pasear libremente como antes. Todo gira en torno a Laurent, inclusive lo traspasa a su propia oficina. Esta situación provoca un desgaste en el personaje, lo cual se evidencia hasta con la familia de su prometida, por lo que le proponen ir de viaje a Paraná. Si bien estuvo alejado por un tiempo de las galerías, constantemente pensaba en la idea de volver, aunque el hecho de querer estar junto a Josiane no era suficiente para lograr llegar allí.

Una vez que vuelve a los pasajes, es sorprendido por la noticia de que van a matar al sudamericano, lo cual ha hecho que el pánico aumente, ya que el estrangulador aún está suelto. Al volver a Buenos Aires, luego de la celebración del aniversario del bar, sospecha que algo va a ocurrir, y que esto provocará que Josiane no lo necesite como antes.

“...me fue invadiendo algo que era como un abandono, el sentimiento infalible de que eso no hubiera debido ocurrir en esa forma, que algo estaba amenazando en mí el mundo de las galerías y los pasajes, o todavía peor, que mi felicidad en ese mundo había sido un preludio engañoso...” (Cortázar, 2012: 315)

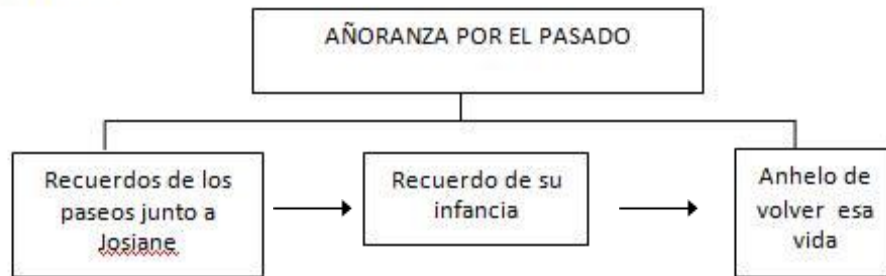
Razón por la cual prefiere mantenerse distante y lejano de los pasajes. Decide dedicarse por completo a su trabajo y hacer feliz a Irma y a su madre. “Pero algo me obligaba a demorarme junto a mi madre y a Irma, una oscura certidumbre de que en el barrio de las galerías ya no me esperarían como antes...” (Cortázar, 2012: 318)

Resolución: luego de un tiempo, vuelve al otro cielo en donde se encuentra con la noticia de que han atrapado a Laurent, quien realmente era Paul el marsellés. Todos están felices y celebran este hecho tan esperado. Pasa su última noche junto a Josiane y se prometieron fiestas y excursiones para cuando llegase el verano.

Situación final: pese a la promesa que el personaje se había hecho con Josiane y al deseo que tenía de realmente pertenecer a ese cielo, el protagonista no vuelve a los pasajes y galerías. Decide aceptar su vida y casarse con Irma.

Análisis estructural:

MACROSECUENCIA N°1



Este relato a diferencia de los demás, comienza la narración desde un punto en el cual ya han sucedido los hechos, es por esto, que esta secuencia hace hincapié a lo ya vivido por el protagonista. De esta manera, el primer núcleo desencadena los recuerdos de un pasado no tan lejano y feliz para el protagonista, para luego dar paso a los recuerdos de su infancia. El desarrollo de estos tres núcleos está conformado por la secuencia de unidades funcionales, que guían al lector a la construcción de la personalidad del protagonista y del lugar que frecuenta.

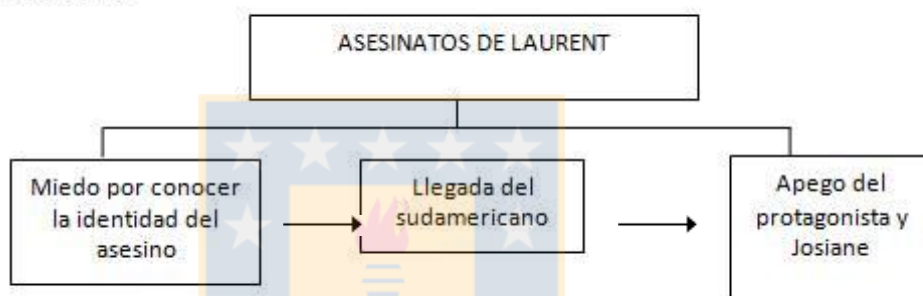
MACROSECUENCIA N°2



La macrosecuencia número 2 de este relato, conforma la secuencia del caminar del protagonista por las calles de Buenos Aires hasta llegar a las galerías de Francia. El primer núcleo precedido por una serie de catálisis que conforman la información del por qué su madre se molestaba con el hombre y el cómo conoció

a Josiane. De esta manera, se unen casi inmediatamente los dos primeros núcleos, pero no es hasta después de la narración de indicios e informantes, los cuales ayudan a la construcción del espacio social y temporal, y a confundir al lector por las referencias de espacio y tiempo, que se despliega el tercer núcleo. Un asesino amenaza su mundo, lo que parece que será un factor detonante en la huida de este lugar y el regreso a su casa, se convierte en un plus para poder acercarse a Josiane.

MACROSECUENCIA N°3



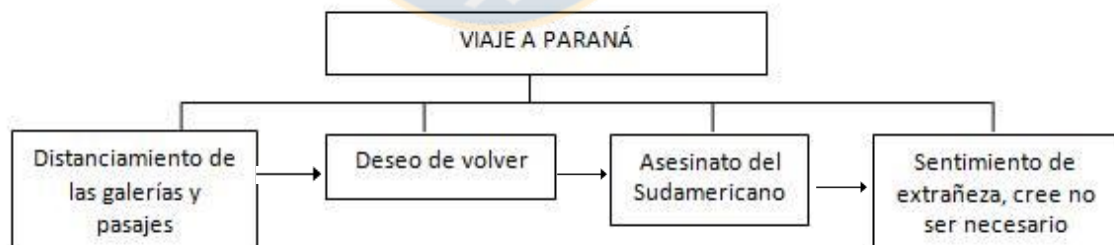
Esta macrosecuencia se basa en el desarrollo que causa los asesinatos del estrangulador. El núcleo anterior a esta secuencia, encuentra aquí su máxima expresión. El protagonista logra que Josiane confié en él y que lo necesite, hasta tal punto que pasa noches enteras cuidándola, pese a que ella se encuentre trabajando. La aparición del sudamericano es crucial para lo anterior, pues la sospecha de que este sea el asesino y que a su vez se encuentre tan cerca de Josiane, le preocupa mucho, y aprovecha la instancia para acercarse aún más.

MACROSECUENCIA N°4



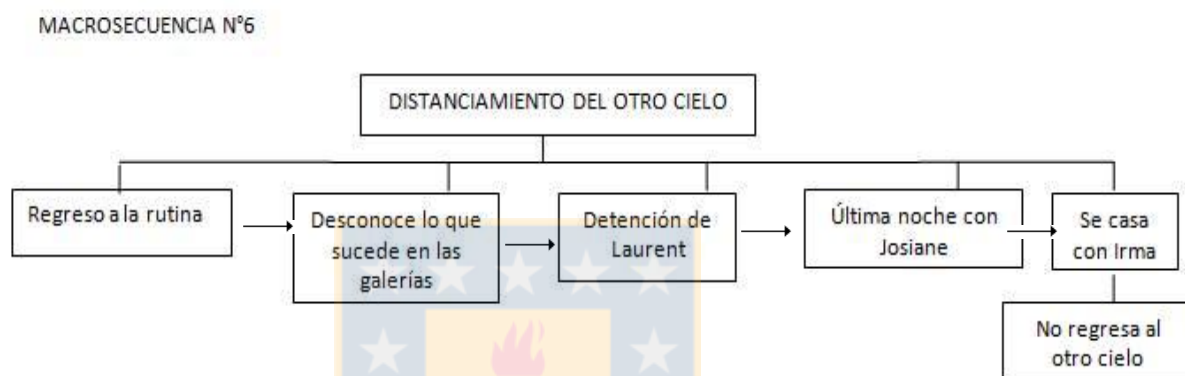
Una serie de catálisis nos entrega la información necesaria para comprender que el núcleo que gatilla el pánico en el otro cielo, es el asesinato de una mujer, muy cerca del lugar en donde se encuentran las demás prostitutas. Todo este desequilibrio le hace pensar al protagonista que su deber y prioridad es mantenerse ahí y cuidar de Josiane. Por lo que se abre el tercer núcleo, el cual muestra cómo el hecho de tener que rendir en ambas partes, tanto en su vida real como en las galerías, genera un estrés y agobio mental por todo lo sucedido.

MACROSECUENCIA N°5



El último núcleo de la macrosecuencia anterior, gatilla el núcleo de distanciamiento del otro cielo, un viaje obligado por su madre y la familia de su novia. Esto abre a la posibilidad de un distanciamiento total del otro mundo, pero también a un sin número de posibilidades que el lector se imagina. Los núcleos siguientes están

compuestos por un sinfín de catálisis que entregan información, puesto que como el tiempo que pasó fuera de París fue bastante extenso, se necesita de un mínimo de información para un desarrollo completo de las acciones. De igual forma, aparecen indicios que son relevantes para la trama de este relato, por ejemplo, está el hecho de que el protagonista siente algo extraño al volver a ese mundo. Así mismo, aparecen indicios que dan a entender en qué parte se desarrollan verdaderamente los pasajes de las galerías de París.



Esta última macrosecuencia agrupa a aquellos núcleos, que conforme transcurre el relato, entregan indicios y catálisis para la construcción general de la historia. Los primeros núcleos dan cuenta de que algo no va bien con el personaje, algo ocurre en el otro mundo, el protagonista y el lector lo desconoce, pero presiente que no es algo bueno para él (indicio). Cuando se gatilla el tercer núcleo, todo se entrelaza, pues la presencia de catálisis nos da cuenta de lo que sucedió mientras él no estaba y los indicios guían al lector, y quizás también al protagonista, a entender que esa era su última noche con Josiane (cuarto nudo). Es este nudo el cual brevemente es desarrollado al final de la historia, se menciona que el aprovecha estos momentos, pero rápidamente se da paso al núcleo final, el cual mediante ciertos indicios se comprende que el hombre ha decidido no regresar por un tiempo, puesto a que se ha casado con Irma, volviendo así a su rutina.

Analizando las catálisis de este relato, se pueden mencionar las siguientes muestras:

“...casi siempre mi paseo terminaba en el barrio de las galerías cubiertas, quizá porque los pasajes y las galerías han sido mi patria secreta desde siempre...”(Cortázar: 2012, 299)

“...yo con unos miserables centavos en el bolsillo pero andando como un hombre, el chambergo requintado y las manos en los bolsillos, fumando un Commander...” (Cortázar: 2012, 301)

“...Después supe que en esos días Josiane no se alejaba de la galería porque era la época en que no se hablaba más que de los crímenes de Laurent y la pobre vivía aterrada...” (Cortázar: 2012, 302)

“...lo mismo me fastidia la persistencia de un derecho materno que ya nada justifica, y sobre todo que sea yo el que al final se aparezca con una caja de bombones o una planta para el patio...” (Cortázar: 2012, 302)

“...pero en un principio todo parecía ordenarse en torno al gran terror del barrio, alimentado por lo que un periodista imaginativo había dado en llamar la saga de Laurent el estrangulado...” (Cortázar: 2012, 304)

Estas catálisis cumplen la función de describir el ambiente o situaciones puntuales, y en otros momentos entregan información que retarda el paso de las demás acciones.

A continuación se detallan los siguientes indicios y sus respectivas funciones dentro del relato:

“...no tardé en saber que Josiane trabajaba en ese barrio y que no costaba mucho dar con ella si se era familiar de los cafés b amigo de los cocheros.” (Cortázar: 2012, 301)

“...cuando le sobraba el tiempo, cuando alguien —no le gustaba llamarlo por su nombre— estaba lo bastante satisfecho como para dejarla divertirse un rato con sus amigos.” (Cortázar: 2012, 303)

“—Tú te burlas pero hay malas noches, justamente cuando nieva o llueve...”
(Cortázar: 2012, 305)

Estos tres primeros indicios, revelan pistas de la profesión a la que se dedica Josiane. Esta pequeña selección es una muestra de unidades indiciales que aparecen con el propósito de entregar característica de los personajes.

“...ahora que lo pienso: a la primera imagen que se me ocurre de Josiane y que es siempre Josiane en la banqueta del café, una noche de nevada y Laurent, se agrega inevitablemente...” (Cortázar: 2012, 305)

“...pero haberla conocido allí, mientras llovía en el otro mundo...” (Cortázar: 2012, 302)

“...ese mundo diferente donde no había que pensar en Irma y se podía vivir sin horarios fijos, al azar de los encuentros y de la suerte.” (Cortázar: 2012, 308)

“Josiane no era de las que reprochan las ausencias, y me pregunto si en el fondo se daba cuenta del paso del tiempo.” (Cortázar: 2012, 312)

“...la hora de encontrarme con Josiane para volver a pasear bajo nuestro cielo de yeso” (Cortázar: 2012, 321)

Las citas anteriores, son indicios que muestran la existencia de otro cielo creado por el protagonista y por sus ansias de vivir otra vida. El hecho que no trascorra el tiempo reafirma la no existencia de ese otro mundo, la cual en el fondo es reconocida por el personaje.

En relación a los Informantes que aparecen en este cuento es posible rescatar los siguientes:

“...olvidarme de mis ocupaciones (soy corredor de bolsa)...” (Cortázar: 2012,299)

“...Hacia el año veintiocho, el Pasaje Güemes...” (Cortázar: 2012, 299)

“La Galerie Vivienne, por ejemplo, o el Passage des Panoramas con sus ramificaciones...” (Cortázar: 2012, 300)

“...a un paso de la ignominia diurna de la rueRéaumur...”(Cortázar: 2012, 301)

“...en el boulevard Pois-sonière o en la rué Notre-Dame-des-Victoires...”
(Cortázar: 2012, 301)

“...con el miedo al estrangulador rondando por París...” (Cortázar: 2012, 306)

“...se habla en el barrio de la Bolsa...” (Cortázar: 2012, 304)

“...en las zonas más remotas del barrio, en la GalerieSainte—Foy, por ejemplo, y en los remotos Passages du Caire...” (Cortázar: 2012, 307)

“...que tenían un chalet en una isla del Paraná...” (Cortázar: 2012, 310)

“...el pueblo se echó a la calle en Buenos Aires...” (Cortázar: 2012, 321)

“...lleguen las elecciones votaré por Perón o por Tamborini...” (Cortázar: 2012, 322)

“... la insolencia de los prusianos...” (Cortázar: 2012, 320)

“... el avance aliado y la liberación de las capitales europeas...” (Cortázar: 2012, 317)

Los informantes de espacio- tiempo en este relato juegan un papel crucial, puesto que entregan las referencias de tiempo, 1828 que alude a la infancia del protagonista en las galerías de Buenos Aires, y a su vez entregan información de acontecimientos propios de un lugar, en este caso de Argentina y París. Lo que permite al lector percatarse que la historia está situada en tres épocas y en dos lugares, pero que finalmente una sola corresponde a la realidad.

Capítulo V. Conclusiones y Propuestas

Discusión

De acuerdo con el análisis y el hallazgo de los modelos de organización de contenido que se repiten en los cuentos de Julio Cortázar, es posible afirmar que la mayor parte de sus relatos siguen un patrón en cuanto a la forma y estructura que evidencian. De ahí la importancia de identificar la macroestructura de un texto, no solo para comprender el relato sino la forma en la que debe leer a un autor. Por lo tanto, en este caso particular, conocer la forma en la que trabaja Cortázar es fundamental para entender sus textos.

Por ello, la realización de esta investigación, demostró que la comprensión va más allá de leer un texto y entender, sino de comprender cómo se genera. Y es aquí, donde juega un papel fundamental el reconocimiento de la macroestructura, pues esta permite comprender el sentido global de un texto mediante la reconstrucción de sus partes. Por ejemplo, si un lector sabe que el texto pertenece a una narración, específicamente a un cuento de carácter discontinuo, su lectura será mucho más eficaz, pues estará preparado para afrontar los diversos desafíos que le propone el relato. Conocerá las características de éste y podrá analizarlo independiente de que no posea un orden lógico en los acontecimientos.

Como ya se ha mencionado, la comprensión no es tan sólo un proceso de decodificación de palabras, sino más bien, un proceso transversal al momento de leer, ya que el lector pone en práctica una serie de habilidades pertinentes para el logro eficaz del acto de la lectura. Por ende, en el reconocimiento de macroestructuras, el sujeto pasa por una serie de habilidades tales como: el reconocimiento microestructural, el cual otorga un sentido local y superestructural al reconocer la estructura o esquema del texto, que lo llevan a identificar y reconstruir las partes constitutivas de éste, logrando de esta manera la coherencia textual.

Por lo tanto, si una obra literaria es discontinua en cuanto a la organización de los hechos, un lector eficaz lo primero que hace es reconocer si el nivel oracional del texto está bien constituido. Luego, al percatarse que la estructura no cumple con un orden secuencial, reconstruye las partes de éste hasta lograr realizar un esquema mental de la estructura. De esta manera, no tan solo ordena los hechos, sino que también es capaz de reconocer a qué tipo de narración corresponde.

Sin duda, la adquisición de esta habilidad es lo que preocupa en el ámbito educativo hoy en día, lograr que un alumno reflexione sobre su aprendizaje y saque partido de ésta. Y es en esta línea hacia donde apunta esta investigación, a que el estudiante a través de este modelo de análisis vaya avanzando progresivamente desde una comprensión literal, inferencial, hasta llegar al análisis de la forma de un texto.

Para ello, es fundamental conocer e identificar las formas de narración, por lo que los textos seleccionados son una pequeña muestra de este juego de organización estructural de un relato, evidenciándose en cada uno un esquema distinto, pero que en algunos casos se vuelven a repetir en otros cuentos de Julio Cortázar. De esta manera, es posible decir que este autor, como todo autor, tiene ciertos patrones de organización estructural recurrentes en su narración, ya sea por influencia de la época o bien, por tratamiento estilístico literario propio del autor.

En base al análisis estructural realizado es posible señalar las principales estructuras observadas:

1. Una historia engarzada en otra: cuentos como *La continuidad de los parques*, *La noche boca arriba* y *El otro cielo*, tienen en común esta característica en la estructura de la historia, pues Julio Cortázar integra un relato dentro de otro. Lo interesante de estos textos, es el hecho de que este patrón estructural se presenta con algunas diferencias en cada uno de ellos. Mientras *La continuidad de los parques* integra al lector en esta especie de efecto espejo, *El otro cielo* juega con

el desarrollo de la historia en realidades paralelas mediante el salto espacio temporal. Por el contrario, *La noche boca arriba* si bien también presenta saltos temporales mucho más notorios que el cuento anterior, este relato se caracteriza esencialmente por la narración en dos épocas distintas, en donde se superpone dos realidades, potenciado por la funcionalidad transformadora de lo fantástico. Cuentos como *Autopista del sur*, *La salud de los enfermos*, *La isla a mediodía* y *cartas a mamá*, están contruidos mediante este esquema estructural.

2. Relato en forma de carta: *Cartas a una señora en París*, es uno de los cuentos de Cortázar que se narra mediante el efecto epistolar, pero que no cumple con los elementos propios de una carta. Cabe recalcar que la escritura comienza después de unos días del nacimiento número diez de un conejito, puesto que el protagonista cree necesario comentarle a la dueña del departamento lo que le ha estado sucediendo, por lo que el relato realiza saltos al pasado y además, retoma varias veces su escrito, porque interrumpe la carta por problemas.

En cierta medida, en este relato es el narrador quien entrega al lector la información para que reconozca esta estructura. Por el contrario, en el cuento *Sobremesa*, relato que retoma esta estructura, es totalmente perceptible que la narración se realiza mediante una carta, pues están presentes los elementos constituyentes de esta, como lo son el membrete, la dirección y el saludo final.

3. Estructurado por monólogos:

La última estructura presente corresponde a la observada en el cuento *Señorita Cora*, relato que se construye mediante una multiplicidad de voces narrativas en las que en ocasiones se superponen a las otras. Se evidencia la construcción de oraciones o de ideas interrumpidas o bien, complementadas por la apreciación de otro personaje. Además, está presente en pequeños momentos el uso de anacronías, por lo que el retroceso a un acontecimiento se realiza comparando dos o más apreciaciones sobre un mismo hecho.

Finalmente, como se ha mencionado reiteradas veces, es fundamental para la comprensión de un texto conocer el estilo de narración que utiliza el autor y seguir un orden de análisis, en el cual es primordial saber identificar la macroestructura, pues de esta manera se entenderá el sentido global del texto.



PLANIFICACIÓN TRAYECTO COMBINADO

Subsector: Lenguaje y Comunicación
 Unidad: literatura contemporánea
 Curso: 4 ° medio
 Tiempo: 4 horas pedagógicas (2 clases)

Aprendizaje Esperado	Contenido	Actividades	Evaluación
AE 01 Lectura: -Construir la coherencia global de diversos de textos narrativos, considerando: > La estructura y forma del relato > La disposición de los acontecimientos (anacronías). > La centralidad de los acontecimientos en la organización temática.	- Superestructura, macroestructura y microestructura. - relato continuo y discontinuo. Conducta de entrada: - El tiempo en la narración. -Tipos de narradores. - Tipos de mundo.	CLASE 1 <u>Fase de presentación de los contenidos:</u> Motivación: Los alumnos se preparan para observar un fragmento de la película “Corre Lola”. Luego de la visualización, se forma un diálogo en el cual se identifica el tipo de mundo, narrador y las anacronías presentes. Se discuten las diversas opiniones y finalmente, en conjunto se elabora la estructura del vídeo. <u>Evaluación de los conocimientos previos:</u> De acuerdo a la actividad anterior, los alumnos recuerdan los conceptos de tipos de mundo, narradores y tiempo en la narración, ya que por medio de la utilización de éstas, fueron capaces de identificar el tipo de estructura. <u>Presentación de contenidos:</u> Luego de éste primer acercamiento a los contenidos, los alumnos son introducidos de manera formal a las “macroestructuras textuales”, se les explica qué son, cómo se identifican y cuál es su utilidad en la comprensión de un texto. Para continuar con el tratamiento de los contenidos, es	Formativa: Procedimiento: Conversación guiada Instrumento: (no hay uno específico) Indicadores: • Los alumnos mencionan el tipo de mundo y narrador presente en el vídeo. • Los alumnos señalan los conceptos de flash back, relato y flash forward.. • Los

		necesario conceptualizar la definición de texto continuo y discontinuo y su relación con las macroestructuras. Los alumnos reciben una explicación del profesor, mediante un esquema en el pizarrón. Además, se formulan ejemplos para cada una de éstas tipologías para afianzar el contenido. <u>Fase de Desarrollo:</u> Los alumnos desarrollan en parejas una guía de actividades, similar a los ejemplos vistos anteriormente, la cual contiene preguntas que apuntan a desarrollar los distintos niveles de comprensión. Cada una de las preguntas se hará en torno al cuento “La noche boca arriba” de Cortázar y serán resueltas en conjunto, para de esta manera afianzar en los alumnos dichos contenidos. Para finalizar la actividad, y de acuerdo a las preguntas realizadas, los alumnos elaboran un esquema que sintetiza los acontecimientos más importantes del cuento y a su vez da cuenta de la estructura del texto. Luego, se revisan de forma voluntaria algunos esquemas en la pizarra. A partir de estos ejemplos elaborados por los estudiantes y de la participación de todo el curso, realizan un esquema que sintetiza todas las ideas anteriormente expuestas. Esta instancia permite que los alumnos resuelvan dudas y corrijan posibles errores que hayan surgido durante la realización de la guía y del esquema. <u>Fase de síntesis y transferencia:</u> Se genera una reflexión en cuanto a la forma y estructura de un texto y su importancia en la comprensión de lectura, en donde comparten sus apreciaciones respecto de esta problemática. A partir de lo anterior, los alumnos discuten la relevancia que tiene saber identificar la	alumnos indican correctamente las anacronías presentes en el vídeo. Formativa: Procedimiento: guía de lectura.. Instrumento: Pauta de corrección. Indicadores: • Los alumnos señalan el tipo de texto. • Los alumnos señalan y relatan la estructura del texto. • Los alumnos reconocen la macroestructura del texto. • Los alumnos
--	--	---	--

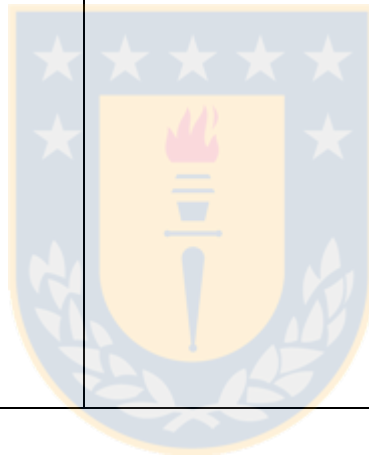
		macroestructura de un texto. Además, a los alumnos se les señala que la próxima clase realizarán una actividad evaluada sumativamente, en donde a partir del análisis de otro cuento de Cortázar, deberán identificar los momentos claves del relato, indicar tipo de texto y evidenciar la estructura y forma que sigue la narración a través de un esquema. Para luego realizar un video que sintetice las ideas principales del cuento y muestre cómo el autor juega con la estructura del relato. Los alumnos se reunirán en grupos de 5 personas, al azar se les asignarán los siguientes cuentos. Los que serán entregados inmediatamente, para así favorecer el estudio y preparación del material por parte del grupo para el trabajo a realizar. Grupo 1: “Carta a una Señorita en París.” Grupo 2: “La continuidad de los parques”. Grupo 3: “La señorita Cora” Grupo 4: “El otro cielo”. Grupo5: “Autopista del sur”. Grupo 6: “La isla a medio día”. Se socializará las instrucciones y la pauta de evaluación.	
--	--	---	--

Aprendizaje Esperado	Contenido	Actividades	Evaluación
		<u>CLASE 2</u> <u>Fase de presentación de los contenidos:</u>	Formativa: <u>Procedimiento:</u> elaboración de una

		<u>- Evaluación de los conocimientos previos:</u> Para iniciar, los alumnos recuerdan los contenidos vistos en la clase anterior a través de una lluvia de ideas que van creando en conjunto con el profesor, éste va realizando en la pizarra las anotaciones correspondientes (respuestas de los alumnos). <u>Presentación de contenidos:</u> Luego se les señala a los alumnos que la primera hora de clases estará destinada a analizar el texto, identificar la estructura y construir el esquema, para así tener claro cuáles son los momentos más importantes y los cambios en la narración, procedimientos que son fundamentales para la grabación del vídeo. Además, se les señala que deben planear su grabación, de acuerdo a la situación inicial, complicación, desarrollo, resolución y situación final. (Como el cuento fue entregado con anterioridad, los alumnos ya tienen la idea de que van a hacer). Posteriormente, se trabajará en la grabación. <u>Fase de Desarrollo:</u> Los alumnos se reúnen en sus respectivos grupos y comienzan a analizar su texto y a partir de éste, realizan el resumen de la estructura (situación inicial, complicación, desarrollo, resolución y situación final) y el esquema, trabajo que es guiado y monitoreado por el profesor. Una vez finalizado el resumen y esquema de acciones, y que el profesor haya dado su aprobación, los alumnos comienzan a preparar el material que usarán para la grabación del video. A continuación cada grupo realiza su respectiva grabación, poniendo especial cuidado en cada uno de los aspectos que se evaluarán.	lluvia de ideas. <u>Instrumento:</u> no hay <u>Indicadores:</u> -Indican los conceptos usando una terminología adecuada. -Mencionan los conceptos vistos la clase anterior. - Participan del diálogo y entrega ejemplos. <u>Sumativa:</u> <u>Procedimiento:</u> Creación de un video. <u>Instrumento:</u> escala de apreciación numérica. <u>Indicadores:</u> • los alumnos sintetizan el cuento por medio del reconocimiento de la estructura. • Elaboran un esquema que ordena
--	--	--	--

		<u>Fase de síntesis y transferencia:</u> Se vuelve a reiterar a los alumnos las exigencias del trabajo y el plazo que tienen para entregar o enviar el vídeo al profesor. Luego se genera una pequeña reflexión respecto del trabajo realizado, los alumnos comentan que les pareció la actividad. Se enfatiza nuevamente en la importancia del reconocimiento de la estructura y la forma para la comprensión de textos. Además, los estudiantes opinan acerca de cómo preparar el texto y grabarlo les permitió darse cuenta de todos los juegos de forma y tiempo que utiliza el autor. A su vez, se discute lo fundamental que es conocer la forma en la que trabaja un autor, para realmente comprender sus relatos.	los acontecimientos y evidencia su forma. • Preparan el video, traen materiales y graban durante la clase. • Se mantiene una línea temática y una correlación con el texto original. • Los alumnos preparan las intervenciones con precisión evitando que se produzcan silencios o pausas innecesarias durante la grabación. • Los alumnos recurren a materiales que tengan directa relación con
--	--	---	--

			lo tratado en el cuento. • Los alumnos entregan o envían el video en el plazo acordado. • La duración del video es mínimo de 2 minutos y máximo de 4 minutos. • Los alumnos cuidan la dicción al momento de grabar el video.
--	--	--	---



Conclusión

El desarrollo de este seminario tuvo como principal objetivo realizar un aporte desde el área textual discursiva a la educación, por medio de la comprensión lectora, estimulando específicamente el desarrollo de la comprensión inferencial.

La comprensión lectora, no es solamente el acto de la lectura, sino que abarca habilidades cognitivas de extracción de información explícita e implícita, de valoración y organización de la información. Por lo tanto, lo que se plantea es entender en su globalidad el texto y es por ello, que se abordaron los cuentos desde la noción de macroestructura, ya que ésta permite entender el sentido global y repercute de manera directa en la comprensión. De esta manera, se está contribuyendo al logro de los niveles de desempeño evaluado por PISA, y en especial a alcanzar el nivel más alto y complejo, que es reflexionar y evaluar la forma del texto.

El reconocimiento de la macroestructura, permite que un lector reconstruya las partes del texto, le otorgue sentido global a éste y reflexione sobre su organización, para de esta manera, desarrollar la habilidad lectora, mediante el logro de los niveles de comprensión.

El orden de producción narrativa que prefiere utilizar un autor incidirá también en la comprensión tanto global como inferencial. De ahí la importancia de conocer la forma en la que trabaja un autor, para así analizar y comprender sus relatos. Esta investigación, ha permitido conocer tres formas básicas de estructuras, al momento de analizar cinco cuentos de Julio Cortázar, por lo que es posible señalar que este autor utiliza ciertos patrones organizacionales en su narrativa, los cuales pueden ser identificables por los alumnos, si se les enseña de manera adecuada el análisis, logrando así comprender de mejor manera aquellos textos.

De acuerdo al enfoque pedagógico en el que se quiso abordar este trabajo, está la realización de una propuesta didáctica, pues sin duda, considerar aspectos discursivos y textuales dentro de una clase es fundamental para el desarrollo de la comprensión inferencial de los estudiantes.

Como propuesta didáctica, se intentó realizar un proceso de enseñanza aprendizaje guiado y controlado por el profesor, proporcionado un clima propicio, para el acompañamiento del estudiante en el desarrollo y construcción del aprendizaje. Cabe señalar, que como para todo proceso de comprensión, se requiere de un trabajo constante y continuo, puesto que se requiere desarrollar las distintas capacidades y habilidades en los alumnos. Por este motivo, se requiere de un proceso guiado y monitoreado, de una enseñanza gradual. De esa forma, esta propuesta permitirá que el alumno a través del reconocimiento de la estructura narrativa, utilice un modelo de análisis adecuado. Obteniendo así a un alumno más preparado para enfrentarse a un texto, ya que al conocer al autor, sabrá a lo que se enfrenta.

Finalmente se puede señalar que, la comprensión lectora es fundamental en el desarrollo de la integridad de las personas, permitiendo a potenciar a un sujeto crítico, reflexivo y evaluador. Además, es ir más allá de la lectura de un texto y otorgarle un sentido, sino también es comprender cómo está construido y el propósito que conlleva la utilización de estrategias de producción. Por otra parte, el reconocimiento de la macroestructura, permite comprender el sentido global del texto, mediante la reconstrucción de sus apartes, logrando saber así cómo leer a cierto autor para entender sus texto.

Bibliografía

Acosta, I. (2009). la comprensión lectora, enfoques y estrategias utilizadas durante el proceso de aprendizaje del idioma español como segunda lengua. (Tesis doctoral). Universidad de Granada, Granada, España.

Álvarez, G. (2001). Textos y discursos, introducción a la lingüística del texto. Concepción: Universidad de Concepción.

Anderson y Pearson (1984) P.D.A. schema-theoric view of básica processes in Reading comprehension.

Barthes, R. (1970). Introducción al análisis estructural de los relatos. En E. Verón (Ed.), *L'analyse structurale du récit*, Communications (pp. 9-44). Buenos Aires, Argentina: Editorial Tiempo Contemporaneo.

Bernández, E. (1990). Las macroestructuras textuales como objeto de estudio lingüístico. En *Actas de las I jornadas de lengua inglesa y norteamericana* (pp. 107-119). España: Logroño: Publicaciones del Colegio Universitario de la Rioja.

Cáceres, A., Donoso, P., & Guzmán, J. (2012). Significados que le atribuyen las/los docentes al proceso de comprensión lectora en NB2. (Tesis de pregrado). Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Cassany, D., Luna, M., & Sanz, G. (1994). Enseñar lengua. Barcelona, España: n: Editorial GRAÓ, de IRIF, S.L.

Catalá, G. (2001) Materiales para la comprensión lectora a primaria. *Revista de didáctica de la lengua y de la literatura*. V. 35. Pp. 29-36.

Collado., L., García., M. (1997).Comprensión de textos expositivos en escolares: un modelo de intervención. *Revista Infancia y Aprendizaje*. V. 78. Pp. 87-106.

Cortázar, J. (2012). Cuentos Completos 1. Santiago, Chile: Ediciones S.A.

Cortázar, J. (2012). Cuentos Completos 2. Santiago, Chile: Ediciones S.A.

Donoso, A., Barra, C. & Jervis, L. (2008). Manual esencia, Medios Masivos de Comunicación. Santiago, Chile: Santillana.

Fuenmayor, G., Villasmil, Y., & Rincón, M. (2008). Construcción de la microestructura y macroestructura semántica en textos expositivos producidos por estudiantes universitarios de LUZ. Letras, 50(77), 159-187. Recuperado en 27 de noviembre de 2015, de http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0459-12832008000200007&lng=es&tlng=es.

García García, E. (1993). La comprensión de textos. Modelo de procesamiento y estrategias de mejora. Didáctica. Lengua Y Literatura, 5, 87. Recuperado en 27 de noviembre de 2015, de <http://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/article/view/DIDA9393110087A>

Huerta. H., & García. R. (2007). Sincronía, n°42. Recuperado en 27 de noviembre de 2015, de <http://sincronia.cucsh.udg.mx/garciaspring07.htm>

Matéus Ferro, Geral Eduardo. (2007). Psicología de la comprensión textual y control de la comprensión. *Folios*, (26), 39-48. Retrieved November 27, 2015, from http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123

Mendoza, A.; Briz, E. (2003) "Didáctica de la Lengua y la Literatura", ed. Prentice Hall, España

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Subdirección General de Cooperación Internacional. (2002): Marco común europeo de referencia para las lenguas: Aprendizaje, Enseñanza, Evaluación. Madrid, España.

Ministerio de Educación, Unidad de Curriculum y Evaluación, SIMCE. (2011) PISA: Evaluación de las competencias lectoras para el siglo XXI. Marco de evaluación de la prueba. Santiago, Chile.

Ministerio de Educación, Unidad de Curriculum y Evaluación, SIMCE. (2014) PISA: Evaluación de las competencias lectoras para el siglo XXI. Marco de evaluación de la prueba. Santiago, Chile.

Paradiso, JC. Niveles y dificultades en la comprensión de un texto. Educación bajo la lupa. Aula hoy año 4, Nro 11. Junio – Julio, 1998.

Peronard, Gómez, Parodi y Nuñez. (1997). Comprensión de textos escritos: de la teoría a la sala de clases.

Riffo O. Cares, Bernardo, Reyes Reyes, Fernando, Novoa Lagos, Abraham, Véliz de Vos, Mónica, & Castro Yáñez, Ginette. (2014). Competencia léxica, comprensión lectora y rendimiento académico en estudiantes de enseñanza media. Literatura y lingüística, (30), 136-165. Recuperado en 27 de noviembre de 2015, de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716

Strasser, Katherine, Larraín, Antonia, López de Lérída, Soledad, & Lissi, María Rosa. (2010). La Comprensión Narrativa en Edad Preescolar: Un Instrumento para su Medición. Psykhe (Santiago), 19(1), 75-87. Recuperado en 27 de noviembre de 2015, de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-

Van Dijk, T. (2006) De la gramática del texto al análisis crítico del discurso. Una breve autobiografía académica. Barcelona, España. Recuperado en 27 de noviembre de 2015, de <http://www.discourses.org/De%20la%20gramatica%20del%20texto%20al%20anali%20sis%20critico%20del%20discurso.pdf>

Van Dijk, T. (2007). Texto y Contexto (semántica y pragmática del discurso). Madrid, España: Cátedra, S, A.

ANEXOS



Guía de lectura: “La noche boca arriba”

NOMBRE:
CURSO:
FECHA :

Instrucciones: Lee atentamente el cuento y responde las preguntas siguientes. Recuerda acompañar tus respuestas utilizando fragmentos del texto cuando sea necesario. No olvides cuidar tu redacción y ortografía.

1. ¿Cuáles son los hechos que dan origen al sueño del protagonista?
2. Identifique y describa los ambientes en que se desarrolla la historia.
3. ¿Cuál es el motivo que hace huir al protagonista de en medio de la selva?
4. ¿Cuál es la reacción del protagonista frente a los reiterados sueños?
5. Establezca un paralelo de las diferencias entre la realidad del hombre accidentado y la del perseguido. ¿En cuál de ellas se manifiestan con mayor intensidad las sensaciones olfativas? ¿A qué crees que se deben las diferencias?
6. ¿Crees tú posible que alguien pueda vivir una situación similar a la del protagonista? Fundamenta tu respuesta.
7. Resume la historia mediante el modelo quinario de la narración. (Inicio, complicación, desarrollo, resolución, situación final)
8. Sintetice los acontecimientos cruciales del desarrollo de la historia, evidenciando el orden secuencial (cronológico) de los hechos mediante un esquema.

1. Carta a una señora en París.

Andrée, yo no quería venirme a vivir a su departamento de la calle Suipacha. No tanto por los conejitos, más bien porque me duele ingresar en un orden cerrado, construido ya hasta en las más finas mallas del aire, esas que en su casa preservan la música de la lavanda, el aletear de un cisne con polvos, el juego del violín y la viola en el cuarteto de Rará. Me es amargo entrar en un ámbito donde alguien que vive bellamente lo ha dispuesto todo como una reiteración visible de su alma, aquí los libros (de un lado en español, del otro en francés e inglés), allí los almohadones verdes, en este preciso sitio de la mesita el cenicero de cristal que parece el corte de una pompa de jabón, y siempre un perfume, un sonido, un crecer de plantas, una fotografía del amigo muerto, ritual de bandejas con té y tenacillas de azúcar... Ah, querida Andrée, qué difícil oponerse, aun aceptándolo con entera sumisión del propio ser, al orden minucioso que una mujer instaaura en su liviana residencia. Cuán culpable tomar una tacita de metal y ponerla al otro extremo de la mesa, ponerla allí simplemente porque uno ha traído sus diccionarios ingleses y es de este lado, al alcance de la mano, donde habrán de estar. Mover esa tacita vale por un horrible rojo inesperado en medio de una modulación de Ozenfant, como si de golpe las cuerdas de todos los contrabajos se rompieran al mismo tiempo con el mismo espantoso chicotazo en el instante más callado de una sinfonía de Mozart. Mover esa tacita altera el juego de relaciones de toda la casa, de cada objeto con otro, de cada momento de su alma con el alma entera de la casa y su habitante lejana. Y yo no puedo acercar los dedos a un libro, ceñir apenas el cono de luz de una lámpara, destapar la caja de música, sin que un sentimiento de ultraje y desafío me pase por los ojos como un bando de gorriones.

Usted sabe por qué vine a su casa, a su quieto salón solicitado de mediodía. Todo parece tan natural, como siempre que no se sabe la verdad. Usted se ha ido a París, yo me quedé con el departamento de la calle Suipacha, elaboramos un simple y satisfactorio plan de mutua convivencia hasta que septiembre la traiga de

nuevo a Buenos Aires y me lance a mí a alguna otra casa donde quizá... Pero no le escribo por eso, esta carta se la envió a causa de los conejitos, me parece justo enterarla; y porque me gusta escribir cartas, y tal vez porque llueve.

Me mudé el jueves pasado, a las cinco de la tarde, entre niebla y hastío. He cerrado tantas maletas en mi vida, me he pasado tantas horas haciendo equipajes que no llevaban a ninguna parte, que el jueves fue un día lleno de sombras y correas, porque cuando yo veo las correas de las valijas es como si viera sombras, elementos de un látigo que me azota indirectamente, de la manera más sutil y más horrible. Pero hice las maletas, avisé a la mucama que vendría a instalarme, y subí en el ascensor. Justo entre el primero y segundo piso sentí que iba a vomitar un conejito. Nunca se lo había explicado antes, no crea que por deslealtad, pero naturalmente uno no va a ponerse a explicarle a la gente que de cuando en cuando vomita un conejito. Como siempre me ha sucedido estando a solas, guardaba el hecho igual que se guardan tantas constancias de lo que acaece (o hace uno acaecer) en la privacidad total. No me lo reproche, Andrée, no me lo reproche. De cuando en cuando me ocurre vomitar un conejito. No es razón para no vivir en cualquier casa, no es razón para que uno tenga que avergonzarse y estar aislado y andar callándose.

Cuando siento que voy a vomitar un conejito me pongo dos dedos en la boca como una pinza abierta, y espero a sentir en la garganta la pelusa tibia que sube como una efervescencia de sal de frutas. Todo es veloz e higiénico, transcurre en un brevísimo instante. Saco los dedos de la boca, y en ellos traigo sujeto por las orejas a un conejito blanco. El conejito parece contento, es un conejito normal y perfecto, sólo que muy pequeño, pequeño como un conejito de chocolate pero blanco y enteramente un conejito. Me lo pongo en la palma de la mano, le alzo la pelusa con una caricia de los dedos, el conejito parece satisfecho de haber nacido y bulle y pega el hocico contra mi piel, moviéndolo con esa trituración silenciosa y cosquilleante del hocico de un conejo contra la piel de una mano. Busca de comer y entonces yo (hablo de cuando esto ocurría en mi casa de las afueras) lo saco conmigo al balcón y lo pongo en la gran maceta donde crece el trébol que a

propósito he sembrado. El conejito alza del todo sus orejas, envuelve un trébol tierno con un veloz molinete del hocico, y yo sé que puedo dejarlo e irme, continuar por un tiempo una vida no distinta a la de tantos que compran sus conejos en las granjas.

Entre el primero y segundo piso, Andrée, como un anuncio de lo que sería mi vida en su casa, supe que iba a vomitar un conejito. En seguida tuve miedo (¿o era extrañeza? No, miedo de la misma extrañeza, acaso) porque antes de dejar mi casa, sólo dos días antes, había vomitado un conejito y estaba seguro por un mes, por cinco semanas, tal vez seis con un poco de suerte. Mire usted, yo tenía perfectamente resuelto el problema de los conejitos. Sembraba trébol en el balcón de mi otra casa, vomitaba un conejito, lo ponía en el trébol y al cabo de un mes, cuando sospechaba que de un momento a otro... entonces regalaba el conejo ya crecido a la señora de Molina, que creía en un hobby y se callaba. Ya en otra maceta venía creciendo un trébol tierno y propicio, yo aguardaba sin preocupación la mañana en que la cosquilla de una pelusa subiendo me cerraba la garganta, y el nuevo conejito repetía desde esa hora la vida y las costumbres del anterior. Las costumbres, Andrée, son formas concretas del ritmo, son la cuota del ritmo que nos ayuda a vivir. No era tan terrible vomitar conejitos una vez que se había entrado en el ciclo invariable, en el método. Usted querrá saber por qué todo ese trabajo, por qué todo ese trébol y la señora de Molina. Hubiera sido preferible matar en seguida al conejito y... Ah, tendría usted que vomitar tan sólo uno, tomarlo con dos dedos y ponérselo en la mano abierta, adherido aún a usted por el acto mismo, por el aura inefable de su proximidad apenas rota. Un mes distancia tanto; un mes es tamaño, largos pelos, saltos, ojos salvajes, diferencia absoluta Andrée, un mes es un conejo, hace de veras a un conejo; pero el minuto inicial, cuando el copo tibio y bullente encubre una presencia inajenable... Como un poema en los primeros minutos, el fruto de una noche de Idumea: tan de uno que uno mismo... y después tan no uno, tan aislado y distante en su llano mundo blanco tamaño carta.

Me decidí, con todo, a matar el conejito apenas naciera. Yo viviría cuatro meses en su casa: cuatro -quizá, con suerte, tres- cucharadas de alcohol en el hocico. (¿Sabe usted que la misericordia permite matar instantáneamente a un conejito dándole a beber una cucharada de alcohol? Su carne sabe luego mejor, dicen, aunque yo... Tres o cuatro cucharadas de alcohol, luego el cuarto de baño o un piquete sumándose a los desechos.)

Al cruzar el tercer piso el conejito se movía en mi mano abierta. Sara esperaba arriba, para ayudarme a entrar las valijas... ¿Cómo explicarle que un capricho, una tienda de animales? Envolví el conejito en mi pañuelo, lo puse en el bolsillo del sobretodo dejando el sobretodo suelto para no oprimirlo. Apenas se movía. Su menuda conciencia debía estarle revelando hechos importantes: que la vida es un movimiento hacia arriba con un clic final, y que es también un cielo bajo, blanco, envolvente y oliendo a lavanda, en el fondo de un pozo tibio.

Sara no vio nada, la fascinaba demasiado el arduo problema de ajustar su sentido del orden a mi valija-ropero, mis papeles y mi displicencia ante sus elaboradas explicaciones donde abunda la expresión «por ejemplo». Apenas pude me encerré en el baño; matarlo ahora. Una fina zona de calor rodeaba el pañuelo, el conejito era blanquísimo y creo que más lindo que los otros. No me miraba, solamente bullía y estaba contento, lo que era el más horrible modo de mirarme. Lo encerré en el botiquín vacío y me volví para desempacar, desorientado pero no infeliz, no culpable, no jabonándome las manos para quitarles una última convulsión.

Comprendí que no podía matarlo. Pero esa misma noche vomité un conejito negro. Y dos días después uno blanco. Y a la cuarta noche un conejito gris.

Usted ha de amar el bello armario de su dormitorio, con la gran puerta que se abre generosa, las tablas vacías a la espera de mi ropa. Ahora los tengo ahí. Ahí dentro. Verdad que parece imposible; ni Sara lo creería. Porque Sara nada sospecha, y el que no sospeche nada procede de mi horrible tarea, una tarea que se lleva mis días y mis noches en un solo golpe de rastrillo y me va calcinando por dentro y endureciendo como esa estrella de mar que ha puesto usted sobre la

bañera y que a cada baño parece llenarle a uno el cuerpo de sal y azotes de sol y grandes rumores de la profundidad.

De día duermen. Hay diez. De día duermen. Con la puerta cerrada, el armario es una noche diurna solamente para ellos, allí duermen su noche con sosegada obediencia. Me llevo las llaves del dormitorio al partir a mi empleo. Sara debe creer que desconfío de su honradez y me mira dubitativa, se le ve todas las mañanas que está por decirme algo, pero al final se calla y yo estoy tan contento. (Cuando arregla el dormitorio, de nueve a diez, hago ruido en el salón, pongo un disco de Benny Carter que ocupa toda la atmósfera, y como Sara es también amiga de saetas y pasodobles, el armario parece silencioso y acaso lo esté, porque para los conejitos transcurre ya la noche y el descanso.)

Su día principia a esa hora que sigue a la cena, cuando Sara se lleva la bandeja con un menudo tintinear de tenacillas de azúcar, me desea buenas noches -sí, me las desea, Andrée, lo más amargo es que me desea las buenas noches- y se encierra en su cuarto y de pronto estoy yo solo, solo con el armario condenado, solo con mi deber y mi tristeza.

Los dejo salir, lanzarse ágiles al asalto del salón, oliendo vivaces el trébol que ocultaban mis bolsillos y ahora hace en la alfombra efímeras puntillas que ellos alteran, remueven, acaban en un momento. Comen bien, callados y correctos, hasta ese instante nada tengo que decir, los miro solamente desde el sofá, con un libro inútil en la mano -yo que quería leerme todos sus Giraudoux, Andrée, y la historia argentina de López que tiene usted en el anaquel más bajo-; y se comen el trébol.

Son diez. Casi todos blancos. Alzan la tibia cabeza hacia las lámparas del salón, los tres soles inmóviles de su día, ellos que aman la luz porque su noche no tiene luna ni estrellas ni faroles. Miran su triple sol y están contentos. Así es que saltan por la alfombra, a las sillas, diez manchas livianas se trasladan como una moviente constelación de una parte a otra, mientras yo quisiera verlos quietos, verlos a mis pies y quietos -un poco el sueño de todo dios, Andrée, el sueño nunca

cumplido de los dioses-, no así insinuándose detrás del retrato de Miguel de Unamuno, en torno al jarrón verde claro, por la negra cavidad del escritorio, siempre menos de diez, siempre seis u ocho y yo preguntándome dónde andarán los dos que faltan, y si Sara se levantara por cualquier cosa, y la presidencia de Rivadavia que yo quería leer en la historia de López.

No sé cómo resisto, Andrée. Usted recuerda que vine a descansar a su casa. No es culpa mía si de cuando en cuando vomito un conejito, si esta mudanza me alteró también por dentro -no es nominalismo, no es magia, solamente que las cosas no se pueden variar así de pronto, a veces las cosas viran brutalmente y cuando usted esperaba la bofetada a la derecha-. Así, Andrée, o de otro modo, pero siempre así.

Le escribo de noche. Son las tres de la tarde, pero le escribo en la noche de ellos. De día duermen ¡Qué alivio esta oficina cubierta de gritos, órdenes, máquinas Royal, vicepresidentes y mimeógrafos! Qué alivio, qué paz, qué horror, Andrée! Ahora me llaman por teléfono, son los amigos que se inquietan por mis noches recoletas, es Luis que me invita a caminar o Jorge que me guarda un concierto. Casi no me atrevo a decirles que no, invento prolongadas e ineficaces historias de mala salud, de traducciones atrasadas, de evasión Y cuando regreso y subo en el ascensor ese tramo, entre el primero y segundo piso me formulo noche a noche irremediabilmente la vana esperanza de que no sea verdad.

Hago lo que puedo para que no destrocen sus cosas. Han roído un poco los libros del anaquel más bajo, usted los encontrará disimulados para que Sara no se dé cuenta. ¿Quería usted mucho su lámpara con el vientre de porcelana lleno de mariposas y caballeros antiguos? El trizado apenas se advierte, toda la noche trabajé con un cemento especial que me vendieron en una casa inglesa -usted sabe que las casas inglesas tienen los mejores cementos- y ahora me quedo al lado para que ninguno la alcance otra vez con las patas (es casi hermoso ver cómo les gusta pararse, nostalgia de lo humano distante, quizá imitación de su dios ambulando y mirándolos hosco; además usted habrá advertido -en su

infancia, quizá- que se puede dejar a un conejito en penitencia contra la pared, parado, las patitas apoyadas y muy quieto horas y horas).

A las cinco de la mañana (he dormido un poco, tirado en el sofá verde y despertándome a cada carrera afelpada, a cada tintineo) los pongo en el armario y hago la limpieza. Por eso Sara encuentra todo bien aunque a veces le he visto algún asombro contenido, un quedarse mirando un objeto, una leve decoloración en la alfombra y de nuevo el deseo de preguntarme algo, pero yo silbando las variaciones sinfónicas de Franck, de manera que nones. Para qué contarle, Andrée, las minucias desventuradas de ese amanecer sordo y vegetal, en que camino entredormido levantando cabos de trébol, hojas sueltas, pelusas blancas, dándome contra los muebles, loco de sueño, y mi Gide que se atrasa, Troyat que no he traducido, y mis respuestas a una señora lejana que estará preguntándose ya si... para qué seguir todo esto, para qué seguir esta carta que escribo entre teléfonos y entrevistas.

Andrée, querida Andrée, mi consuelo es que son diez y ya no más. Hace quince días contuve en la palma de la mano un último conejito, después nada, solamente los diez conmigo, su diurna noche y creciendo, ya feos y naciéndoles el pelo largo, ya adolescentes y llenos de urgencias y caprichos, saltando sobre el busto de Antinoo (¿es Antinoo, verdad, ese muchacho que mira ciegamente?) o perdiéndose en el living, donde sus movimientos crean ruidos resonantes, tanto que de allí debo echarlos por miedo a que los oiga Sara y se me aparezca horripilada, tal vez en camisón -porque Sara ha de ser así, con camisón- y entonces... Solamente diez, piense usted esa pequeña alegría que tengo en medio de todo, la creciente calma con que franqueo de vuelta los rígidos cielos del primero y el segundo piso.

Interrumpí esta carta porque debía asistir a una tarea de comisiones. La continúo aquí en su casa, Andrée, bajo una sorda grisalla de amanecer. ¿Es de veras el día siguiente, Andrée? Un trozo en blanco de la página será para usted el intervalo, apenas el puente que une mi letra de ayer a mi letra de hoy. Decirle que en ese intervalo todo se ha roto, donde mira usted el puente fácil oigo yo quebrarse la

cintura furiosa del agua, para mí este lado del papel, este lado de mi carta no continúa la calma con que venía yo escribiéndole cuando la dejé para asistir a una tarea de comisiones. En su cúbica noche sin tristeza duermen once conejitos; acaso ahora mismo, pero no, no ahora. En el ascensor, luego, o al entrar; ya no importa dónde, si el cuándo es ahora, si puede ser en cualquier ahora de los que me quedan.

Basta ya, he escrito esto porque me importa probarle que no fui tan culpable en el destrozo insalvable de su casa. Dejaré esta carta esperándola, sería sórdido que el correo se la entregara alguna clara mañana de París. Anoche di vuelta los libros del segundo estante, alcanzaban ya a ellos, parándose o saltando, royeron los lomos para afilarse los dientes -no por hambre, tienen todo el trébol que les compro y almaceno en los cajones del escritorio. Rompieron las cortinas, las telas de los sillones, el borde del autorretrato de Augusto Torres, llenaron de pelos la alfombra y también gritaron, estuvieron en círculo bajo la luz de la lámpara, en círculo y como adorándome, y de pronto gritaban, gritaban como yo no creo que griten los conejos.

He querido en vano sacar los pelos que estropean la alfombra, alisar el borde de la tela roída, encerrarlos de nuevo en el armario. El día sube, tal vez Sara se levante pronto. Es casi extraño que no me importe verlos brincar en busca de juguetes. No tuve tanta culpa, usted verá cuando llegue que muchos de los destrozos están bien reparados con el cemento que compré en una casa inglesa, yo hice lo que pude para evitarle un enojo... En cuanto a mí, del diez al once hay como un hueco insuperable. Usted ve: diez estaba bien, con un armario, trébol y esperanza, cuántas cosas pueden construirse. No ya con once, porque decir once es seguramente doce, Andrée, doce que serán trece. Entonces está el amanecer y una fría soledad en la que caben la alegría, los recuerdos, usted y acaso tantos más. Está este balcón sobre Suipacha lleno de alba, los primeros sonidos de la ciudad. No creo que les sea difícil juntar once conejitos salpicados sobre los adoquines, tal vez ni se fijen en ellos, atareados con el otro cuerpo que conviene llevarse pronto, antes de que pasen los primeros colegiales.

2. Continuidad de los parques

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama.

Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.



3. La noche boca arriba

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado a donde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en la piernas. "Usté la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado..."; Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así

va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. "Natural", dijo él. "Como que me la ligué encima..." Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo

más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. "Huele a guerra", pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladeraes palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

-Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de la cama de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojar los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con

un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios reseco y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. "La calzada", pensó. "Me salí de la calzada." Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva,

abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una sogla lo atrapó desde atrás.

-Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el

pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

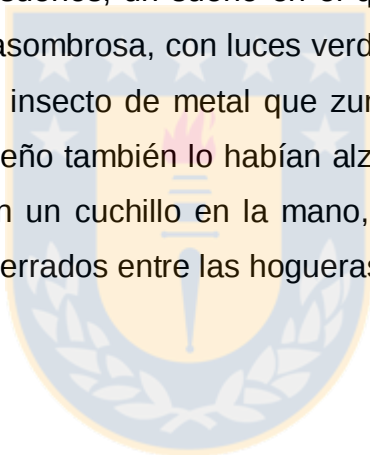
Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la

ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala.

Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.



4. Señorita Cora

No entiendo por qué no me dejan pasar la noche en la clínica con el nene, al fin y al cabo soy su madre y el doctor De Luisi nos recomendó personalmente al director. Podrían traer un sofá cama y yo lo acompañaría para que se vaya acostumbrando, entró tan pálido el pobrecito como si fueran a operarlo en seguida, yo creo que es ese olor de las clínicas, su padre también estaba nervioso y no veía la hora de irse, pero yo estaba segura de que me dejarían con el nene. Después de todo tiene apenas quince años y nadie se los daría, siempre pegado a mí aunque ahora con los pantalones largos quiere disimular y hacerse el hombre grande. La impresión que le habrá hecho cuando se dio cuenta de que no me dejaban quedarme, menos mal que su padre le dio charla, le hizo poner el pijama y meterse en la cama. Y todo por esa mocosa de enfermera, yo me pregunto si verdaderamente tiene órdenes de los médicos o si lo hace por pura maldad. Pero bien que se lo dije, bien que le pregunté si estaba segura de que tenía que irme. No hay más que mirarla para darse cuenta de quién es, con esos aires de vampiresa y ese delantal ajustado, una chiquilina de porquería que se cree la directora de la clínica. Pero eso sí, no se la llevó de arriba, le dije lo que pensaba y eso que el nene no sabía dónde meterse de vergüenza y su padre se hacía el desentendido y de paso seguro que le miraba las piernas como de costumbre. Lo único que me consuela es que el ambiente es bueno, se nota que es una clínica para personas pudientes; el nene tiene un velador de lo más lindo para leer sus revistas, y por suerte su padre se acordó de traerle caramelos de menta que son los que más le gustan. Pero mañana por la mañana, eso sí, lo primero que hago es hablar con el doctor De Luisi para que la ponga en su lugar a esa mocosa presumida. Habrá que ver si la frazada lo abriga bien al nene, voy a pedir que por las dudas le dejen otra a mano. Pero sí, claro que me abriga, menos mal que se fueron de una vez, mamá cree que soy un chico y me hace hacer cada papelón. Seguro que la enfermera va a pensar que no soy capaz de pedir lo que necesito, me miró de una manera cuando mamá le estaba protestando... Está bien, si no la dejaban quedarse qué le vamos a hacer, ya soy bastante grande para dormir solo

de noche, me parece. Y en esta cama se dormirá bien, a esta hora ya no se oye ningún ruido, a veces de lejos el zumbido del ascensor que me hace acordar a esa película de miedo que también pasaba en una clínica, cuando a medianoche se abría poco a poco la puerta y la mujer paralítica en la cama veía entrar al hombre de la máscara blanca...

La enfermera es bastante simpática, volvió a las seis y media con unos papeles y me empezó a preguntar mi nombre completo, la edad y esas cosas. Yo guardé la revista en seguida porque hubiera quedado mejor estar leyendo un libro de veras y no una fotonovela, y creo que ella se dio cuenta pero no dijo nada, seguro que todavía estaba enojada por lo que le había dicho mamá y pensaba que yo era igual que ella y que le iba a dar órdenes o algo así. Me preguntó si me dolía el apéndice y le dije que no, que esa noche estaba muy bien. "A ver el pulso", me dijo, y después de tomármelo anotó algo más en la planilla y la colgó a los pies de la cama. "¿Tenés hambre?", me preguntó, y yo creo que me puse colorado porque me tomó de sorpresa que me tuteara, es tan joven que me hizo impresión. Le dije que no, aunque era mentira porque a esa hora siempre tengo hambre. "Esta noche vas a cenar muy liviano", dijo ella, y cuando quise darme cuenta ya me había quitado el paquete de caramelos de menta y se iba. No sé si empecé a decirle algo, creo que no. Me daba una rabia que me hiciera eso como a un chico, bien podía haberme dicho que no tenía que comer caramelos, pero llevárselos... Seguro que estaba furiosa por lo de mamá y se desquitaba conmigo, de puro resentida; qué sé yo, después que se fue se me pasó de golpe el fastidio, quería seguir enojado con ella pero no podía. Qué joven es, clavado que no tiene ni diecinueve años, debe haberse recibido de enfermera hace muy poco. A lo mejor viene para traerme la cena; le voy a preguntar cómo se llama, si va a ser mi enfermera tengo que darle un nombre. Pero en cambio vino otra, una señora muy amable vestida de azul que me trajo un caldo y bizcochos y me hizo tomar unas pastillas verdes. También ella me preguntó cómo me llamaba y si me sentía bien, y me dijo que en esta pieza dormiría tranquilo porque era una de las mejores de la clínica, y es verdad porque dormí hasta casi las ocho en que me despertó una enfermera chiquita y arrugada como un mono pero muy amable, que me dijo que

podía levantarme y lavarme pero antes me dio un termómetro y me dijo que me lo pusiera como se hace en estas clínicas, y yo no entendí porque en casa se pone debajo del brazo, y entonces me explicó y se fue. Al rato vino mamá y qué alegría verlo tan bien, yo que me temía que hubiera pasado la noche en blanco el pobre querido, pero los chicos son así, en la casa tanto trabajo y después duermen a pierna suelta aunque estén lejos de su mamá que no ha cerrado los ojos la pobre. El doctor De Luisi entró para revisar al nene y yo me fui un momento afuera porque ya está grandecito, y me hubiera gustado encontrármela a la enfermera de ayer para verle bien la cara y ponerla en su sitio nada más que mirándola de arriba a abajo, pero no había nadie en el pasillo. Casi en seguida salió el doctor De Luisi y me dijo que al nene iban a operarlo a la mañana siguiente, que estaba muy bien y en las mejores condiciones para la operación, a su edad una apendicitis es una tontería. Le agradecí mucho y aproveché para decirle que me había llamado la atención la impertinencia de la enfermera de la tarde, se lo decía porque no era cosa de que a mi hijo fuera a faltarle la atención necesaria. Después entré en la pieza para acompañar al nene que estaba leyendo sus revistas y ya sabía que lo iban a operar al otro día. Como si fuera el fin del mundo, me mira de un modo la pobre, pero si no me voy a morir, mamá, haceme un poco el favor. Al Cacho le sacaron el apéndice en el hospital y a los seis días ya estaba queriendo jugar al fútbol. Andate tranquila que estoy muy bien y no me falta nada. Sí, mamá, sí, diez minutos queriendo saber si me duele aquí o mas allá, menos mal que se tiene que ocupar de mi hermana en casa, al final se fue y yo pude terminar la fotonovela que había empezado anoche.

La enfermera de la tarde se llama la señorita Cora, se lo pregunté a la enfermera chiquita cuando me trajo el almuerzo; me dieron muy poco de comer y de nuevo pastillas verdes y unas gotas con gusto a menta; me parece que esas gotas hacen dormir porque se me caían las revistas de la mano y de golpe estaba soñando con el colegio y que íbamos a un picnic con las chicas del normal como el año pasado y bailábamos a la orilla de la pileta, era muy divertido. Me desperté a eso de las cuatro y media y empecé a pensar en la operación, no que tenga miedo, el doctor De Luisi dijo que no es nada, pero debe ser raro la anestesia y que te corten

cuando estás dormido, el Cacho decía que lo peor es despertarse, que duele mucho y por ahí vomitás y tenés fiebre. El nene de mamá ya no está tan garifo como ayer, se le nota en la cara que tiene un poco de miedo, es tan chico que casi me da lástima. Se sentó de golpe en la cama cuando me vio entrar y escondió la revista debajo de la almohada. La pieza estaba un poco fría y fui a subir la calefacción, después traje el termómetro y se lo di. "¿Te lo sabes poner?", le pregunté, y las mejillas parecía que iban a reventársele de rojo que se puso. Dijo que sí con la cabeza y se estiró en la cama mientras yo bajaba las persianas y encendía el velador. Cuando me acerqué para que me diera el termómetro seguía tan ruborizado que estuve a punto de reírme, pero con los chicos de esa edad siempre pasa lo mismo, les cuesta acostumbrarse a esas cosas. Y para peor me mira en los ojos, por qué no le puedo aguantar esa mirada si al final no es más que una mujer, cuando saqué el termómetro de debajo de las frazadas y se lo alcancé, ella me miraba y yo creo que se sonreía un poco, se me debe notar tanto que me pongo colorado, es algo que no puedo evitar, es más fuerte que yo. Después anotó la temperatura en la hoja que está a los pies de la cama y se fue sin decir nada. Ya casi no me acuerdo de lo que hablé con papá y mamá cuando vinieron a verme a las seis. Se quedaron poco porque la señorita Cora les dijo que había que prepararme y que era mejor que estuviese tranquilo la noche antes. Pensé que mamá iba a soltarle alguna de las suyas pero la miró nomás de arriba abajo, y papá también pero yo al viejo le conozco las miradas, es algo muy diferente. Justo cuando se estaba yendo la oí a mamá que le decía a la señorita Cora: "Le agradeceré que lo atienda bien, es un niño que ha estado siempre muy rodeado por su familia", o alguna idiotez por el estilo, y me hubiera querido morir de rabia, ni siquiera escuché lo que le contestó la señorita Cora, pero estoy seguro de que no le gustó, a lo mejor piensa que me estuve quejando de ella o algo así.

Volvió a eso de las seis y media con una mesita de esas de ruedas llena de frascos y algodones, y no sé por qué de golpe me dio un poco de miedo, en realidad no era miedo pero empecé a mirar lo que había en la mesita, toda clase de frascos azules o rojos, tambores de gasa y también pinzas y tubos de goma, el pobre debía estar empezando a asustarse sin la mamá que parece un papagayo

endomingado, le agradeceré que atienda bien al nene, mire que he hablado con el doctor De Luisi, pero sí, señora, se lo vamos a atender como a un príncipe. Es bonito su nene, señora, con esas mejillas que se le arrebolan apenas me ve entrar. Cuando le retiré las frazadas hizo un gesto como para volver a taparse, y creo que se dio cuenta de que me hacía gracia verlo tan pudoroso. "A ver, bajate el pantalón del pijama", le dije sin mirarlo en la cara. "¿El pantalón?", preguntó con una voz que se le quebró en un gallo. "Sí, claro, el pantalón", repetí, y empezó a soltar el cordón y a desabotonarse con unos dedos que no le obedecían. Le tuve que bajar yo misma el pantalón hasta la mitad de los muslos, y era como me lo había imaginado. "Ya sos un chico crecidito", le dije, preparando la brocha y el jabón aunque la verdad es que poco tenía para afeitarse. "¿Cómo te llaman en tu casa?", le pregunté mientras lo enjabonaba. "Me llamo Pablo", me contestó con una voz que me dio lástima, tanta era la vergüenza. "Pero te darán algún sobrenombre", insistí, y fue todavía peor porque me pareció que se iba a poner a llorar mientras yo le afeitaba los pocos pelitos que andaban por ahí. "¿Así que no tenés ningún sobrenombre? Sos el nene solamente, claro." Terminé de afeitarlo y le hice una seña para que se tapara, pero él se adelantó y en un segundo estuvo cubierto hasta el pescuezo. "Pablo es un bonito nombre", le dije para consolarlo un poco; casi me daba pena verlo tan avergonzado, era la primera vez que me tocaba atender a un muchachito tan joven y tan tímido, pero me seguía fastidiando algo en él que a lo mejor le venía de la madre, algo más fuerte que su edad y que no me gustaba, y hasta me molestaba que fuera tan bonito y tan bien hecho para sus años, un mocoso que ya debía creerse un hombre y que a la primera de cambio sería capaz de soltarme un piropo.

Me quedé con los ojos cerrados, era la única manera de escapar un poco de todo eso, pero no servía de nada porque justamente en ese momento agregó: "¿Así que no tenés ningún sobrenombre. Sos el nene solamente, claro", y yo hubiera querido morirme, o agarrarla por la garganta y ahogarla, y cuando abrí los ojos le vi el pelo castaño casi pegado a mi cara porque se había agachado para sacarme un resto de jabón, y olía a shampoo de almendra como el que se pone la profesora de dibujo, o algún perfume de esos, y no supe qué decir y lo único que

se me ocurrió fue preguntarle: "¿Usted se llama Cora, verdad?" Me miró con aire burlón, con esos ojos que ya me conocían y que me habían visto por todos lados, y dijo: "La señorita Cora." Lo dijo para castigarme, lo sé, igual que antes había dicho: "Ya sos un chico crecinito", nada más que para burlarse. Aunque me daba rabia tener la cara colorada, eso no lo puedo disimular nunca y es lo peor que me puede ocurrir, lo mismo me animé a decirle: "Usted es tan joven que... Bueno, Cora es un nombre muy lindo." No era eso, lo que yo había querido decirle era otra cosa y me parece que se dio cuenta y le molestó, ahora estoy seguro de que está resentida por culpa de mamá, yo solamente quería decirle que era tan joven que me hubiera gustado poder llamarla Cora a secas, pero cómo se lo iba a decir en ese momento cuando se había enojado y ya se iba con la mesita de ruedas y yo tenía unas ganas de llorar, esa es otra cosa que no puedo impedir, de golpe se me quiebra la voz y veo todo nublado, justo cuando necesitaría estar más tranquilo para decir lo que pienso. Ella iba a salir pero al llegar a la puerta se quedó un momento como para ver si no se olvidaba de alguna cosa, y yo quería decirle lo que estaba pensando pero no encontraba las palabras y lo único que se me ocurrió fue mostrarle la taza con el jabón, se había sentado en la cama y después de aclararse la voz dijo: "Se le olvida la taza con el jabón", muy seriamente y con un tono de hombre grande. Volví a buscar la taza y un poco para que se calmara le pasé la mano por la mejilla. "No te aflijas, Pablito", le dije. "Todo irá bien, es una operación de nada." Cuando lo toqué echó la cabeza atrás como ofendido, y después resbaló hasta esconder la boca en el borde de las frazadas. Desde ahí, ahogadamente, dijo: "Puedo llamarla Cora, ¿verdad?" Soy demasiado buena, casi me dio lástima tanta vergüenza que buscaba desquitarse por otro lado, pero sabía que no era el caso de ceder porque después me resultaría difícil dominarlo, y a un enfermo hay que dominarlo o es lo de siempre, los líos de María Luisa en la pieza catorce o los retos del doctor De Luisi que tiene un olfato de perro para esas cosas. "Señorita Cora", me dijo tomando la taza y yéndose. Me dio una rabia, unas ganas de pegarle, de saltar de la cama y echarla a empujones, o de... Ni siquiera comprendo cómo pude decirle: "Si yo estuviera sano a lo mejor me trataría de otra manera." Se hizo la que no oía, ni siquiera dio vuelta la cabeza, y me quedé solo y

sin ganas de leer, sin ganas de nada, en el fondo hubiera querido que me contestara enojada para poder pedirle disculpas porque en realidad no era lo que yo había pensado decirle, tenía la garganta tan cerrada que no sé cómo me habían salido las palabras, se lo había dicho de pura rabia pero no era eso, o a lo mejor sí pero de otra manera.

Y sí, son siempre lo mismo, una los acaricia, les dice una frase amable, y ahí nomás asoma el machito, no quieren convencerse de que todavía son unos mocosos. Esto tengo que contárselo a Marcial, se va a divertir y cuando mañana lo vea en la mesa de operaciones le va a hacer todavía más gracia, tan tiernito el pobre con esa carucha arrebolada, maldito calor que me sube por la piel, cómo podría hacer para que no me pase eso, a lo mejor respirando hondo antes de hablar, que sé yo. Se debe haber ido furiosa, estoy seguro de que escuchó perfectamente, no sé cómo le dije eso, yo creo que cuando le pregunté si podía llamarla Cora no se enojó, me dijo lo de señorita porque es su obligación pero no estaba enojada, la prueba es que vino y me acarició la cara; pero no, eso fue antes, primero me acarició y entonces yo le dije lo de Cora y lo eché todo a perder. Ahora estamos peor que antes y no voy a poder dormir aunque me den un tubo de pastillas. La barriga me duele de a ratos, es raro pasarse la mano y sentirse tan liso, lo malo es que me vuelvo a acordar de todo y del perfume de almendras, la voz de Cora, tiene una voz muy grave para una chica tan joven y linda, una voz como de cantante de boleros, algo que acaricia aunque esté enojada. Cuando oí pasos en el corredor me acosté del todo y cerré los ojos, no quería verla, no me importaba verla, mejor que me dejara en paz, sentí que entraba y que encendía la luz del cielo raso, se hacía el dormido como un angelito, con una mano tapándose la cara, y no abrió los ojos hasta que llegué al lado de la cama. Cuando vio lo que traía se puso tan colorado que me volvió a dar lástima y un poco de risa, era demasiado idiota realmente. "A ver, m'hijito, bájese el pantalón y dese vuelta para el otro lado", y el pobre a punto de patalear como haría con la mamá cuando tenía cinco años, me imagino, a decir que no y a llorar y a meterse debajo de las cobijas y a chillar, pero el pobre no podía hacer nada de eso ahora, solamente se había quedado mirando el irrigador y después a mí que esperaba, y de golpe se dio

vuelta y empezó a mover las manos debajo de las frazadas pero no atinaba a nada mientras yo colgaba el irrigador en la cabecera, tuve que bajarle las frazadas y ordenarle que levantara un poco el trasero para correrle mejor el pantalón y deslizarle una toalla. "A ver, subí un poco las piernas, así está bien, echate más de boca, te digo que te echés más de boca, así." Tan callado que era casi como si gritara, por una parte me hacía gracia estarle viendo el culito a mi joven admirador, pero de nuevo me daba un poco de lástima por él, era realmente como si lo estuviera castigando por lo que me había dicho. "Avisá si está muy caliente", le previne, pero no contestó nada, debía estar mordiéndose un puño y yo no quería verle la cara y por eso me senté al borde de la cama y esperé a que dijera algo, pero aunque era mucho líquido lo aguantó sin una palabra hasta el final, y cuando terminó le dije, y eso sí se lo dije para cobrarme lo de antes: "Así me gusta, todo un hombrecito", y lo tapé mientras le recomendaba que aguantase lo más posible antes de ir al baño. "¿Querés que te apague la luz o te la dejo hasta que te levantes?", me preguntó desde la puerta. No sé cómo alcancé a decirle que era lo mismo, algo así, y escuché el ruido de la puerta al cerrarse y entonces me tapé la cabeza con las frazadas y qué le iba a hacer, a pesar de los cólicos me mordí las dos manos y lloré tanto que nadie, nadie puede imaginarse lo que lloré mientras la maldecía y la insultaba y le clavaba un cuchillo en el pecho cinco, diez, veinte veces, maldiciéndola cada vez y gozando de lo que sufría y de cómo me suplicaba que la perdonase por lo que me había hecho.

Es lo de siempre, che Suárez, uno corta y abre, y en una de esas la gran sorpresa. Claro que a la edad del pibe tiene todas las chances a su favor, pero lo mismo le voy a hablar claro al padre, no sea cosa que en una de esas tengamos un lío. Lo más probable es que haya una buena reacción, pero ahí hay algo que falla, pensá en lo que pasó al comienzo de la anestesia: parece mentira en un pibe de esa edad. Lo fui a ver a las dos horas y lo encontré bastante bien si pensás en lo que duró la cosa. Cuando entró el doctor De Luisi yo estaba secándole la boca al pobre, no terminaba de vomitar y todavía le duraba la anestesia pero el doctor lo auscultó lo mismo y me pidió que no me moviera de su lado hasta que estuviera bien despierto. Los padres siguen en la otra pieza, la buena señora se ve que no

está acostumbrada a estas cosas, de golpe se le acabaron las paradas, y el viejo parece un trapo. Vamos, Pablito, vomitá si tenés ganas y quejate todo lo que quieras, yo estoy aquí, sí, claro que estoy aquí, el pobre sigue dormido pero me agarra la mano como si se estuviera ahogando. Debe creer que soy la mamá, todos creen eso, es monótono. Vamos, Pablo, no te muevas así, quieto que te va a doler más, no, dejá las manos tranquilas, ahí no te podes tocar. Al pobre le cuesta salir de la anestesia. Marcial me dijo que la operación había sido muy larga. Es raro, habrán encontrado alguna complicación: a veces el apéndice no está tan a la vista, le voy a preguntar a Marcial esta noche. Pero sí, m'hijito, estoy aquí, quéjese todo lo que quiera pero no se mueva tanto, yo le voy a mojar los labios con este pedacito de hielo en una gasa, así se le va pasando la sed. Si, querido, vomitá más, aliviate todo lo que quieras. Qué fuerza tenés en las manos, me vas a llenar de moretones, sí, sí, llorá si tenés ganas, llorá, Pablito, eso alivia, llorá y quejate, total estás tan dormido y creés que soy tu mamá. Sos bien bonito, sabés, con esa nariz un poco respingada y esas pestañas como cortinas, parecés mayor ahora que estás tan pálido. Ya no te pondrías colorado por nada, verdad, mi pobrecito. Me duele, mamá, me duele aquí, dejame que me saque ese peso que me han puesto, tengo algo en la barriga que pesa tanto y me duele, mamá, decile a la enfermera que me saque eso. Sí, m'hijito, ya se le va a pasar, quédese un poco quieto, por qué tendrás tanta fuerza, voy a tener que llamar a María Luisa para que me ayude. Vamos, Pablo, me enoja si no te estás quieto, te va a doler mucho más si seguís moviéndote tanto. Ah, parece que empezás a darte cuenta, me duele aquí, señorita Cora, me duele tanto aquí, hágame algo por favor, me duele tanto aquí, suélteme las manos, no puedo más, señorita Cora, no puedo más.

Menos mal que se ha dormido el pobre querido, la enfermera me vino a buscar a las dos y media y me dijo que me quedara un rato con él que ya estaba mejor, pero lo veo tan pálido, ha debido perder tanta sangre, menos mal que el doctor De Luisi dijo que todo había salido bien. La enfermera estaba cansada de luchar con él, yo no entiendo por qué no me hizo entrar antes, en esta clínica son demasiado severos. Ya es casi de noche y el nene ha dormido todo el tiempo, se ve que está

agotado, pero me parece que tiene mejor cara, un poco de color. Todavía se queja de a ratos pero ya no quiere tocarse el vendaje y respira tranquilo, creo que pasará bastante buena noche. Como si yo no supiera lo que tengo que hacer, pero era inevitable; apenas se le pasó el primer susto a la buena señora le salieron otra vez los desplantes de patrona, por favor que al nene no le vaya a faltar nada por la noche, señorita. Decí que te tengo lástima, vieja estúpida, si no ya ibas a ver cómo te trataba. Las conozco a éstas, creen que con una buena propina el último día lo arreglan todo. Y a veces la propina ni siquiera es buena, pero para qué seguir pensando, ya se mandó mudar y todo está tranquilo. Marcial, quedate un poco, no ves que el chico duerme, contame lo que pasó esta mañana. Bueno, si estás apurado lo dejamos para después. No, mirá que puede entrar María Luisa, aquí no, Marcial. Claro, el señor se sale con la suya, ya te he dicho que no quiero que me beses cuando estoy trabajando, no está bien. Parecería que no tenemos toda la noche para besarnos, tonto. Andate. Váyase le digo, o me enojo. Bobo, pajarraco. Sí, querido, hasta luego. Claro que sí. Muchísimo.

Está muy oscuro pero es mejor, no tengo ni ganas de abrir los ojos. Casi no me duele, qué bueno estar así respirando despacio, sin esas náuseas. Todo está tan callado, ahora me acuerdo que vi a mamá, me dijo no sé qué, yo me sentía tan mal. Al viejo lo miré apenas, estaba a los pies de la cama y me guiñaba un ojo, el pobre siempre el mismo. Tengo un poco de frío, me gustaría otra frazada. Señorita Cora, me gustaría otra frazada. Pero sí estaba ahí, apenas abrí los ojos la vi sentada al lado de la ventana leyendo un revista. Vino en seguida y me arropó, casi no tuve que decirle nada porque se dio cuenta en seguida. Ahora me acuerdo, yo creo que esta tarde la confundía con mamá y que ella me calmaba, o a lo mejor estuve soñando. ¿Estuve soñando, señorita Cora? Usted me sujetaba las manos, ¿verdad? Yo decía tantas pavadas, pero es que me dolía mucho, y las náuseas... Discúlpeme, no debe ser nada lindo ser enfermera. Sí, usted se ríe pero yo sé, a lo mejor la manché y todo. Bueno, no hablaré más. Estoy tan bien así, ya no tengo frío. No, no me duele mucho, un poquito solamente. ¿Es tarde, señorita Cora? Sh, usted se queda calladito ahora, ya le he dicho que no puede

hablar mucho, alégrese de que no le duela y quédese bien quieto. No, no es tarde, apenas las siete. Cierre los ojos y duerma. Así. Duérmase ahora.

Sí, yo querría pero no es tan fácil. Por momentos me parece que me voy a dormir, pero de golpe la herida me pega un tirón o todo me da vueltas en la cabeza, y tengo que abrir los ojos y mirarla, está sentada al lado de la ventana y ha puesto la pantalla para leer sin que me moleste la luz. ¿Por qué se quedará aquí todo el tiempo? Tiene un pelo precioso, le brilla cuando mueve la cabeza. Y es tan joven, pensar que hoy la confundí con mamá, es increíble. Vaya a saber qué cosas le dije, se debe haber reído otra vez de mí. Pero me pasaba hielo por la boca, eso me aliviaba tanto, ahora me acuerdo, me puso agua colonia en la frente y en el pelo, y me sujetaba las manos para que no me arrancara el vendaje. Ya no está enojada conmigo, a lo mejor mamá le pidió disculpas o algo así, me miraba de otra manera cuando me dijo: "Cierre los ojos y duérmase." Me gusta que me mire así, parece mentira lo del primer día cuando me quitó los caramelos. Me gustaría decirle que es tan linda, que no tengo nada contra ella, al contrario, que me gusta que sea ella la que me cuida de noche y no la enfermera chiquita. Me gustaría que me pusiera otra vez agua colonia en el pelo. Me gustaría que me pidiera perdón, que me dijera que la puedo llamar Cora.

Se quedó dormido un buen rato, a las ocho calculé que el doctor De Luisi no tardaría y lo desperté para tomarle la temperatura. Tenía mejor cara y le había hecho bien dormir. Apenas vio el termómetro sacó una mano fuera de las cobijas, pero le dije que se estuviera quieto. No quería mirarlo en los ojos para que no sufriera pero lo mismo se puso colorado y empezó a decir que él podía muy bien solo. No le hice caso, claro, pero estaba tan tenso el pobre que no me quedó más remedio que decirle: "Vamos, Pablo, ya sos un hombrecito, no te vas a poner así cada vez, verdad?" Es lo de siempre, con esa debilidad no pudo contener las lágrimas; haciéndome la que no me daba cuenta anoté la temperatura y me fui a prepararle la inyección. Cuando volvió yo me había secado los ojos con la sábana y tenía tanta rabia contra mí mismo que hubiera dado cualquier cosa por poder hablar, decirle que no me importaba, que en realidad no me importaba pero que

no lo podía impedir. "Esto no duele nada", me dijo con la jeringa en la mano. "Es para que duermas bien toda la noche." Me destapó y otra vez sentí que me subía la sangre a la cara, pero ella se sonrió un poco y empezó a frotarme el muslo con un algodón mojado. "No duele nada", le dije porque algo tenía que decirle, no podía ser que me quedara así mientras ella me estaba mirando. "Ya ves", me dijo sacando la aguja y frotándome con el algodón. "Ya ves que no duele nada. Nada te tiene que doler, Pablito." Me tapó y me pasó la mano por la cara. Yo cerré los ojos y hubiera querido estar muerto, estar muerto y que ella me pasara la mano por la cara, llorando.

Nunca entendí mucho a Cora pero esta vez se fue a la otra banda. La verdad que no me importa si no entiendo a las mujeres, lo único que vale la pena es que lo quieran a uno. Si están nerviosas, si se hacen problema por cualquier macana, bueno nena, ya está, deme un beso y se acabó. Se ve que todavía es tiernita, va a pasar un buen rato antes de que aprenda a vivir en este oficio maldito, la pobre apareció esta noche con una cara rara y me costó media hora hacerle olvidar esas tonterías. Todavía no ha encontrado la manera de buscarle la vuelta a algunos enfermos, ya le pasó con la vieja del veintidós pero yo creía que desde entonces habría aprendido un poco, y ahora este pibe le vuelve a dar dolores de cabeza. Estuvimos tomando mate en mi cuarto a eso de las dos de la mañana, después fue a darle la inyección y cuando volvió estaba de mal humor, no quería saber nada conmigo. Le queda bien esa carucha de enojada, de triston, de a poco se la fui cambiando, y al final se puso a reír y me contó, a esa hora me gusta tanto desvestirla y sentir que tiembla un poco como si tuviera frío. Debe ser muy tarde, Marcial. Ah, entonces puedo quedarme un rato todavía, la otra inyección le toca a las cinco y media, la galleguita no llega hasta las seis. Perdoname, Marcial, soy una boba, mirá que preocuparme tanto por ese mocoso, al fin y al cabo lo tengo dominado pero de a ratos me da lástima, a esa edad son tan tontos, tan orgullosos, si pudiera le pediría al doctor Suárez que me cambiara, hay dos operados en el segundo piso, gente grande, uno les pregunta tranquilamente si han ido de cuerpo, les alcanza la chata, los limpia si hace falta, todo eso charlando del tiempo o de la política, es un ir y venir de cosas naturales, cada uno está en lo

suyo, Marcial, no como aquí, comprendés. Sí, claro que hay que hacerse a todo, cuántas veces me van a tocar chicos de esa edad, es una cuestión de técnica como decís vos. Sí, querido, claro. Pero es que todo empezó mal por culpa de la madre, eso no se ha borrado, sabés, desde el primer minuto hubo como un malentendido, y el chico tiene su orgullo y le duele, sobre todo que al principio no se daba cuenta de todo lo que iba a venir y quiso hacerse el grande, mirarme como si fueras vos, como un hombre. Ahora ya ni le puedo preguntar si quiere hacer pis, lo malo es que sería capaz de aguantarse toda la noche si yo me quedara en la pieza. Me da risa cuando me acuerdo, quería decir que sí y no se animaba, entonces me fastidió tanta tontería y lo obligué para que aprendiera a hacer pis sin moverse, bien tendido de espaldas. Siempre cierra los ojos en esos momentos pero es casi peor, está a punto de llorar o de insultarme, está entre las dos cosas y no puede, es tan chico, Marcial, y esa buena señora que lo ha de haber criado como un tilinguito, el nene de aquí y el nene de allí, mucho sombrero y saco entallado pero en el fondo el bebé de siempre, el tesorito de mamá. Ah, y justamente le vengo a tocar yo, el alto voltaje como decís vos, cuando hubiera estado tan bien con María Luisa que es idéntica a su tía y que lo hubiera limpiado por todos lados sin que se le subieran los colores a la cara. No, la verdad, no tengo suerte, Marcial.

Estaba soñando con la clase de francés cuando encendió la luz del velador, lo primero que le veo es siempre el pelo, será porque se tiene que agachar para las inyecciones o lo que sea, el pelo cerca de mi cara, una vez me hizo cosquillas en la boca y huele tan bien, y siempre se sonríe un poco cuando me está frotando con el algodón, me frotó un rato largo antes de pincharme y yo le miraba la mano tan segura que iba apretando de a poco la jeringa, el líquido amarillo que entraba despacio, haciéndome doler. "No, no me duele nada." Nunca le podré decir: "No me duele nada, Cora." Y no le voy a decir señorita Cora, no se lo voy a decir nunca. Le hablaré lo menos que pueda y no la pienso llamar señorita Cora aunque me lo pida de rodillas. No, no me duele nada. No, gracias, me siento bien, voy a seguir durmiendo. Gracias.

Por suerte ya tiene de nuevo sus colores pero todavía está muy decaído, apenas si pudo darme un beso, y a tía Esther casi no la miró y eso que le había traído las revistas y una corbata preciosa para el día en que lo llevemos a casa. La enfermera de la mañana es un amor de mujer, tan humilde, con ella sí da gusto hablar, dice que el nene durmió hasta las ocho y que bebió un poco de leche, parece que ahora van a empezar a alimentarlo, tengo que decirle al doctor Suárez que el cacao le hace mal, o a lo mejor su padre ya se lo dijo porque estuvieron hablando un rato. Si quiere salir un momento, señora, vamos a ver cómo anda este hombre. Usted quédese, señor Morán, es que a la mamá le puede hacer impresión tanto vendaje. Vamos a ver un poco, compañero. ¿Ahí duele? Claro, es natural. Y ahí, decime si ahí te duele o solamente está sensible. Bueno, vamos muy bien, amiguito. Y así cinco minutos, si me duele aquí, si estoy sensible más acá, y el viejo mirándome la barriga como si me la viera por primera vez. Es raro pero no me siento tranquilo hasta que se van, pobres viejos tan afligidos pero qué le voy a hacer, me molestan, dicen siempre lo que no hay que decir, sobre todo mamá, y menos mal que la enfermera chiquita parece sorda y le aguanta todo con esa cara de esperar propina que tiene la pobre. Mirá que venir a jorobar con lo del cacao, ni que yo fuese un niño de pecho. Me dan unas ganas de dormir cinco días seguidos sin ver a nadie, sobre todo sin ver a Cora, y despertarme justo cuando me vengán a buscar para ir a casa. A lo mejor habrá que esperar unos días más, señor Morán, ya sabrá por De Luisi que la operación fue más complicada de lo previsto, a veces hay pequeñas sorpresas. Claro que con la constitución de ese chico yo creo que no habrá problema, pero mejor dígame a su señora que no va a ser cosa de una semana como se pensó al principio. Ah, claro, bueno, de eso usted hablará con el administrador, son cosas internas. Ahora vos fijate si no es mala suerte, Marcial, anoche te lo anuncié, esto va a durar mucho más de lo que pensábamos. Sí, ya sé que no importa pero podrías ser un poco más comprensivo, sabés muy bien que no me hace feliz atender a ese chico, y a él todavía menos, pobrecito. No me mirés así, por qué no le voy a tener lástima. No me mirés así.

Nadie me prohibió que leyera pero se me caen las revistas de la mano, y eso que tengo dos episodios por terminar y todo lo que me trajo tía Esther. Me arde la cara, debo de tener fiebre o es que hace mucho calor en esta pieza, le voy a pedir a Cora que entorne un poco la ventana o que me saque una frazada. Quisiera dormir, es lo que más me gustaría, que ella estuviese allí sentada leyendo una revista y yo durmiendo sin verla, sin saber que esta allí, pero ahora no se va a quedar más de noche, ya pasó lo peor y me dejarán solo. De tres a cuatro creo que dormí un rato, a las cinco justas vino con un remedio nuevo, unas gotas muy amargas. Siempre parece que se acaba de bañar y cambiar, está tan fresca y huele a talco perfumado, a lavanda. "Este remedio es muy feo, ya sé", me dijo, y se sonreía para animarme. "No, es un poco amargo, nada más", le dije. "¿Cómo pasaste el día?", me preguntó, sacudiendo el termómetro. Le dije que bien, que durmiendo, que el doctor Suárez me había encontrado mejor, que no me dolía mucho. "Bueno, entonces podés trabajar un poco", me dijo dándome el termómetro. Yo no supe qué contestarle y ella se fue a cerrar las persianas y arregló los frascos en la mesita mientras yo me tomaba la temperatura. Hasta tuve tiempo de echarle un vistazo al termómetro antes de que viniera a buscarlo. "Pero tengo muchísima fiebre", me dijo como asustado. Era fatal, siempre seré la misma estúpida, por evitarle el mal momento le doy el termómetro y naturalmente el muy chiquilín no pierde tiempo en enterarse de que está volando de fiebre. "Siempre es así los primeros cuatro días, y además nadie te mandó que miraras", le dije, más furiosa contra mí que contra él. Le pregunté si había movido el vientre y me dijo que no. Le sudaba la cara, se la sequé y le puse un poco de agua colonia; había cerrado los ojos antes de contestarme y no los abrió mientras yo lo peinaba un poco para que no le molestara el pelo en la frente. Treinta y nueve nueve era mucha fiebre, realmente. "Trató de dormir un rato", le dije, calculando a qué hora podría avisarle al doctor Suárez. Sin abrir los ojos hizo un gesto como de fastidio, y articulando cada palabra me dijo: "Usted es mala conmigo, Cora." No atiné a contestarle nada, me quedé a su lado hasta que abrió los ojos y me miró con toda su fiebre y toda su tristeza. Casi sin darme cuenta estiré la mano y quise hacerle una caricia en la frente, pero me rechazó de un manotón y algo debió tironearle en

la herida porque se crispó de dolor. Antes de que pudiera reaccionar me dijo en voz muy baja: "Usted no sería así conmigo si me hubiera conocido en otra parte." Estuve al borde de soltar una carcajada, pero era tan ridículo que me dijera eso mientras se le llenaban los ojos de lágrimas que me pasó lo de siempre, me dio rabia y casi miedo, me sentí de golpe como desamparada delante de ese chiquilín pretencioso. Conseguí dominarme (eso se lo debo a Marcial, me ha enseñado a controlarme y cada vez lo hago mejor), y me enderecé como si no hubiera sucedido nada, puse la toalla en la percha y tapé el frasco de agua colonia. En fin, ahora sabíamos a qué atenernos, en el fondo era mucho mejor así. Enfermera, enfermo, y pare de contar. Que el agua colonia se la pusiera la madre, yo tenía otras cosas que hacerle y se las haría sin más contemplaciones. No sé por qué me quedé más de lo necesario. Marcial me dijo cuando se lo conté que había querido darle la oportunidad de disculparse, de pedir perdón. No sé, a lo mejor fue eso o algo distinto, a lo mejor me quedé para que siguiera insultándome, para ver hasta dónde era capaz de llegar. Pero seguía con los ojos cerrados y el sudor le empapaba la frente y las mejillas, era como si me hubiera metido en agua hirviendo, veía manchas violeta y rojas cuando apretaba los ojos para no mirarla sabiendo que todavía estaba allí, y hubiera dado cualquier cosa para que se agachara y volviera a secarme la frente como si yo no le hubiera dicho eso, pero ya era imposible, se iba a ir sin hacer nada, sin decirme nada, y yo abriría los ojos y encontraría la noche, el velador, la pieza vacía, un poco de perfume todavía, y me repetiría diez veces, cien veces, que había hecho bien en decirle lo que le había dicho, para que aprendiera, para que no me tratara como a un chico, para que me dejara en paz, para que no se fuera.

Empiezan siempre a la misma hora, entre seis y siete de la mañana, debe ser una pareja que anida en las cornisas del patio, un palomo que arrulla y la paloma que le contesta, al rato se cansan, se lo dije a la enfermera chiquita que viene a lavarme y a darme el desayuno, se encogió de hombros y dijo que ya otros enfermos se habían quejado de las palomas pero que el director no quería que las echaran. Ya ni sé cuánto hace que las oigo, las primeras mañanas estaba demasiado dormido o dolorido para fijarme, pero desde hace tres días escucho a

las palomas y me entristecen, quisiera estar en casa oyendo ladrar a Milord, oyendo a tía Esther que a esta hora se levanta para ir a misa. Maldita fiebre que no quiere bajar, me van a tener aquí hasta quién sabe cuándo, se lo voy a preguntar al doctor Suárez esta misma mañana, al fin y al cabo podría estar lo más bien en casa. Mire, señor Morán, quiero ser franco con usted, el cuadro no es nada sencillo. No, señorita Cora, prefiero que usted siga atendiendo a ese enfermo, y le voy a decir por qué. Pero entonces. Marcial... Vení, te voy a hacer un café bien fuerte, mirá que sos potrilla todavía, parece mentira. Escuchá, vieja, he estado hablando con el doctor Suárez, y parece que el pibe...

Por suerte después se callan, a lo mejor se van volando por ahí, por toda la ciudad, tienen suerte las palomas. Qué mañana interminable, me alegré cuando se fueron los viejos, ahora les da por venir más seguido desde que tengo tanta fiebre. Bueno, si me tengo que quedar cuatro o cinco días más aquí, qué importa. En casa sería mejor, claro, pero lo mismo tendría fiebre y me sentiría tan mal de a ratos. Pensar que no puedo ni mirar una revista, es una debilidad como si no me quedara sangre. Pero todo es por la fiebre, me lo dijo anoche el doctor De Luisi y el doctor Suárez me lo repitió esta mañana, ellos saben. Duermo mucho pero lo mismo es como si no pasara el tiempo, siempre es antes de las tres como si a mí me importaran las tres o las cinco. Al contrario, a las tres se va la enfermera chiquita y es una lástima porque con ella estoy tan bien. Si me pudiera dormir de un tirón hasta la medianoche sería mucho mejor. Pablo, soy yo, la señorita Cora. Tu enfermera de la noche que te hace doler con las inyecciones. Ya sé que no te duele, tonto, es una broma. Seguí durmiendo si querés, ya está. Me dijo: "Gracias" sin abrir los ojos, pero hubiera podido abrirlos, sé que con la galleguita estuvo charlando a mediodía aunque le han prohibido que hable mucho. Antes de salir me di vuelta de golpe y me estaba mirando, sentí que todo el tiempo me había estado mirando de espaldas. Volví y me senté al lado de la cama, le tomé el pulso, le arreglé las sábanas que arrugaba con sus manos de fiebre. Me miraba el pelo, después bajaba la vista y evitaba mis ojos. Fui a buscar lo necesario para prepararlo y me dejó hacer sin una palabra, con los ojos fijos en la ventana, ignorándome. Vendrían a buscarlo a las cinco y media en punto, todavía le

quedaba un rato para dormir, los padres esperaban en la planta baja porque le hubiera hecho impresión verlos a esa hora. El doctor Suárez iba a venir un rato antes para explicarle que tenían que completar la operación, cualquier cosa que no lo inquietara demasiado. Pero en cambio mandaron a Marcial, me tomó de sorpresa verlo entrar así pero me hizo una seña para que no me moviera y se quedó a los pies de la cama leyendo la hoja de temperatura hasta que Pablo se acostumbrara a su presencia. Le empezó a hablar un poco en broma, armó la conversación como él sabe hacerlo, el frío en la calle, lo bien que se estaba en ese cuarto, él lo miraba sin decir nada, como esperando, mientras yo me sentía tan rara, hubiera querido que Marcial se fuera y me dejara sola con él, yo hubiera podido decírselo mejor que nadie, aunque quizá no, probablemente no. Pero si ya lo sé, doctor, me van a operar de nuevo, usted es el que me dio la anestesia la otra vez, y bueno, mejor eso que seguir en esta cama y con esta fiebre. Yo sabía que al final tendrían que hacer algo, por qué me duele tanto desde ayer, un dolor diferente, desde más adentro. Y usted, ahí sentada, no ponga esa cara, no se sonría como si me viniera a invitar al cine. Váyase con él y béselo en el pasillo, tan dormido no estaba la otra tarde cuando usted se enojó con él porque la había besado aquí. Váyanse los dos, déjenme dormir, durmiendo no me duele tanto.

Y bueno, pibe, ahora vamos a liquidar este asunto de una vez por todas, hasta cuándo nos vas a estar ocupando una cama, che. Contá despacito, uno, dos, tres. Así va bien, vos seguí contando y dentro de una semana estás comiendo un bife jugoso en casa. Un cuarto de hora a gatas, nena, y vuelta a coser. Había que verle la cara a De Luisi, uno no se acostumbra nunca del todo a estas cosas. Mirá, aproveché para pedirle a Suárez que te relevaran como vos querías, le dije que estás muy cansada con un caso tan grave; a lo mejor te pasan al segundo piso si vos también le hablás. Está bien, hacé como quieras, tanto quejarte la otra noche y ahora te sale la samaritana. No te enojés conmigo, lo hice por vos. Sí, claro que lo hizo por mí pero perdió el tiempo, me voy a quedar con él esta noche y todas las noches. Empezó a despertarse a las ocho y medía, los padres se fueron en seguida porque era mejor que no los viera con la cara que tenían los pobres, y cuando llegó el doctor Suárez me preguntó en voz baja si quería que me relevara

María Luisa, pero le hice una seña de que me quedaba y se fue. María Luisa me acompañó un rato porque tuvimos que sujetarlo y calmarlo, después se tranquilizó de golpe y casi no tuvo vómitos; está tan débil que se volvió a dormir sin quejarse mucho hasta las diez. Son las palomas, vas a ver, mamá, ya están arrullando como todas las mañanas, no sé por qué no las echan, que se vuelen a otro árbol. Dame la mano, mamá, tengo tanto frío. Ah, entonces estuve soñando, me parecía que ya era de mañana y que estaban las palomas. Perdóneme, la confundí con mamá. Otra vez desviaba la mirada, se volvía a su encono, otra vez me echaba a mí toda la culpa. Lo atendí como si no me diera cuenta de que seguía enojado, me senté junto a él y le mojé los labios con hielo. Cuando me miró, después que le puse agua colonia en las manos y la frente, me acerqué más y le sonreí. "Llamame Cora", le dije. "Yo sé que no nos entendimos al principio, pero vamos a ser tan buenos amigos, Pablo." Me miraba callado. "Decime: Sí, Cora." Me miraba, siempre. "Señorita Cora", dijo después, y cerró los ojos. "No, Pablo, no", le pedí, besándolo en la mejilla, muy cerca de la boca. "Yo voy a ser Cora para vos, solamente para vos." Tuve que echarme atrás, pero lo mismo me salpicó la cara. Lo sequé, le sostuve la cabeza para que se enjuagara la boca, lo volví a besar hablándole al oído. "Discúlpeme", dijo con un hilo de voz, "no lo pude contener". Le dije que no fuera tonto, que para eso estaba yo cuidándolo, que vomitara todo lo que quisiera para aliviarse. "Me gustaría que viniera mamá", me dijo, mirando a otro lado con los ojos vacíos. Todavía le acaricié un poco el pelo, le arreglé las frazadas esperando que me dijera algo, pero estaba muy lejos y sentí que lo hacía sufrir todavía más si me quedaba. En la puerta me volví y esperé; tenía los ojos muy abiertos, fijos en el cielo raso. "Pablito", le dije. "Por favor, Pablito. Por favor, querido." Volví hasta la cama, me agaché para besarlo; olía a frío, detrás del agua colonia estaba el vómito, la anestesia. Si me quedo un segundo más me pongo a llorar delante de él, por él. Lo besé otra vez y salí corriendo, bajé a buscar a la madre y a María Luisa; no quería volver mientras la madre estuviera allí, por lo menos esa noche no quería volver y después sabía demasiado bien que no tendría ninguna necesidad de volver a ese cuarto, que Marcial y María Luisa se ocuparían de todo hasta que el cuarto quedara otra vez libre.

5. EL otro cielo.

Me ocurría a veces que todo se dejaba andar, se ablandaba y cedía terreno, aceptando sin resistencia que se pudiera ir así de una cosa a otra. Digo que me ocurría, aunque una estúpida esperanza quisiera creer que acaso ha de ocurrirme todavía. Y por eso, si echarse a caminar una y otra vez por la ciudad parece un escándalo cuando se tiene una familia y un trabajo, hay ratos en que vuelvo a decirme que ya sería tiempo de retornar a mi barrio preferido, olvidarme de mis ocupaciones (soy corredor de bolsa) y con un poco de suerte encontrar a Josiane y quedarme con ella hasta la mañana siguiente.

Quién sabe cuánto hace que me repito todo esto, y es penoso porque hubo una época en que las cosas me sucedían cuando menos pensaba en ellas, empujando apenas con el hombro cualquier rincón del aire. En todo caso bastaba ingresar en la deriva placentera del ciudadano que se deja llevar por sus preferencias callejeras, y casi siempre mi paseo terminaba en el barrio de las galerías cubiertas, quizá porque los pasajes y las galerías han sido mi patria secreta desde siempre. Aquí, por ejemplo, el Pasaje Güemes, territorio ambiguo donde ya hace tanto tiempo fui a quitarme la infancia como un traje usado. Hacia el año veintiocho, el Pasaje Güemes era la caverna del tesoro en que deliciosamente se mezclaban la entrevisión del pecado y las pastillas de menta, donde se voceaban las ediciones vespertinas con crímenes a toda página y ardían las luces de la sala del subsuelo donde pasaban inalcanzables películas realistas. Las Josiane de aquellos días debían mirarme con un gesto entre maternal y divertido, yo con unos miserables centavos en el bolsillo pero andando como un hombre, el chambergo requintado y las manos en los bolsillos, fumando un Commander precisamente porque mi padrastro me había profetizado que acabaría ciego por culpa del tabaco rubio. Recuerdo sobre todo olores y sonidos, algo como una expectativa y una ansiedad, el kiosco donde se podían comprar revistas con mujeres desnudas y anuncios de falsas manicuras, y ya entonces era sensible a ese falso cielo de estucos y claraboyas sucias, a esa noche artificial que ignoraba la estupidez del día y del sol ahí afuera. Me asomaba con falsa indiferencia a las puertas del

pasaje donde empezaba el último misterio, los vagos ascensores que llevarían a los consultorios de enfermedades venéreas y también a los presuntos paraísos en lo más alto, con mujeres de la vida y amorales, como les llamaban en los diarios, con bebidas preferentemente verdes en copas biseladas, con batas de seda y kimonos violeta, y los departamentos tendrían el mismo perfume que salía de las tiendas que yo creía elegantes y que chisporroteaban sobre la penumbra del pasaje un bazar inalcanzable de frascos y cajas de cristal y cisnes rosa y polvos rachel y cepillos con mangos transparentes.

Todavía hoy me cuesta cruzar el Pasaje Güemes sin entermecerme irónicamente con el recuerdo de la adolescencia al borde de la caída; la antigua fascinación perdura siempre, y por eso me gustaba echar a andar sin rumbo fijo, sabiendo que en cualquier momento entraría en la zona de las galerías cubiertas, donde cualquier sórdida botica polvorienta me atraía más que los escaparates tendidos a la insolencia de las calles abiertas. La Galerie Vivienne, por ejemplo, o el Passage des Panoramas con sus ramificaciones, sus cortadas que rematan en una librería de viejo o una inexplicable agencia de viajes donde quizá nadie compró nunca un billete de ferrocarril, ese mundo que ha optado por un cielo más próximo, de vidrios sucios y estucos con figuras alegóricas que tienden las manos para ofrecer una guirnalda, esa Galerie Vivienne a un paso de la ignominia diurna de la rue Réau—mur y de la Bolsa (yo trabajo en la Bolsa), cuánto de ese barrio ha sido mío desde siempre, desde mucho antes de sospecharlo ya era mío cuando apostado en un rincón del Pasaje Güemes, contando mis pocas monedas de estudiante, debatía el problema de gastarlas en un bar automático o comprar una novela y un surtido de caramelos ácidos en su bolsa de papel transparente, con un cigarrillo que me nublaba los ojos y en el fondo del bolsillo, donde los dedos lo rozaban a veces, el sobrecito del preservativo comprado con falsa desenvoltura en una farmacia atendida solamente por hombres, y que no tendría la menor oportunidad de utilizar con tan poco dinero y tanta infancia en la cara.

Mi novia, Irma, encuentra inexplicable que me guste vagar de noche por el centro o por los barrios del sur, y si supiera de mi predilección por el Pasaje Güemes no

dejaría de escandalizarse. Para ella, como para mi madre, no hay mejor actividad social que el sofá de la sala donde ocurre eso que llaman la conversación, el café y el anisado. Irma es la más buena y generosa de las mujeres, jamás se me ocurriría hablarle de lo que verdaderamente cuenta para mí, y en esa forma llegaré alguna vez a ser un buen marido y un padre cuyos hijos serán de paso los tan anhelados nietos de mi madre. Supongo que por cosas así acabé conociendo a Josiane, pero no solamente por eso ya que podría habérmela encontrado en el boulevard Poissonnière o en la rue Notre-Dame-des-Victoires, y en cambio nos miramos por primera vez en lo más hondo de la Galerie Vivienne, bajo las figuras de yeso que el pico de gas llenaba de temblores (las guirnaldas iban y venían entre los dedos de las Musas polvorientas), y no tardé en saber que Josiane trabajaba en ese barrio y que no costaba mucho dar con ella si se era familiar de los cafés o amigo de los cocheros. Pudo ser coincidencia, pero haberla conocido allí, mientras llovía en el otro mundo, el del cielo alto y sin guirnaldas de la calle, me pareció un signo que iba más allá del encuentro trivial con cualquiera de las prostitutas del barrio. Después supe que en esos días Josiane no se alejaba de la galería porque era la época en que no se hablaba más que de los crímenes de Laurent y la pobre vivía aterrada. Algo de ese terror se transformaba en gracia, en gestos casi esquivos, en puro deseo. Recuerdo su manera de mirarme entre codiciosa y desconfiada, sus preguntas que fingían indiferencia, mi casi incrédulo encanto al enterarme de que vivía en los altos de la galería, mi insistencia en subir a su bohardilla en vez de ir al hotel de la rue du Sentier (donde ella tenía amigos y se sentía protegida). Y su confianza más tarde, cómo nos reímos esa noche a la sola idea de que yo pudiera ser Laurent, y qué bonita y dulce era Josiane en su bohardilla de novela barata, con el miedo al estrangulador rondando por París y esa manera de apretarse más y más contra mí mientras pasábamos revista a los asesinatos de Laurent.

Mi madre sabe siempre si no he dormido en casa, y aunque naturalmente no dice nada puesto que sería absurdo que lo dijera, durante uno o dos días me mira entre ofendida y temerosa. Sé muy bien que jamás se le ocurriría contárselo a Irma, pero lo mismo me fastidia la persistencia de un derecho materno que ya nada

justifica, y sobre todo que sea yo el que al final se aparezca con una caja de bombones o una planta para el patio, y que el regalo represente de una manera muy precisa y sobrentendida la terminación de la ofensa, el retorno a la vida corriente del hijo que vive todavía en casa de su madre. Desde luego Josiane era feliz cuando le contaba esa clase de episodios, que una vez en el barrio de las galerías pasaban a formar parte de nuestro mundo con la misma llaneza que su protagonista. El sentimiento familiar de Josiane era muy vivo y estaba lleno de respeto por las instituciones y los parentescos; soy poco amigo de confidencias pero como de algo teníamos que hablar y lo que ella me había dejado saber de su vida ya estaba comentado, casi inevitablemente volvíamos a mis problemas de hombre soltero. Otra cosa nos acercó, y también en eso fui afortunado, porque a Josiane le gustaban las galerías cubiertas, quizá por vivir en una de ellas o porque la protegían del frío y la lluvia (la conocí a principios de un invierno, con nevadas prematuras que nuestras galerías y su mundo ignoraban alegremente). Nos habituamos a andar juntos cuando le sobraba el tiempo, cuando alguien —no le gustaba llamarlo por su nombre— estaba lo bastante satisfecho como para dejarla divertirse un rato con sus amigos. De ese alguien hablábamos poco, luego que yo hice las inevitables preguntas y ella me contestó las inevitables mentiras de toda relación mercenaria; se daba por supuesto que era el amo, pero tenía el buen gusto de no hacerse ver. Llegué a pensar que no le desagradaba que yo acompañara algunas noches a Josiane, porque la amenaza de Laurent pesaba más que nunca sobre el barrio después de su nuevo crimen en la rué d'Aboukir, y la pobre no se hubiera atrevido a alejarse de la Galerie Vivienne una vez caída la noche. Era como para sentirse agradecido a Laurent y al amo, el miedo ajeno me servía para recorrer con Josiane los pasajes y los cafés, descubriendo que podía llegar a ser un amigo de verdad de una muchacha a la que no me ataba ninguna relación profunda. De esa confiada amistad nos fuimos dando cuenta poco a poco, a través de silencios, de tonterías. Su habitación, por ejemplo, la bohardilla pequeña y limpia que para mí no había tenido otra realidad que la de formar parte de la galería. En un principio yo había subido por Josiane, y como no podía quedarme porque me faltaba el dinero para pagar una noche entera y alguien

estaba esperando la rendición sin mácula de cuentas, casi no veía lo que me rodeaba y mucho más tarde, cuando estaba a punto de dormirme en mi pobre cuarto con su almanaque ilustrado y su mate de plata como únicos lujos, me preguntaba por la bohardilla y no alcanzaba a dibujármela, no veía más que a Josiane y me bastaba para entrar en el sueño como si todavía la guardara entre los brazos. Pero con la amistad vinieron las prerrogativas, quizá la aquiescencia del amo, y Josiane se las arreglaba muchas veces para pasar la noche conmigo, y su pieza empezó a llenarnos los huecos de un diálogo que no siempre era fácil; cada muñeca, cada estampa, cada adorno fueron instalándose en mi memoria y ayudándome a vivir cuando era el tiempo de volver a mi cuarto o de conversar con mi madre o con Irma de la política nacional y de las enfermedades en las familias.

Más tarde hubo otras cosas, y entre ellas la vaga silueta de aquél que Josiane llamaba el sudamericano, pero en un principio todo parecía ordenarse en torno al gran terror del barrio, alimentado por lo que un periodista imaginativo había dado en llamar la saga de Laurent el estrangulado!. Si en un momento dado me propongo la imagen de Josiane, es para verla entrar conmigo en el café de la rue des Jeuneurs, instalarse en la banqueta de felpa morada y cambiar saludos con las amigas y los parroquianos, frases sueltas que en seguida son Laurent, porque sólo de Laurent se habla en el barrio de la Bolsa, y yo que he trabajado sin parar todo el día y he soportado entre dos ruedas de cotizaciones los comentarios de colegas y clientes acerca del último crimen de Laurent, me pregunto si esa torpe pesadilla va a acabar algún día, si las cosas volverán a ser como imagino que eran antes de Laurent, o si deberemos sufrir sus macabras diversiones hasta el fin de los tiempos. Y lo más irritante (se lo digo a Josiane después de pedir el grog que tanta falta nos hace con ese frío y esa nieve) es que ni siquiera sabemos su nombre, el barrio lo llama Laurent porque una vidente de la barrera de Clichy ha visto en la bola de cristal cómo el asesino escribía su nombre con un dedo ensangrentado, y los gacetilleros se cuidan de no contrariar los instintos del público. Josiane no es tonta pero nadie la convencería de que el asesino no se llama Laurent, y es inútil luchar contra el ávido terror parpadeando en sus ojos azules que miran ahora distraídamente el paso de un hombre joven, muy alto y un

poco encorvado, que acaba de entrar y se apoya en el mostrador sin saludar a nadie.

—Puede ser —dice Josiane, acatando alguna reflexión tranquilizadora que debo haber inventado sin siquiera pensarla—. Pero entretanto yo tengo que subir sola a mi cuarto, y si el viento me apaga la vela entre dos pisos... La sola idea de quedarme a oscuras en la escalera, y que quizá...

—Pocas veces subes sola —le digo riéndome.

—Tú te burlas pero hay malas noches, justamente cuando nieva o llueve y me toca volver a las dos de la madrugada...

Sigue la descripción de Laurent agazapado en un rellano, o todavía peor, esperándola en su propia habitación a la que ha entrado mediante una ganzúa infalible. En la mesa de al lado Kikí se estremece ostentosamente y suelta unos grititos que se multiplican en los espejos. Los hombres nos divertimos enormemente con esos espantos teatrales que nos ayudarán a proteger con más prestigio a nuestras compañeras. Da gusto fumar unas pipas en el café, a esa hora en que la fatiga del trabajo empieza a borrarse con el alcohol y el tabaco, y las mujeres comparan sus sombreros y sus boas o se ríen de nada; da gusto besar en la boca a Josiane que pensativa se ha puesto a mirar al hombre —casi un muchacho— que nos da la espalda y bebe su ajeno a pequeños sorbos, apoyando un codo en el mostrador. Es curioso, ahora que lo pienso: a la primera imagen que se me ocurre de Josiane y que es siempre Josiane en la banqueta del café, una noche de nevada y Laurent, se agrega inevitablemente aquél que ella llamaba el sudamericano, bebiendo su ajeno y dándonos la espalda. También yo le llamo el sudamericano porque Josiane me aseguró que lo era, y que lo sabía por la Rousse que se había acostado con él o poco menos, y todo eso había sucedido antes de que Josiane y la Rousse se pelearan por una cuestión de esquinas o de horarios y lo lamentaran ahora con medias palabras porque habían sido muy buenas amigas. Según la Rousse él le había dicho que era sudamericano aunque hablara sin el menor acento; se lo había dicho al ir a

acostarse con ella, quizá para conversar de alguna cosa mientras acababa de soltarse las cintas de los zapatos.

—Ahí donde lo ves, casi un chico... ¿Verdad que parece un colegial que ha crecido de golpe? Bueno, tendrías que oír lo que cuenta la Rousse.

Josiane perseveraba en la costumbre de cruzar y separar los dedos cada vez que narraba algo apasionante. Me explicó el capricho del sudamericano, nada tan extraordinario después de todo, la negativa terminante de la Rousse, la partida ensimismada del cliente. Le pregunté si el sudamericano la había abordado alguna vez. Pues no, porque debía saber que la Rousse y ella eran amigas. Las conocía bien, vivía en el barrio, y cuando Josiane dijo eso yo miré con más atención y lo vi pagar su ajenjo echando una moneda en el platillo de peltre mientras dejaba resbalar sobre nosotros —y era como si cesáramos de estar allí por un segundo interminable— una expresión distante y a la vez curiosamente fija, la cara, de alguien que se ha inmovilizado en un momento de su sueño y rehusa dar el paso que lo devolverá a la vigilia. Después de todo una expresión como esa, aunque el muchacho fuese casi un adolescente y tuviera rasgos muy hermosos, podía llevar como de la mano a la pesadilla recurrente de Laurent. No perdí tiempo en proponérselo a Josiane.

—¿Laurent? ¡Estás loco! Pero si Laurent es. .. Lo malo era que nadie sabía nada de Laurent, aunque Kikí y Albert nos ayudaran a seguir pesando las probabilidades para divertirnos. Toda la teoría se vino abajo cuando el patrón, que milagrosamente escuchaba cualquier diálogo en el café, nos recordó que por lo menos algo se sabía de Laurent: la fuerza que le permitía estrangular a sus víctimas con una sola mano. Y ese muchacho, vamos... Sí, y ya era tarde y convenía volver a casa; yo tan solo porque esa noche Josiane la pasaba con alguien que ya la estaría esperando en la bohardilla, alguien 'que tenía la llave por derecho propio, y entonces la acompañé hasta el primer rellano para que no se asustara si se le apagaba la vela en mitad del ascenso, y desde una gran fatiga repentina la miré subir, quizá contenta aunque me hubiera dicho lo contrario, y después salí a la calle nevada y glacial y me puse a andar sin rumbo, hasta que

en algún momento encontré como siempre el camino que me devolvería a mi barrio, entre gente que leía la sexta edición de los diarios o miraba por las ventanillas del tranvía como si realmente hubiera alguna cosa que ver a esa hora y en esas calles.

No siempre era fácil llegar a la zona de las galerías y coincidir con un momento libre de Josiane; cuántas veces me tocaba andar solo por los pasajes, un poco decepcionado, hasta sentir poco a poco que la noche era también mi amante. A la hora en que se encendían los picos de gas la animación se despertaba en nuestro reino, los cafés eran la bolsa del ocio y del contento, se bebía a largos tragos el fin de la jornada, los titulares de los periódicos, la política, los prusianos, Laurent, las carreras de caballos. Me gustaba saborear una copa aquí y otra más allá, atisbando sin apuro el momento en que descubriría la silueta de Josiane en algún codo de las galerías o en algún mostrador. Si ya estaba acompañada, una señal convenida me dejaba saber cuándo podría encontrarla sola; otras veces se limitaba a sonreír y a mí me quedaba el resto del tiempo para las galerías; eran las horas del explorador y así fui entrando en las zonas más remotas del barrio, en la Galerie Sainte—Foy, por ejemplo, y en los remotos Passages du Caire, pero aunque cualquiera de ellos me atrajera más que las calles abiertas (y había tantos, hoy era el Passage des Princes, otra vez el Passage Verdeau, así hasta el infinito), de todas maneras el término de una larga ronda que yo mismo no hubiera podido reconstruir me devolvía siempre a la Galerie Vivienne, no tanto por Josiane aunque también fuera por ella, sino por sus rejas protectoras, sus alegorías vetustas, sus sombras en el codo del Passage des Petits—Péres, ese mundo diferente donde no había que pensar en. Irma y se podía vivir sin horarios fijos, al azar de los encuentros y de la suerte. Con tan pocos asideros no alcanzo a calcular el tiempo que pasó antes de que volviéramos a hablar casualmente del sudamericano; una vez me había parecido verlo salir de un portal de la rué Saint—Marc, envuelto en una de esas hopalandas negras que tanto se habían llevado cinco años atrás junto con sombreros de copa exageradamente alta, y estuve tentado de acercarme y preguntarle por su origen. Me lo impidió el pensar en la fría cólera con que yo habría recibido una interpelación de ese género, pero

Josiane encontró luego que había sido una tontería de mi parte, quizá porque el sudamericano le interesaba a su manera, con algo de ofensa gremial y mucho de curiosidad. Se acordó de que unas noches atrás había creído reconocerlo de lejos en la Galerie Vivienne, que sin embargo él no parecía frecuentar.

—No me gusta esa manera que tiene de mirarnos —dijo Josiane—. Antes no me importaba, pero desde aquella vez que hablaste de Laurent...

—Josiane, cuando hice esa broma estábamos con Kikí y Albert. Albert es un soplón de la policía, supongo que lo sabes. ¿Crees que dejaría pasar la oportunidad si la idea le pareciera razonable? La cabeza de Laurent vale mucho dinero, querida.

—No me gustan sus ojos —se obstinó Josiane—. Y además que no te mira, la verdad es que te clava los ojos pero no te mira. Si un día me aborda salgo huyendo, te lo digo por esta cruz.

—Tienes miedo de un chico. ¿O todos los sudamericanos te parecemos unos orangutanes?

Ya se sabe cómo podían acabar esos diálogos. Ibamos a beber un grog al café de la rué des Jeuneurs, recorríamos las galerías, los teatros del boulevard, subíamos a la bohardilla, nos reíamos enormemente. Hubo algunas semanas —por fijar un término, es tan difícil ser justo con la felicidad— en que todo nos hacía reír, hasta las torpezas de Badinguet y el temor de la guerra nos divertían. Es casi ridículo admitir que algo tan desproporcionadamente inferior como Laurent pudiera acabar con nuestro contento, pero así fue. Laurent mató a otra mujer en la rué Beauregard —tan cerca, después de todo— y en el café nos quedamos como en misa y Marthe, que había entrado a la carrera para gritar la noticia, acabó en una explosión de llanto histérico que de algún modo nos ayudó a tragar la bola que teníamos en la garganta. Esa misma noche la policía nos pasó a todos por su peine más fino, de café en café y de hotel en hotel; Josiane buscó al amo y yo la dejé irse, comprendiendo que necesitaba la protección suprema que todo lo

allanaba. Pero como en el fondo esas cosas me sumían en una vaga tristeza —las galerías no eran para eso, no debían ser para eso—, me puse a beber con Kikí y después con la Rousse que me buscaba como puente para reconciliarse con Josiane. Se bebía fuerte en nuestro café, y en esa niebla caliente de las voces y los tragos me pareció casi justo que a medianoche el sudamericano fuera a sentarse a una mesa del fondo y pidiera su ajeno con la expresión de siempre, hermosa y ausente y alunada. Al preludio de confianza de la Rousse contesté que ya lo sabía, y que después de todo el muchacho no era ciego y sus gustos no merecían tanto rencor; todavía nos reíamos de las falsas bofetadas de la Rousse cuando Kikí condescendió a decir que alguna vez había estado en su habitación. Antes de que la Rousse pudiera clavarle las diez uñas de una pregunta imaginable, quise saber cómo era ese cuarto. “Bah, qué importa el cuarto”, decía desdeñosamente la Rousse, pero Kikí ya se metía de lleno en una bohardilla de la rué Notre—Dame—des—Victoires, sacando como un mal prestidigitador de barrio un gato gris, muchos papeles borronados, un piano que ocupaba demasiado lugar, pero sobre todo papeles y al final otra vez el gato gris que en el fondo parecía ser el mejor recuerdo de Kikí.

Yo la dejaba hablar, mirando todo el tiempo hacia la mesa del fondo y diciéndome que al fin y al cabo hubiera sido tan natural que me acercara al sudamericano y le dijera un par de frases en español. Estuve a punto de hacerlo, y ahora no soy más que uno de los muchos que se preguntan por qué en algún momento no hicieron lo que habían pensado hacer. En cambio me quedé con la Rousse y Kikí, fumando una nueva pipa y pidiendo otra ronda de vino blanco; no me acuerdo bien de lo que sentí al renunciar a mi impulso, pero era algo como una veda, el sentimiento de que si la trasgredía iba a entrar en un territorio inseguro. Y sin embargo creo que hice mal, que estuve al borde de un acto que hubiera podido salvarme. Salvarme de qué, me pregunto. Pero precisamente de eso: salvarme de que hoy no pueda hacer otra cosa que preguntármelo, y que no haya otra respuesta que el humo del tabaco y esa vaga esperanza inútil que me sigue por las calles como un perro sarnoso.

Où sont—ils passes, les becs de gaz? Que
sont—elles devenues, les vendeuses d'amour?
....., VI, I.

Poco a poco tuve que convencerme de que habíamos entrado en malos tiempos y que mientras Laurent y las amenazas prusianas nos preocuparan de ese modo, la vida no volvería a ser lo que había sido en las galerías. Mi madre debió notarme desmejorado porque me aconsejó que tomara algún tónico, y los padres de Irma, que tenían un chalet en una isla del Paraná, me invitaron a pasar una temporada de descanso y de vida higiénica. Pedí quince días de vacaciones y me fui sin ganas a la isla, enemistado de antemano con el sol y los mosquitos. El primer sábado pretexté cualquier cosa y volví a la ciudad, anduve como a los tumbos por calles donde los tacos se hundían en el asfalto blando. De esa vagancia estúpida me queda un brusco recuerdo delicioso: al entrar una vez más en el Pasaje Güemes me envolvió de golpe el aroma del café, su violencia ya casi olvidada en las galerías donde el café era flojo y recocado. Bebí dos tazas, sin azúcar, saboreando y oliendo a la vez, quemándome y feliz. Todo lo que siguió hasta el fin de la tarde olió distinto, el aire húmedo del centro estaba lleno de pozos de fragancia (volví a pie hasta mi casa, creo que le había prometido a mi madre cenar con ella), y en cada pozo del aire los olores eran más crudos, más intensos, jabón amarillo, café, tabaco negro, tinta de imprenta, yerba mate, todo olía encarnizadamente, y también el sol y el cielo eran más duros y acuciados. Por unas horas olvidé casi rencorosamente el barrio de las galerías, pero cuando volví a cruzar el Pasaje Güemes (¿era realmente en la época de la isla? Acaso mezclo dos momentos de una misma temporada, y en realidad poco importa) fue en vario que invocara la alegre bofetada del café, su olor me pareció el de siempre y en cambio reconocí esa mezcla dulzona y repugnante del aserrín y la cerveza rancia que parece rezumar del piso de los bares del centro, pero quizá fuera porque de nuevo estaba deseando encontrar a Josiane y hasta confiaba en que el gran terror y las nevadas hubiesen llegado a su fin. Creo que en esos días empecé a sospechar que ya el deseo no bastaba como antes para que las cosas girasen acompasadamente y me propusieran alguna de las calles que llevaban a la Galerie Vivienne, pero también es posible que terminara por someterme

mansamente al chalet de la isla para no entristecer a Irma, para que no sospechara que mi único reposo verdadero estaba en otra parte; hasta que no pude más y volví a la ciudad y caminé hasta agotarme, con la camisa pegada al cuerpo, sentándome en los bares para beber cerveza, esperando ya no sabía qué. Y cuando al salir del último bar vi que no tenía más que dar la vuelta a la esquina para internarme en mi barrio, la alegría se mezcló con la fatiga y una oscura conciencia de fracaso, porque bastaba mirar la cara de la gente para comprender que el gran terror estaba lejos de haber cesado, bastaba asomarse a los ojos de Josiane en su esquina de la rué d'Uzés y oírle decir quejumbrosa que el amo en persona había decidido protegerla de un posible ataque; recuerdo que entre dos besos alcancé a entrever su silueta en el hueco de un portal, defendiéndose de la cellisca envuelto en una larga capa gris.

Josiane no era de las que reprochan las ausencias, y me pregunto si en el fondo se daba cuenta del paso del tiempo. Volvimos del brazo a la Galerie Vivienne, subimos a la bohardilla, pero después comprendimos que no estábamos contentos como antes y lo atribuimos vagamente a todo lo que afligía al barrio; habría guerra, era fatal, los hombres tendrían que incorporarse a las filas (ella empleaba solemnemente esas palabras con un ignorante, delicioso respeto), la gente tenía miedo y rabia, la policía no había sido capaz de descubrir a Laurent. Se consolaban guillotinando a otros, como esa misma madrugada en que ejecutarían al envenenador del que tanto habíamos hablado en el café de la rué des Jeuneurs en los días del proceso; pero el terror seguía suelto en las galerías y en los pasajes, nada había cambiado desde mi último encuentro con Josiane, y ni siquiera había dejado de nevar.

Para consolarnos nos fuimos de paseo, desafiando el frío porque Josiane tenía un abrigo que debía ser admirado en una serie de esquinas y portales donde sus amigas esperaban a los clientes soplándose los dedos o hundiendo las manos en los manguitos de piel. Pocas veces habíamos andado tanto por los boulevares, y terminé sospechando que éramos sobre todo sensibles a la protección de los escaparates iluminados; entrar en cualquiera de las calles vecinas (porque

también Liliane tenía que ver el abrigo, y más allá Francine) nos iba hundiendo poco a poco en el espanto, hasta que el abrigo quedó suficientemente exhibido y yo propuse nuestro café y corrimos por la rué du Croissant hasta dar la vuelta a la manzana y refugiarnos en el calor y los amigos. Por suerte para todos la idea de la guerra se iba adelgazando a esa hora en las memorias, a nadie se le ocurría repetir los estribillos obscenos contra los prusianos,, se estaba tan bien con las copas llenas y el calor de la estufa, los clientes de paso se habían marchado y quedábamos solamente los amigos del patrón, el grupo de siempre y la buena noticia de que la Rousse había pedido perdón a Josiane y se habían reconciliado con besos y lágrimas y hasta regalos. Todo tenía algo de guirnalda (pero las guirnaldas pueden ser fúnebres, lo comprendí después) y por eso, como afuera estaban la nieve y Laurent, nos quedábamos lo más posible en el café y nos enterábamos a medianoche de que el patrón cumplía cincuenta años de trabajo detrás del mismo mostrador, y eso había que festejarlo, una flor se trenzaba con la siguiente, las botellas llenaban las mesas porque ahora las ofrecía el patrón y no se podía desairar tanta amistad y tanta dedicación al trabajo, y hacia las tres y media de la mañana Kikí completamente borracha terminaba de cantarnos los mejores aires de la opereta de moda mientras Josiane y la Rousse lloraban abrazadas de felicidad y ajeno, y Albert, casi sin darle importancia, trenzaba otra flor en la guirnalda y proponía terminar la noche en la Roquette donde guillotinaban al envenenador exactamente a las seis, y el patrón descubría emocionado que ese final de fiesta era como la apoteosis de cincuenta años de trabajo honrado y se obligaba, abrazándonos a todos y hablándonos de su esposa muerta en el Languedoc, a alquilar dos fiacres para la expedición.

A eso siguió más vino, la evocación de diversas madres y episodios sobresalientes de la infancia, y una sopa de cebolla que Josiane y la Rousse llevaron a lo sublime en la cocina del café mientras Albert, el patrón y yo nos prometíamos amistad eterna y muerte a los prusianos. La sopa y los quesos debieron ahogar tanta vehemencia, porque estábamos casi callados y hasta incómodos cuando llegó la hora de cerrar el café con un ruido interminable de barras y cadenas, y subir a los fiacres donde todo el frío del mundo parecía estar

esperándonos. Más nos hubiera valido viajar juntos para abrigarnos, pero el patrón tenía principios humanitarios en materia de caballos y montó en el primer fiacre con la Rousse y Albert mientras me confiaba a Kikí y a Josiane quienes, dijo, eran como sus hijas. Después de festejar adecuadamente la frase con los cocheros, el ánimo nos volvió al cuerpo mientras subíamos hacia Popincourt entre simulacros de carreras, voces de aliento y lluvias de falsos latigazos. El patrón insistió en que bajáramos a cierta distancia, aduciendo razones de discreción que no entendí, y tomados del brazo para no resbalar demasiado en la nieve congelada remontamos la rué de la Roquette vagamente iluminada por reverberos aislados, entre sombras movientes que de pronto se resolvían en sombreros de copa, fiacres al trote y grupos de embozados que acababan amontonándose frente a un ensanchamiento de la calle, bajo la otra sombra más alta y más negra de la cárcel. Un mundo clandestino se codeaba, se pasaba botellas de mano en mano, repetía una broma que corría entre carcajadas y chillidos sofocados, y también había bruscos silencios y rostros iluminados un instante por un yesquero, mientras seguíamos avanzando dificultosamente y cuidábamos de no separarnos como si cada uno supiera que sólo la voluntad del grupo podía perdonar su presencia en ese sitio. La máquina estaba ahí sobre sus cinco bases de piedra, y todo el aparato de la justicia aguardaba inmóvil en el breve espacio entre ella y el cuadro de soldados con los fusiles apoyados en tierra y las bayonetas caladas. Josiane me hundía las uñas en el brazo y temblaba de tal manera que hablé de llevármela a un café, pero no había cafés a la vista y ella se empecinaba en quedarse. Colgada de mí y de Albert, saltaba de tanto en tanto para ver mejor la máquina, volvía a clavarme las uñas, y al final me obligó a agachar la cabeza hasta que sus labios encontraron mi boca, y me mordió histéricamente murmurando palabras que pocas veces le había oído y que colmaron mi orgullo como si por un momento hubiera sido el amo. Pero de todos nosotros el único aficionado apreciativo era Albert; fumando un cigarro mataba los minutos comparando ceremonias, imaginando el comportamiento final del condenado, las etapas que en ese mismo momento se cumplían en el interior de la prisión y que conocía en detalle por razones que se callaba. Al principio lo escuché con avidez para enterarme de cada nimia articulación de la liturgia, hasta

que lentamente, como desde más allá de él y de Josiane y de la celebración del aniversario, me fue invadiendo algo que era como un abandono, el sentimiento indefinible de que eso no hubiera debido ocurrir en esa forma, que algo estaba amenazando en mí el mundo de las galerías y los pasajes, o todavía peor, que mi felicidad en ese mundo había sido un preludio engañoso, una trampa de flores como si una de las figuras de yeso me hubiera alcanzado una guirnalda mentida (y esa noche yo había pensado que las cosas se tejían como las flores en una guirnalda), para caer poco a poco en Laurent, para derivar de la embriaguez inocente de la Galerie Vivienne y de la bohardilla de Josiane, lentamente ir pasando al gran terror, a la nieve, a la guerra inevitable, a la apoteosis de los cincuenta años del patrón, a los fiacres ateridos del alba, al brazo rígido de Josiane que se prometía no mirar y buscaba ya en mi pecho dónde esconder la cara en el momento final. Me pareció (y en ese instante las rejas empezaban a abrirse y se oía la voz de mando del oficial de la guardia) que de alguna manera eso era un término, no sabía bien de qué porque al fin y al cabo yo seguiría viviendo, trabajando en la Bolsa y viendo de cuando en cuando a Josiane, a Albert y a Kikí que ahora se había puesto a golpearme histéricamente el hombro, y aunque no quería desviar los ojos de las rejas que terminaban de abrirse, tuve que prestarle atención por un instante y siguiendo su mirada entre sorprendida y burlona alcancé a distinguir casi al lado del patrón la silueta un poco agobiada del sudamericano envuelto en la hopalanda negra, y curiosamente pensé que también eso entraba de alguna manera en la guirnalda, y que era un poco como si una mano acabara de trenzar en ella la flor que la cerraría antes del amanecer. Y ya no pensé más porque Josiane se apretó contra mí gimiendo, y en la sombra que los dos reverberos de la puerta agitaban sin ahuyentarla, la mancha blanca de una camisa surgió como flotando entre dos siluetas negras, apareciendo y desapareciendo cada vez que una tercera sombra voluminosa se inclinaba sobre ella con los gestos del que abraza o amonesta o dice algo. al oído o da a besar alguna cosa, hasta que se hizo a un lado y la mancha blanca se definió más de cerca, encuadrada por un grupo de gentes con sombreros de copa y abrigos negros, y hubo como una prestidigitación acelerada, un raptó de la mancha blanca

por las dos figuras que hasta ese momento habían parecido formar parte de la máquina, un gesto de arrancar de los hombros un abrigo ya innecesario, un movimiento presuroso hacia adelante, un clamor ahogado que podía ser de cualquiera, de Josiane convulsa contra mi, de la mancha blanca que parecía deslizarse bajo el armazón donde algo se desencadenaba con un chasquido y una conmoción casi simultáneos. Creí que Josiane iba a desmayarse, todo el peso de su cuerpo resbalaba a lo largo del mío como debía estar resbalando el otro cuerpo hacia la nada, y me incliné para sostenerla mientras un enorme nudo de gargantas se desataba en un final de misa con el órgano resonando en lo alto (pero era un caballo que relinchaba al oler la sangre) y el reflujo nos empujó entre gritos y órdenes militares. Por encima del sombrero de Josiane que se había puesto a llorar compasivamente contra mi estómago, alcancé a reconocer al patrón emocionado, a Albert en la gloria, y el perfil del sudamericano perdido en la contemplación imperfecta de la máquina que las espaldas de los soldados y el afanarse de los artesanos de la justicia le iban librando por manchas aisladas, por relámpagos de sombra entre gabanes y brazos y un afán general por moverse y partir en busca de vino caliente y de sueño, como nosotros amontonándonos más tarde en un fiacre para volver al barrio, comentando lo que cada uno había creído ver y que no era lo mismo, no era nunca lo mismo y por eso valía más porque entre la rué de la Roquette y el barrio de la Bolsa había tiempo para reconstruir la ceremonia, discutirla, sorprenderse en contradicciones, jactarse de una vista más aguda o de unos nervios más templados para admiración de última hora de nuestras tímidas compañeras.

Nada podía tener de extraño que en esa época mi madre me notara más desmejorado y se lamentara sin disimulo de una indiferencia inexplicable que hacía sufrir a mi pobre novia y terminaría por enajenarme la protección de los amigos de mi difunto padre gracias a los cuales me estaba abriendo paso en los medios bursátiles. A frases así no se podía contestar más que con el silencio, y aparecer algunos días después con una nueva planta de adorno o un vale para madejas de lana a precio rebajado. Irma era más comprensiva, debía confiar simplemente en que el matrimonio me devolvería alguna vez a la normalidad

burocrática, y en esos últimos tiempos yo estaba al borde de darle la razón pero me era imposible renunciar a la esperanza de que el gran terror llegara a su fin en el barrio de las galerías y que volver a mi casa no se pareciera ya a una escapatoria, a un ansia de protección que desaparecía tan pronto como mi madre empezaba a mirarme entre suspiros o Irma me tendía la taza de café con la sonrisa de las novias arañas. Estábamos por ese entonces en plena dictadura militar, una más en la interminable serie, pero la gente se apasionaba sobre todo por el desenlace inminente de la guerra mundial y casi todos los días se improvisaban manifestaciones en el centro para celebrar el avance aliado y la liberación de las capitales europeas, mientras la policía cargaba contra los estudiantes y las mujeres, los comercios bajaban presurosamente las cortinas metálicas y yo, incorporado por la fuerza de las cosas a algún grupo detenido frente a las pizarras de La Prensa, me preguntaba si sería capaz de seguir resistiendo mucho tiempo a la sonrisa consecuenta de la pobre Irma y a la humedad que me empapaba la camisa entre rueda y rueda de cotizaciones, Empecé a sentir que el barrio de las galerías ya no era como antes el término de un deseo, cuando bastaba echar a andar por cualquier calle para que en alguna esquina todo girara blandamente y me allegara sin esfuerzo a la Place des Victoires donde era tan grato demorarse vagando por las callejuelas con sus tiendas y zaguanes polvorientos, y a la hora más propicia entrar en la Galerie Vivienne en busca de Josiane, a menos que caprichosamente prefiriera recorrer primero el Passage des Panoramas o el Passage des Princes y volver dando un rodeo un poco perverso por el lado de la Bolsa. Ahora, en cambio, sin siquiera tener el consuelo de reconocer como aquella mañana el aroma vehemente del café en el Pasaje Güemes (olía a aserrín, a lejía), empecé a admitir desde muy lejos que el barrio de las galerías no era ya el puerto de reposo, aunque todavía creyera en la posibilidad de liberarme de mi trabajo y de Irma, de encontrar sin esfuerzo la esquina de Josiane. A cada momento me ganaba el deseo de volver; frente a las pizarras de los diarios, con los amigos, en el patio de casa, sobre todo al anochecer, a la hora en que allá empezarían a encenderse los picos de gas. Pero algo me obligaba a demorarme junto a mi madre y a Irma, una oscura

certidumbre de que en el barrio de las galerías ya no me esperarían como antes, de que el gran terror era el más fuerte. Entraba en los bancos y en las casas de comercio con un comportamiento de autómatas, tolerando la cotidiana obligación de comprar y vender valores y escuchar los cascos de los caballos de la policía cargando contra el pueblo que festejaba los triunfos aliados, y tan poco creía ya que alcanzaría a liberarme una vez más de todo eso que cuando llegué al barrio de las galerías tuve casi miedo, me sentí extranjero y diferente como jamás me había ocurrido antes, me refugié en una puerta cochera y dejé pasar el tiempo y la gente, forzado por primera vez a aceptar poco a poco todo lo que antes me había parecido mío, las calles y los vehículos, la ropa y los guantes, la nieve en los patios y las voces en las tiendas. Hasta que otra vez fue el deslumbramiento, fue encontrar a Josiane en la Galerie Coibert y enterarme entre besos y brincos de que ya no había Laurent, que el barrio había festejado noche tras noche el fin de la pesadilla, y todo el mundo había preguntado por mí y menos mal que por fin Laurent, pero dónde me había metido que no me enteraba de nada, y tantas cosas y tantos besos. Nunca la había deseado más y nunca nos quisimos mejor bajo el techo de su cuarto que mi mano podía tocar desde la cama. Las caricias, los chismes, el delicioso recuento de los días mientras el anochecer iba ganando la bohardilla. ¿Laurent? Un marsellés de pelo crespo, un miserable cobarde que se había atrincherado en el desván de la casa donde acababa de matar a otra mujer, y había pedido gracia desesperadamente mientras la policía echaba abajo la puerta. Y se llamaba Paúl, el monstruo, hasta eso, fíjate, y acababa de matar a su novena víctima, y lo habían arrastrado al coche celular mientras todas las fuerzas del segundo distrito lo protegían sin ganas de una muchedumbre que lo hubiera destrozado. Josiane había tenido ya tiempo de habituarse, de enterrar a Laurent en su memoria que poco guardaba las imágenes, pero para mí era demasiado y no alcanzaba a creerlo del todo hasta que su alegría me persuadió de que verdaderamente ya no habría más Laurent, que otra vez podíamos vagar por los pasajes y las calles sin desconfiar de los portales. Fue necesario que saliéramos a festejar juntos la liberación, y como ya no nevaba Josiane quiso ir a la rotonda del Palais Royal que nunca habíamos frecuentado en los tiempos de Laurent. Me

prometí, mientras bajábamos cantando por la rué des Petits Champs, que esa misma noche llevaría a Josiane a los cabarets de los boulevares, y que terminaríamos la velada en nuestro café donde a fuerza de vino blanco me haría perdonar tanta ingratitud y tanta ausencia.

Por unas pocas horas bebí hasta los bordes el tiempo feliz de las galerías, y llegué a convencerme de que el final del gran terror me devolvía sano y salvo a mi cielo de estucos y guirnaldas; bailando con Josiane en la rotonda me quité de encima la última opresión de ese interregno incierto, nací otra vez a mi mejor vida tan lejos de la sala de Irma, del patio de casa, del menguado consuelo del Pasaje Güemes. Ni siquiera cuando más tarde, charlando de tanta cosa alegre con Kikí y Josiane y el patrón, me enteré del final del sudamericano, ni siquiera entonces sospeché que estaba viviendo un aplazamiento, una última gracia; por lo demás ellos hablaban del sudamericano con una indiferencia burlona, como de cualquiera de los extravagantes del barrio que alcanzan a llenar un hueco en una conversación donde pronto nacerán temas más apasionantes, y que el sudamericano acabara de morir en una pieza de hotel era apenas algo más que una información al pasar, y Kikí discurría ya sobre las fiestas que se preparaban en un molino de la Butte, y me costó interrumpirla, pedirle algún detalle sin saber demasiado por qué se lo pedía. Por Kikí acabé sabiendo algunas cosas mínimas, el nombre del sudamericano que al fin y al cabo era un nombre francés y que olvidé en seguida, su enfermedad repentina en la rué du Faubourg Montmartre donde Kikí tenía un amigo que le había contado; la soledad» el miserable cirio ardiendo sobre la consola atestada de libros y papeles, el gato gris que su amigo había recogido, la cólera del hotelero a quien le hacían eso precisamente cuando esperaba la visita de sus padres políticos, el entierro anónimo, el olvido, las fiestas en el molino de la Butte, el arresto de Paúl el marsellés, la insolencia de los prusianos a los que ya era tiempo de darles la lección que se merecían. Y de todo eso yo iba separando, como quien arranca dos flores secas de una guirnalda, las dos muertes que de alguna manera se me antojaban simétricas, la del sudamericano y la de Laurent, el uno en su pieza de hotel, el otro disolviéndose en la nada para ceder su lugar a Paúl el marsellés, y eran casi una misma muerte, algo que se borraba para

siempre en la memoria del barrio. Todavía esa noche pude creer que todo seguiría como antes del gran terror, y Josiane fue otra vez mía en su bohardilla y al despedirnos nos prometimos fiestas y excursiones cuando llegase el verano Pero helaba en las calles, y las noticias de la guerra exigían mi presencia en la Bolsa a las nueve de la mañana; con un esfuerzo que entonces creí meritorio me negué a pensar en mi reconquistado cielo, y después de trabajar hasta la náusea almorcé con mi madre y le agradecí que me encontrara más repuesto. Esa semana la pasé en —plena lucha bursátil, sin tiempo para nada, corriendo a casa para darme una ducha y cambiar una camisa empapada por otra que al rato estaba peor. La bomba cayó sobre Hiroshima y todo fue confusión entre mis clientes, hubo que librar una larga batalla para salvar los valores más comprometidos y encontrar un rumbo aconsejable en ese mundo donde cada día era una nueva derrota nazi y una enconada, inútil reacción de la dictadura contra lo irreparable. Cuando los alemanes se rindieron y el pueblo se echó a la calle en Buenos Aires, pensé que podría tomarme un descanso, pero cada mañana me esperaban nuevos problemas, en esas semanas me casé con Irma después que mi madre estuvo al borde de un ataque cardíaco y toda la familia me lo atribuyó quizá justamente. Una y otra vez me pregunté por qué, si el gran terror había cesado en el barrio de las galerías, no me llegaba la hora de encontrarme con Josiane para volver a pasear bajo nuestro cielo de yeso. Supongo que el trabajo y las obligaciones familiares contribuían a impedírmelo, y sólo sé que de a ratos perdidos me iba a caminar como consuelo por el Pasaje Güemes, mirando vagamente hacia arriba, tomando café y pensando cada vez con menos convicción en las tardes en que me había bastado vagar un rato sin rumbo fijo para llegar a mi barrio y dar con Josiane en alguna esquina del atardecer. Nunca he querido admitir que la guirnalda estuviera definitivamente cerrada y que no volvería a encontrarme con Josiane en los pasajes o los boulevares. Algunos días me da por pensar en el sudamericano, y en esa rumia desganada llego a inventar como un consuelo, como si él nos hubiera matado a Laurent y a mí con su propia muerte; razonablemente me digo que no, que exagero, que cualquier día volveré a entrar en el barrio de las galerías y encontraré a Josiane sorprendida por mi larga ausencia. Y entre una cosa y otra

me quedo en casa tomando mate, escuchando a Irma que espera para diciembre, y me pregunto sin demasiado entusiasmo si cuando lleguen las elecciones votaré por Perón o por Tamborini, si votaré en blanco o sencillamente me quedaré en casa tomando mate y mirando a Irma y a las plantas del patio.

